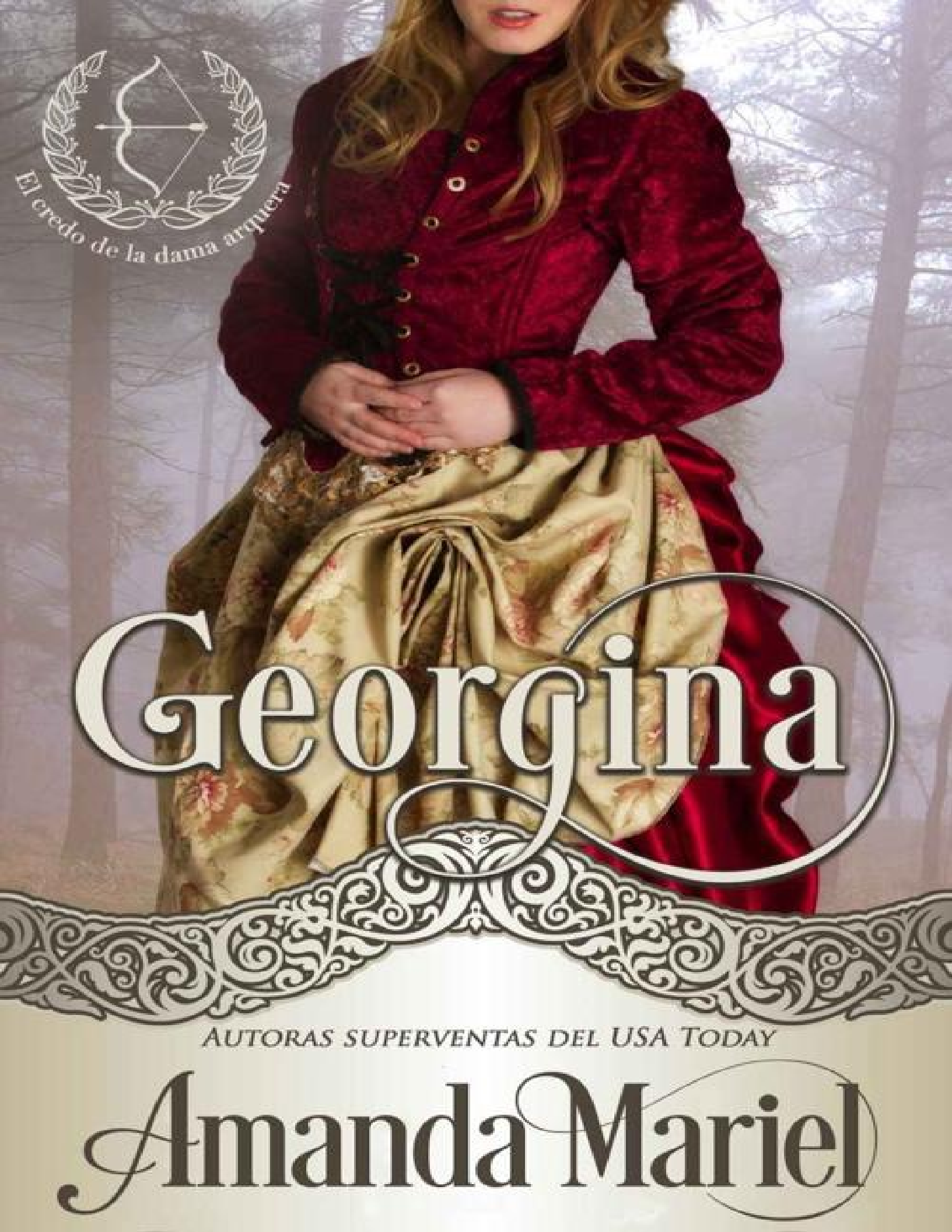


A woman with long blonde hair is the central figure. She is wearing a rich red velvet jacket with gold buttons and a large, voluminous skirt with a beige and gold floral pattern. She stands in a snowy forest with bare trees in the background. Her hands are clasped in front of her.

Georgina

AUTORAS SUPERVENTAS DEL USA TODAY

Amanda Mariel

Georgina

SEGUNDO LIBRO DE LA SERIE EL CREDO DE LA DAMA ARQUERA

AMANDA MARIEL

TRADUCIDO POR
LOLA FORTUNA

Índice

[Libros de Amanda Mariel](#)

[Sinopsis de la serie](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Epílogo](#)

[Extracto](#)

[La Autora](#)

[Postfacio](#)

Copyright © 2017 Amanda Mariel

Ninguna parte de este libro podrá ser reproducida ni almacenada de ninguna manera ni mediante ningún sistema. Así mismo, no podrá ser transmitida ni por vía electrónica, ni mecánica, ni por fotocopias o grabaciones de ningún tipo sin el consentimiento expreso y por escrito del editor.

Publicado por Brook Ridge Press

Christina McKnight, ¡este libro es para ti! Gracias por haber creído en mi Lady Archer y también por haber aceptado escribir conmigo.

Libros de Amanda Mariel

Damas Y Canallas

Planes escandalosos
Intenciones Escandalosas
Redención escandalosa
El Escándalo de la Solitaria
Aventura Escandalosa

Amor legendario

Encantada por el Conde
Cautiva Del Capitán
Atraído por Lady Elianna
Encantada por el Duque

El Club de los Condes Picaros

Conde de Grayson
El Conde De Earlmore

Conectada por un beso

Cómo besar a un canalla
Robándole Un Beso A Un Pícaro

El credo de la arquera dama

Georgina
Josephine

Del escándalo al Amor

Quiéreme
Si Es Amor
Creer en el Amor

Destinado a un pícaro

La insensatez de Olivia

Novelas románticas históricas

Un beso encantador

Navidad en los Brazos del Duque
Una cita bajo la luna
Una Navidad Retorcida

Sinopsis de la serie

El amor por la arquería une a unas jovencitas para formar El credo de la dama arquera. Gracias al amor que comparten por el deporte, desarrollan un vínculo irrompible en el que cada una aporta la cualidad que la hace única para hacer más dinámica la amistad:

Theodora, Serie El credo de la dama arquera (Libro Uno)

Lady Theodora, con su mente brillante y su amor por el conocimiento se convierte en la instructora de arco perfecta. A pesar de ser la última que se une al grupo, una marginada, pondrá en riesgo su futuro por el bien de la amistad.

Georgina, Serie El credo de la dama arquera (Libro Dos)

Lady Georgina es extraordinaria con las finanzas. Es la hija olvidada de un duque acaudalado. Intenta encontrar su lugar y gente que la quiera y para ello está dispuesta a hacer lo que sea necesario.

Adeline, Serie El credo de la dama arquera (Libro Tres)

Miss Adeline es una líder natural. Creció en una gran familia donde a menudo pasaba desapercibida, ahora no está dispuesta a que nadie le haga sombra.

Josephine, Serie El credo de la dama arquera (Libro Cuatro)

Lady Josephine tiene una naturaleza dulce e impresionable. Lucha por gustarle a todo el mundo y ser querida, especialmente al volver a Londres para el inicio de la temporada social.

Adeline, Georgie, Theo y Josie rigen sus días por El credo de la dama arquera, desarrollado por ellas mismas durante los días transcurridos en la Escuela de Educación y Decoro de la Señora Emmeline para Señoritas de Intachable Calidad. "Amistad, lealtad y honor por encima de todo" es su mantra. Ahora, al afrontar los retos de la vida adulta, el credo se vuelve más importante que nunca.

Prólogo



Canterbury, Inglaterra
Mayo de 1819

Lady Georgina Seton estaba sentada con toda corrección ante el escritorio de la directora, esperando a ser atendida. Nunca en toda su vida la habían hecho esperar así. ¿Es que la Señora Emmeline no se daba cuenta de quién era? La hija del Duque de Balfour merecía que se le prestara toda la atención. Ni el duque ni su nueva duquesa le prestaban atención, pero nadie en sociedad, desde luego nadie por debajo de su estatus, se había atrevido nunca a ignorarla. Hasta ahora.

—Ehem —Georgie levantó la mirada hacia la mujer mayor, ignorando la severidad de su rostro.

La Señora Emmeline soltó el lápiz, la miró y dejó a la vista sus dientes torcidos y manchados.

—En tu solicitud dices que prefieres que te llamemos Georgie o Lady Georgie. ¿Es correcto, Lady Georgina?

—Así es. —Georgie le ofreció una sonrisa distante.

Llevaba sentada allí más de cinco minutos y lo único que se le ocurría mencionar a la directora era cómo prefería que la llamara. Era frustrante. Le dolían los huesos y estaba exhausta por el viaje de casi dos días en carruaje desde Londres hasta Canterbury. Por no mencionar el cansancio emocional. Apartada por el hombre al que amaba, expulsada por su padre y su nueva duquesa. Se le encogió el pecho con una oleada de dolor que la rompió por dentro.

Tan solo deseaba que le mostraran su habitación y poder darse un baño caliente, seguido de una buena siesta. Sin embargo, Georgie sabía que su deseo no sería concedido más rápidamente si era grosera.

Después de todo la mujer tan solo estaba haciendo su trabajo. Un trabajo por el que el duque pagaba un precio muy elevado. Georgie sabía el gasto que suponía y la reputación que tenía la escuela de la Señora Emmeline. Al menos debía reconocer que su padre la había enviado al mejor sitio que había podido comprar con su dinero. Un hecho por el que suponía que debía estar agradecida.

La directora garabateó una nota en la solicitud que descansaba sobre el escritorio en frente de ella y luego volvió a mirar a Georgie.

—Bienvenida a la Escuela de Educación y Decoro de la Señora Emmeline para Señoritas de Intachable Calidad. Nos enorgullece dejar que nuestras señoritas descubran quiénes son y que se

conviertan en las mujeres que desean ser. –Su tono era decidido y no hizo ninguna pausa para Georgie, quien sospechaba que había cierta debilidad, incluso cierta incorrección debajo de la rígida fachada de aquella mujer.

–En efecto. Lo he visto en el folleto que me dio la nueva Duquesa de Balfour quince días antes de que me mandaran a esta escuela. Es un eslogan maravilloso.

Georgie sintió que se le arrugaba el corazón al recordar a su madrastra y la facilidad con la que se había deshecho de ella. No conoció a su madre biológica porque murió al darla a luz. Cuando su padre anunció que volvería a casarse, tenía grandes esperanzas de poder disfrutar al fin del amor y la guía de una madre. Lamentablemente eso nunca ocurriría.

La nueva madre de Georgie, a falta de una descripción mejor, la empujó como un pavo hasta la sala privada de dibujo de la residencia de Londres y le echó en el regazo el panfleto de la escuela. *“Tu padre y yo hemos decidido que necesitas una educación con más disciplina. Partirás hacia la Escuela de Educación y Decoración de la Señora Emmeline para Señoritas de Intachable Calidad dentro de quince días. Haz los preparativos pertinentes”*.

Su Gracia observó a Georgie con un triunfo helado en sus ojos de hielo cuando le daba la noticia. Aquel recuerdo le congelaba la piel a Georgie.

Como si aquello no hubiese sido lo bastante descorazonador, el único hombre al que Georgie había amado permitió que ocurriera. Ella y Felton crecieron juntos como vecinos y amigos. Con los años él la había rescatado innumerables veces y Georgie se había enamorado de él.

Su fría despedida tan solo añadió más dolor a su corazón. Por primera vez él no la había salvado y, sin embargo, ella lo amaba hasta la locura. Él no solo permitió que la mandaran lejos, sino que se limitó a desearle suerte.

–Es más que un eslogan, Lady Georgina. En la Escuela de Educación y Decoración de la Señora Emmeline para Señoritas de Intachable Calidad creemos firmemente que nuestra misión es formar a las jovencitas para convertirlas en mujeres destacables, según su potencial y sus deseos. –No había posibilidad de malinterpretar la chispa de malicia que brilló en los ojos de la directora.

Georgina sonrió con sinceridad por primera vez desde que partió de Londres. Quizás su estancia en ese lugar pudiese ser llevadera si lo intentaba. Después de todo, ya no le quedaba nada en casa.

–Muy bien. Estoy convencida de que su escuela será un lugar muy positivo para mí.

Georgie, sin embargo, seguía pensando que habría podido hacer que su potencial brillara desde el ducado si su padre no la hubiese mandado fuera. Habló con él, le rogó que no la enviara al colegio. Por un breve instante él pareció estar de su lado. Casi accedió a que se quedara en casa, pero luego su mujer intervino en la conversación.

La madrastra de Georgie se encargó de que no permaneciera en la casa ducal. La escuela de la señora Emmeline le parecía a Georgie un lugar tan bueno como cualquier otro si no podía permanecer en su hogar y estaba claro que no podía. Además, después del rechazo de Felton, tampoco estaba segura de querer quedarse en casa.

Georgie se encontró con la mirada de la directora.

–Estoy destrozada por el viaje. ¿Podría mostrarme mi habitación?

La señora Emmeline bajó la mirada e hizo otra anotación en el impreso.

–Alojamos a las señoritas según sus capacidades y debilidades, cuatro en cada habitación. –Levantó la cabeza para mirar a Georgie–. Esta política contribuye al compañerismo entre las estudiantes y les brinda la oportunidad de ayudarse en las materias que no dominan. ¿Tienes algún inconveniente en compartir habitación, Lady Georgie?

Georgie era la hija única del duque. Nunca había tenido la oportunidad de convivir con otras

niñas. Desde luego nunca había compartido su dormitorio. Cuando era niña deseaba tanto tener una hermana que incluso rezaba para que ocurriera. Quizás esta fuera su oportunidad para estrechar lazos con otras chicas.

–No me supone ningún problema compartir habitación. Me gusta la idea, señora directora.

–Lláname Señora Emmeline o Emmeline sin más, cariño –la corrigió la mujer. Su tono fue severo, pero su expresión seguía siendo amistosa.

Georgie se enderezó y le ofreció una débil sonrisa.

–Como desee, Señora Emmeline, ¿dónde podría darme un baño caliente y descansar?

–Es necesario descubrir tus talentos antes de que te asignemos habitación. –La directora se inclinó en dirección a Georgie y bajó la voz–. He diseñado un método muy agudo para descubrir las fortalezas y puntos débiles de todas mis jovencitas.

Una cierta incomodidad se apoderó de Georgie. No solo estaba exhausta, además odiaba ser observada.

–¿Qué tengo que hacer? –preguntó, con un tono menos firme de lo que le habría gustado.

–Le pedimos a cada jovencita que nos haga una presentación en tres áreas: académica, luego arte o música a elegir y algún deporte. Según sean tus elecciones y cómo lo hagas, elegiré tu habitación.

La mente de Georgie iba a toda velocidad mientras intentaba deducir qué talento tenía en cada área. Su padre le había ofrecido a los mejores tutores. Tenía muy buena formación en todas las habilidades que una señorita debía tener: baile, costura, música y poesía entre otras cosas. Él también se había encargado de que la instruyeran bien en ciencias, matemáticas e historia. Pero a pesar de su buena preparación, a Georgie le sudaban las manos por debajo de los guantes al pensar que tenía que demostrar sus habilidades.

La Señora Emmeline se levantó y rodeó el escritorio.

–¿Preparada, Lady Georgie?

Ella no se habría descrito como *preparada*, pero tampoco iba a haber un mejor momento, más valía acabar cuanto antes.

–Si es necesario –respondió.

La directora se limpió las manos manchadas de carbón en la parte frontal de su feo vestido gris y luego asintió.

–Todas las señoritas se presentan al poco de su llegada. Lo harás bien, estoy segura.

Georgie dudaba de que sería capaz de hacerlo bien. El corazón le latía in crescendo dentro del pecho mientras aumentaba su nerviosismo. Aún así, prefería acabar con las pruebas cuanto antes. Asintió.

–Espera aquí mientras reúno a las niñas en la sala de música para tu primera demostración. La Señora Dires vendrá a buscarte cuando estén todas sentadas. –La incomodidad de Georgie debe haber sido palpable, porque la Señora Emmeline hizo una pausa y añadió–. No te preocupes, cariño. Todas las jovencitas han tenido que presentarse en su primer día.

Se giró y salió de la habitación dejando sola a Georgie.

Georgie miró a través del gran ventanal en forma de diamante que había detrás del escritorio de la directora y se esforzó por tranquilizarse. Había recibido muy buena educación musical, sabía cantar y tocar el clavecín. Si conseguía controlar su cuerpo tembloroso podría hacerlo sin quedar como una tonta. Respiró hondo y luego soltó el aire poco a poco. Su profesor de música, así como su familia, alababan su forma de cantar. Todo iba a salir bien.

Una mujer joven con un vestido similar al de la Señora Emmeline entró en el despacho después de lo que pareció una eternidad.

–La señorita Dires, supongo.

La mujer sonrió.

–Sí, soy yo –Le ofreció una genuflexión–. Es un placer conocerla, Lady Georgie.

–Igualmente. –Georgie le devolvió la sonrisa a la mujer, aunque se sentía un poco mal.

–Sígame, las niñas están preparadas para su demostración. –Se giró y empezó a salir del despacho.

Georgie siguió a la señorita Dires por un largo pasillo iluminado por varios candelabros que resplandecían y lanzaban sombras desde el techo. Era el mismo que cruzó al llegar al colegio, el único pasillo que había visto hasta el momento.

Georgie se quedó sin respiración al seguir a la mujer a través de unas puertas dobles que conducían a una abarrotada sala de música. Su mirada recorrió las filas de chicas sentadas detrás de los profesores, justo frente al escenario. Allí vio un piano, un clavecín, un laúd, una flauta, una mesa con campanas y una guitarra. Todos los instrumentos tenían bastante separación como para que el público pudiera verla sin ningún obstáculo.

–Sube al escenario, Lady Georgie –le dijo la Señora Emmeline desde un extremo de la sala.

Lo que habría dado porque Felton entrase volando como un halcón y la salvara. Georgie tragó con dificultad, apartando aquel absurdo pensamiento de la mente y avanzando hasta la parte frontal de la sala. No podría cantar si no controlaba el pánico escénico. Quizás fuese mejor que eligiera algún instrumento.

No. Su voz era su mejor baza. Podía hacerlo. Georgie se concentró en la Señora Emmeline cuando esta subió al escenario.

–Alumnas de la Escuela de Educación y Decoro de la Señora Emmeline para Señoritas de Intachable Calidad, por favor dadle la bienvenida a Lady Georgina Seton. Prefiere que la llamen Lady Georgie o Georgie. –Las palabras salían de su garganta con fluidez, como si todos los días hablara en público–. Lady Georgie nos mostrará primero su talento musical, ya sea con el piano, el arpa, la guitarra, las campanas o cantando. –La mujer pasó la atención del público a Georgie–. ¿Qué vas a escoger?

Georgie alzó la barbilla, negándose a que la incomodidad se apoderara de ella.

–Voy a cantar, señora Emmeline.

La directora asintió y se dirigió al público:

–Tras su demostración vocal nos mostrará su talento académico y sus habilidades para el deporte. Nos reuniremos al aire libre para la última demostración. Al terminar, volveremos al comedor para la cena.

Las palabras le aceleraron el corazón a Georgie. ¿Qué iba a hacer para la demostración académica y para la deportiva? No tenía tiempo de preparar nada, mucho menos tenía idea de lo que debía demostrar. Lo último que deseaba era hacer un papelón frente a sus compañeras.

–¿Desea acompañamiento de piano, Lady Georgie?

Las palabras de la directora interrumpieron sus agolpados pensamientos.

–Me encantaría, señora Emmeline.

–Muy bien.

La directora miró hacia la fila de instructores y luego le hizo una señal para que subiera al escenario.

Una mujer de pelo cano con vestimenta severa pasó al piano.

–¿Qué pieza desea que toque? –preguntó.

Georgie pensó en una canción perfecta. *Oft in the Stilly Night* o *Robin Adair*, ¿cuál gustaría más? ¿O quizás la favorita de su padre: *A Love's Dream*? *Robin Adair* era la más corta y por

tanto le permitiría bajar del escenario antes, pero *A Love's Dream* era mejor para demostrar su talento.

—¿Cuál va a ser, querida? —instó la señora Emmeline.

—*Oft in the Stilly Night*. —¡Demonios! ¿Por qué había nombrado esa canción? Ni siquiera la había sopesado en un principio.

La sala guardó silencio cuando empezó la música de piano. Georgie cerró los ojos y se centró en la letra. Las primeras líneas salieron un poco temblorosas pero a mitad de la canción le pareció que su tono y su ritmo se acompasaban.

Se relajó, interpretando la canción con más seguridad momento a momento. Abrió los ojos en la última frase. Muchas de las chicas la miraban con fijeza. Otras tantas susurraban entre sí, o miraban a cualquier lugar, menos al escenario.

A Georgie se le encogió el corazón cuando miró la sala. Parecía que su talento vocal no era tan bueno como creía. Se le cerró la garganta, no había nada como una sana dosis de vergüenza como complemento del sentimiento de abandono y rechazo que crecían en su interior.

La señora Emmeline empezó a aplaudir y, en un abrir y cerrar de ojos, el público (tanto las niñas como los profesores) se unió.

La directora colocó las manos en los costados de su cuerpo y una vez más la sala se quedó en silencio.

—Gracias por su... interpretación, Lady Georgie. Veamos ahora su talento académico.

La institutriz de Georgie solía hacer un juego de multiplicaciones con ella, de manera que sabía las tablas del uno al doce sin ningún error desde que era muy pequeña. Estaba segura de que podría decirlas sin pasar vergüenza. Sus ojos recorrieron el mar de extrañas que la observaban.

—Muchas de nuestras niñas demuestran su talento a través de la historia. Miss Alexandria se sabe de memoria todas las grandes batallas de la historia. A otras les interesan las ciencias o la literatura; nos explican fórmulas o recitan largos poemas.

Se habría podido escuchar un alfiler caer mientras hablaba la señora Emmeline. Su tono y sus palabras tenían a Georgie casi hipnotizada. ¿Sus conocimientos matemáticos estarían a la altura de los talentos de las otras niñas? Eso esperaba.

—Te voy a dar un momento para que te prepares. Recuerda hablar alto y claro cuando estés preparada.

Georgie cogió aire para tranquilizarse.

—Me gustaría empezar ya si no le importa.

—El escenario es tuyo, Lady Georgie.

—Voy a recitar las tablas de multiplicar hasta el doce —Georgie cerró los ojos una vez más—. Uno por uno —empezó. Al igual que ocurrió antes, sus nervios se calmaron a medida que avanzaba en el territorio familiar de las multiplicaciones. Se imaginó diciendo las tablas frente a su institutriz—. Siete por nueve sesenta y tres, siete por diez setenta.

Pasaron varios minutos y Georgie siguió moviéndose en sus multiplicaciones hasta llegar al final.

—Doce por doce ciento cuarenta y cuatro.

Por primera vez desde que subió al escenario se sentía totalmente cómoda. Abrió los ojos y sonrió para las niñas y las profesoras, que ahora la miraban con una apreciación nueva. Quizás la demostración musical hubiese sido un desastre, pero la demostración académica había sido una conquista fácil y llena de gracia, propia de una lady como ella.

La sala estalló en aplausos y Georgie hizo una genuflexión. Ya solo le restaba la

demostración deportiva. Podía hacerlo. Los deportes habían sido una parte importante de su vida en la casa ducal.

Desde luego la escuela de la señora Emmeline le ofrecía algo con lo que estaba familiarizada.

La sala quedó en silencio y la señora Emmeline volvió a pedir la atención de todas. Mientras hablaba, Georgie miraba a las otras niñas, observándolas de verdad por primera vez desde que llegó a aquella sala.

Todas tenían más o menos la misma edad que ella y la mayoría iban muy bien vestidas. Parecía que casi todas preferían tener un aspecto más maduro, con el pelo recogido o con las trenzas cayendo suavemente sobre los hombros. Georgie también prefería esos estilos, elegantes y sofisticados. La similitud entre ella y las otras niñas la hizo sentir más cómoda mientras hablaba la directora.

—Salgamos todas para ver la demostración deportiva de Lady Georgie. —Todas se levantaron con ligereza, como estuvieran deseando salir al aire libre—. ¿Necesitas tiempo para ponerte la ropa de montar o un traje de baño, Lady Georgie?

La equitación era uno de sus puntos fuertes, pero Georgie no deseaba montar un caballo que no conocía. Lo último que necesitaba era una caída. Y si tuviese que nadar, bueno, moriría allí mismo.

—No es necesario —respondió.

—Como deseas. —La señora Emmeline indicó la puerta doble que daba a una zona de césped en la que se habían colocado varios puestos. En cada uno había equipo para distintos deportes al aire libre. El sol empezaba a bajar en el cielo, indicando que era tarde. Georgie salió junto a las otras niñas.

—También tenemos un lago, si quieres demostrar tu talento remando —le ofreció la señora Emmeline.

A Georgie nunca le habían gustado mucho los lagos y los ríos. Le parecía que allí habitaban criaturas malignas. El riesgo de encontrarse con alguna era demasiado elevado como para aventurarse.

—Prefiero otra cosa.

—De acuerdo —continuó la directora, dirigiéndose hacia los puestos deportivos que tenían frente a sus ojos.

Georgie recorrió los cinco puestos, no podía ignorar a las profesoras y alumnas que la miraban con anticipación en sus rostros. La ansiedad le recorrió la espina dorsal. Pasó por los primeros dos puestos sin prestar mucha atención. En el tercero había equipación para bádminton, un deporte que había jugado en varias fiestas de jardín y que le parecía bastante divertido, sin embargo no creía que fuese de sus mejores talentos.

A continuación había varias armas. Había disparado unas cuantas veces en su vida, pero desde luego no se le daba muy bien. Su bendito padre había dedicado todo un verano a intentar mejorar sus habilidades, pero ella no podía con el horrible ruido y el retroceso feroz de las armas de fuego.

Se sintió llena de felicidad al llegar al último puesto. Había una fila de ganchos de los que pendían en un orden perfecto varios arcos. Unos cuantos metros más lejos había dianas de paja, con sus círculos rojos y blancos. Estaban preparadas y mostraban agujeros por el uso. El arco era, sin ninguna duda, una de sus dotes más fuertes. Había pasado innumerables horas practicando con su padre. Una buena cantidad de tiempo compitiendo y practicando también con Felton. Le saltaba el corazón con solo pensar en él. Respiró hondo para alejar de sí aquel dolor del corazón. No era el momento.

Georgie se acercó a los arcos y eligió uno, luego cogió una flecha. Miró al blanco y perfeccionó su postura, alzó el arco y luego apoyó la flecha contra la cuerda.

Tiró hacia atrás y bajó la mirada hacia la flecha, centrándola en el punto rojo central de la diana. Soltó la flecha y esta rugió en el aire. Las espectadoras estallaron en un aplauso en el momento preciso en el que la flecha de Georgie se clavó en el centro.

No era un centro perfecto, pero de cualquier manera se sintió llena de entusiasmo al ver las enormes sonrisas de sus compañeras y profesoras. Había logrado disparar a pesar de la inquietud de sus sentimientos. Había salvado al menos en parte su orgullo en aquel proceso.

Una chica rubia se acercó a ella y se puso la mano en la cadera.

—Supongo que has tenido suerte con ese tiro.

La actitud de la chica sorprendió negativamente a Georgie. Parecía enfadada, pero ¿por qué?

—Es un tiro normal en mí. ¿Eres arquera? —le preguntó Georgie.

—Soy la mejor arquera de la escuela de la señora Emmeline. —La chica contoneó ligeramente la cadera.

—Quizás podamos entrenar juntas —le ofreció Georgie con una ligera sonrisa—. Me llamo...

—Sé cómo te llamas, Georgie. Y en cuanto a lo de entrenar juntas... —La chica retiró la mano de su cadera y miró a la diana—. Creo que podría ser tolerable.

Era como si aquella chica quisiera hacerse notar. Georgie vio un amago de diversión debajo de su arrogancia. Quizás llegaran a ser amigas. La chica probablemente solo quería demostrar su superioridad. Georgie ya había visto ese tipo de comportamiento en el pasado, normalmente en compañeras de la clase alta. Incluso se podría esperar de ella que se comportara así, ya que era hija de un duque, pero nunca había sentido la necesidad de hacerlo ni le apetecía.

Estaba segura de que aquella chica escondía mucho más debajo de esa actitud.

La rubia se giró y dio unos cuantos pasos hacia las puertas dobles, que aún estaban abiertas. Luego se giró y miró a Georgie.

—Pero no te quedes allí parada. Es la hora de la cena, vamos.

Georgie se movió para alcanzarla.

—¿Puedes decirme tu nombre?

—Bueno, sí. Soy Miss Adeline. —Sus labios se torcieron como si estuviera conteniendo una sonrisa—. Supongo que deberíamos ser amigas, ya que estoy casi segura de que vamos a compartir habitación después de tu demostración con el arco y del desastre de tu presentación vocal.

Adeline se echó a reír y Georgie no pudo evitar unirse a la risa.

—Sí, mi canto ha sido de vergüenza.

—Horrible. Si yo fuera tú le echaría la culpa a los nervios.

Las mejillas de Georgie se colorearon.

—Más bien fue por tener que presentarme en público así, sin previo aviso ni nada.

—No importa, te has redimido con las multiplicaciones y el arco. Vas a estar bien aquí en la Escuela de Educación y Decoro para señoritas de Calidad Inmejorable de la señora Emmeline.

Georgie sonrió con amplitud.

—Sí. Todas deberíamos intentar sacar lo mejor de nosotras mismas.

Las dos chicas se echaron a reír mientras entraban en el edificio, atrayendo las miradas de sus compañeras y alguna mirada seria de las profesoras. En ese momento Georgie sintió que Adeline se convertiría en su mejor amiga.

Uno

*Siete años después
Marzo de 1826*

El futuro de Felton Crauford dependía de que el Duque de Balfour accediera a explotar una mina en su territorio; una propiedad que había sido robada a la familia Felton siglos atrás. Tragándose su orgullo, Felton miró el extravagante escritorio de caoba que lo separaba del duque. Le dolía tener que pedir lo que en realidad era un derecho. Pero desafortunadamente no tenía otra opción.

—Su Gracia, he descubierto una veta mineral que va de la propiedad de mi padre a la suya.

El Duque de Belfour estrechó sus ojos oscuros.

—Interesante, cuéntame más.

Felton tragó con dificultad, odiaba cada segundo que transcurría en aquel enorme despacho con ese mal hombre. Sin embargo la alternativa era aún más insoportable. La vida de médico, soldado o clérigo nunca sería para él. Él pertenecía a esa tierra, al trabajo en ella, a la naturaleza. Las minas eran su pasión. Nunca sería igual con ninguna otra profesión.

No tenía ninguna otra opción, aún cuando el duque se negara a lo que le solicitaba. Felton miró al duque a los ojos.

—Como sabrá, empecé a explotar la mina en la propiedad de mi padre el año pasado. El depósito de carbón era rico y la mina ahora es un éxito.

—Así es, he oído sobre ello. —Los ojos color gris acero del duque se suavizaron por una fracción de segundo—. Continúa.

—El depósito mineral que llega hasta su propiedad es más rico que ninguno que haya visto antes. —Felton hizo una pausa y respiró hondo. Intentó sin éxito descifrar la experta cara del duque. No podía hacer nada sino presionar y esperar que las cosas salieran bien—. Me gustaría llegar a un acuerdo con usted que me permita continuar con la mina hasta sus terrenos.

El duque movió sus aristocráticos dedos mientras estudiaba a Felton un momento.

—¿Y yo qué sacaré de ese acuerdo?

La postura relajada de Su Gracia jugaba a su favor, mientras que su mirada de acero indicaba lo contrario. Felton era incapaz de saber si el duque tenía un interés verdadero o si sencillamente le tomaba el pelo.

Luchó para no retirar la vista de la mirada penetrante de aquel hombre.

—Le propongo un porcentaje de las ganancias. Tal como le he dicho, la mina va a producir

una gran cantidad de carbón que nos traerá importantes beneficios económicos. –Felton sonrió ante la firmeza y tenacidad de su tono, agradecía que al menos su voz hubiese permanecido fuerte frente al escrutinio del duque.

–Yo ya soy un hombre rico.

Su Gracia se apartó de la frente un mechón de pelo castaño con algunas canas. A pesar de los pequeños signos de envejecimiento, Su Gracia estaba en forma. Las canas que teñían su cabello oscuro y fino tan solo añadían autoridad a su aspecto mundano.

Felton se tragó la desesperación que crecía en su interior. Tenía que conseguir el permiso para abrir la mina en las tierras del duque. El fracaso no era una opción. Enderezó los hombros.

–Si me da su autorización será aún más rico. ¿Qué hombre no desea ver incrementada su riqueza?

–La ambición ha sido la perdición de muchos hombres –dijo el duque en tono de burla.

–A mí no me mueve la ambición sino el deseo de ser independiente económicamente. – Felton bajó la mirada a su regazo y cogió los documentos que tenía allí para ponerlos en la mesa, frente al duque–. Aquí están los informes que tengo sobre el depósito mineral. Previsión de ganancias, datos geográficos y demás. Écheles un vistazo.

Su Gracia levantó los papeles y empezó a estudiarlos.

–Ajá –Arqueó una ceja mientras leía uno de los documentos–. ¿Qué porcentaje estás dispuesto a ofrecerme? –preguntó sin levantar la mirada del informe.

–Diez por ciento de todas las ganancias mientras yo tenga la explotación de la mina.

El duque levantó la mirada, estrechando los ojos.

–Me insultas.

Felton sintió su propio pulso en las venas. El insultado era él por tener que tratar con semejante engreído pomposo. Se tragó la protesta.

–Veinte por ciento.

–Cincuenta –Su Gracia tamborileó con el dedo en la mesa.

Felton saltó de la silla con la indignación devorándolo como un fuego abierto.

–Tiene que estar bromeando.

El duque apoyó los informes sin que sus ojos abandonaran a Felton en ningún momento.

–Mi tierra tiene un valor. Si te permito perforarla tengo que obtener a cambio algo que justifique los daños.

–Veinticinco por ciento y no se hable más. –Felton sostuvo la mirada del hombre, no estaba dispuesto a ceder más.

Quería salir corriendo del despacho, pero se obligó a permanecer allí anclado. Qué demonios, seguramente había arruinado ya su oportunidad al permitir que el duque subiera tanto. Debería volver a sentarse e intentar calmar las aguas que él mismo había revuelto pero su orgullo le exigía que se mantuviese firme, que defendiera su postura.

Felton deslizó los informes para acercarlos a la mano inquieta del duque.

–Hágamelo saber cuando haya tomado una decisión.

El corazón le martilleaba contra el pecho cuando salió hacia el laberinto de pasillos que conducían a la entrada. ¿Qué iba a hacer si el duque se negaba?

Quizás debiese ceder y aceptar el cincuenta por ciento. Tragó con dificultad. Hacerlo sería tanto como cortarse su propio cuello.

El Duque de Balfour era un hombre astuto. Reconocería el gran beneficio que representaba el veinticinco por ciento y accedería al acuerdo. Felton tan solo tenía que esperar.

–Tú.

Felton volvió la atención hacia la voz para encontrarse nada más y nada menos que con Lady Georgina, que caminaba hacia él.

—Lady Mariposa. —Él le había puesto aquel mote años atrás, cuando ambos eran niños.

Ella tenía la forma más irritante de aparecer siempre junto a él y, casi siempre, necesitaba que la rescataran. Aunque en aquella época ella siempre parecía alegrarse al verlo. A juzgar por la forma en la que apretaba los labios para formar una línea recta y por cómo sus ojos estaban entrecerrados, él juraría que hoy no era así. ¿Y qué le había hecho, si no se veían desde que ella se había marchado al internado siete años atrás?

La observó, su mirada viajó desde los rebeldes rizos peinados hacia atrás, hasta las curvas del pecho y la cintura, luego siguió bajando hasta el borde del vestido. Lady Georgina había florecido, convirtiéndose en una mujer desde la última vez en que la vio. Toda una mujer.

Felton se acercó.

—Estás enfadada.

—Qué astuto por darte cuenta. —Ella alzó la barbilla.

El fuego que había en sus fríos ojos verdes lo dejó cautivado. Ella siempre había tenido unos ojos del todo inusuales, como de gato por la forma. Sin embargo nunca hasta ahora los había encontrado tan cautivadores.

—¿Puedo preguntarte por qué estás enfadada?

—Deberías saberlo.

Ella pasó por su lado y siguió hacia el pasillo. Su vestido susurraba a cada paso, sus rizos rubios rebotaban sobre sus hombros. La luz del sol se filtraba a través de las ventanas y le daba un aire etéreo. Qué pena que su actitud fuera la del fuego de los infiernos o la de un pedernal.

Felton se quedó mirándola totalmente confundido. La última vez que la vio ella se comportó de forma extraña, pero no discutieron. Él estaba descansando en el comedor de su familia cuando ella entró a despedirse. Recordaba que ella le había dicho que la mandaban a un internado y él le deseó suerte. Un encuentro mundano en realidad.

La mirada de Felton se detuvo sobre sus formas mientras ella se alejaba. ¿Pero a qué narices jugaba? Daba igual, había captado su interés.

Caminó detrás de ella.

—Lady Mariposa, espera.



Lady Georgina se quedó quieta, sus pies envueltos en las zapatillas mordían la alfombra. Antes adoraba el mote de *Lady Mariposa*, pero ya no lo encontraba cariñoso. No desde el día... Ese día en que Felton permitió que la mandaran a la escuela de la señora Emmeline sin nada más que un beso cariñoso sobre su mano enguantada.

Ella que creía estar enamorada de él se llevó aquel rechazo al internado. Se le partió el corazón. Rechazada por su padre y su madrastra, rechazada por el hombre al que amaba. Una herida que creía que no iba a sanar jamás. A juzgar por el dolor punzante que experimentaba ahora, no se había equivocado.

Él nunca más volvería a hacerle daño. No le iba a dar el poder para ello.

Georgie miró a través de una ventana con cristales emplomados, clavando la mirada en un árbol distante.

—Por favor evita los motes. Soy Lady Georgina.

—Siempre has sido Lady Mariposa para mí. —Le puso una mano en el hombro—. ¿Qué te

ocurre?

Georgie se giró hacia él. La vieja herida se reabría cruelmente a pesar de sus esfuerzos por evitarlo.

—Ya no somos unos niños. No es adecuado que me llames así. —Apartó la mirada—. De hecho, no deberías hablar conmigo a solas por los pasillos ni tampoco tocarme tan descaradamente. Si me perdonas.

Georgie dio un paso, aunque una parte de ella deseaba desesperadamente quedarse con él, hablar con él. Sencillamente debía marcharse. Olvidar el pasado, olvidarlo todo sobre él.

Felton no tenía la culpa de que ella lo amara. Nunca le dio motivos para creer que tenía un interés romántico en ella. Sin embargo debía de saberlo.

—No hasta que me digas qué he hecho para que estés enfadada —le imploró con un tono amable y una expresión cálida.

Georgie prefería morir antes que confesar su amor de juventud y cómo se le había roto el corazón. Apretó los labios mientras su mente se revolvía. Él no la iba a dejar tranquila si no le daba una explicación. Después de todo, él siempre había sido un caballero galante, siempre listo para rescatarla de sus tonterías o para hacerla sonreír cuando estaba triste.

Aquellas cualidades habían hecho que se enamorara de él.

—Estoy enfadada porque las prácticas con el arco no me han salido como quería —mintió.

Él arqueó una ceja rubio oscuro y apoyó su fuerte hombro contra la pared de yeso.

—Así que es por el arco.

¡Demonios! No le creía. Pero ella insistió.

—Efectivamente. La práctica ha sido desastrosa. —Cuando eran jóvenes alguna vez habían practicado juntos. No debía preguntar, pero la curiosidad pudo más que el sentido común—. ¿Aún practicas ese deporte?

—El tiro con arco es una maravillosa distracción. —Sonrió de oreja a oreja—. Casi nunca pierdo.

—Imagino que aún se te da muy bien.

Georgie lo recordaba tiempo atrás. Su postura era impecable y su puntería casi siempre certera. Para él el arco era sencillo, como si hubiese nacido con uno entre las manos. Algo que siempre la había irritado, ya que ella tenía que practicar mucho para ser tan buena como era.

—Si no se me diera bien no me gustaría tanto. Como he dicho, el arco es una distracción que me gusta.

Georgie cruzó los brazos y torció un poco la boca.

—¿Piensas competir en el torneo de Cheapside?

—Sí.

Los músculos de Georgie se tensaron. Felton era una distracción que ella no deseaba tener mientras estuviera en el campo de tiro. Tenía que ganar, se lo debía a sí misma. Su sueño había sido desde siempre ser la mejor arquera de Inglaterra y volver a ganarse así la atención de su padre. No iba a permitir que Felton se interpusiera en su camino.

Peor aún, ¿qué ocurriría si él la reconociera vestida de hombre? Cheapside era un campeonato masculino. ¿La delataría? ¿Estropearía su oportunidad de ganar? Necesitaba el dinero de ese torneo para poder apuntarse al Championship Archery Tournament del mes siguiente.

—Además pienso ganarlo. —La seguridad brilló en los ojos de Felton.

Ella se obligó a mostrar que no le importaba. Él no debía notar cómo el pánico se apoderaba de ella.

–Ya lo suponía, como todos los que compiten.

Felton la estudió, apartándose de la pared.

–Hablas como si tú también compitieras.

Lo que habría dado porque él dejara de hablar y se apartara de su presencia. Se obligó a esbozar una sonrisa despreocupada.

–En alguna ocasión. En eventos femeninos. –Habría sido una tontería mostrarle todas las cartas.

–Pensaba que habías dejado el deporte ahora que te has convertido en una mujer. –Le recorrió el cuerpo con la mirada–. Las damas no deben competir en torneos de tiro con arco.

Las mejillas de Georgie se inundaron con un calor que nacía tanto de la vergüenza como de la rabia.

–Quizás fuese mejor que no pensaras en mí, ya que está claro que no me entiendes.

–Una cosa está clara. Después de todos estos años tu carácter no ha cambiado.

¿Pero qué demonios quería decir? Georgie abrió la boca para hablar pero él ya había desaparecido girando en una esquina.

Das

Georgie estiró los hombros y siguió hasta el despacho de su padre. Su madrastra ya los había separado bastante. Además, Georgie necesitaba su ayuda. Se detuvo frente a la puerta para llamar.

—Padre, ¿puedo pasar?

—Sí.

Georgie abrió la puerta de madera y entró en el despacho.

—Hace quince días que no tengo ocasión de estar contigo.

Le dio un beso en la mejilla y tomó asiento en una silla de respaldo alto que había cerca del escritorio.

—Dinah me ha dicho que has estado muy ocupada preparándote y asistiendo a eventos sociales. —Su padre sonrió—. Dice que eres un éxito, que seguro pescarás un buen marido.

Normal que su madrastra contara esas mentiras. No podía decirle a su padre que ella le había prohibido verlo ni que estaba pendiente para asegurarse de que Georgie no estuviera nunca con él. No importaba, Georgie aprovecharía la doble cara de la duquesa a su favor.

—Por eso he venido. —Mostró una sonrisa radiante—. Necesito más dinero. Ya sabes, al final estoy gastando más esta temporada de lo que pensaba.

—Dinah no me ha comentado nada de eso —su padre la estudió con ojos cariñosos.

Georgie apartó la mirada, fingiendo vergüenza.

—Es que no se ha dado cuenta. —Georgie miró a su padre a los ojos—. Y prefiero que sea así.

—Lo que me pides es un poco excesivo, pequeña. Es mi mujer y la responsable de que encuentres un buen partido.

—Por favor, padre. Solo por esta vez. Una o dos coronas extra me bastarán, ella no tiene por qué saberlo —Georgie puso cara de niña buena.

Su padre sonrió.

—Solo por esta vez. —Se levantó y fue a la caja fuerte para abrirla—. Confío en que hagas buen uso de estos fondos adicionales.

—Tienes mi palabra.

Aquello serviría para garantizarle a Georgie la entrada al torneo de Cheapside y un poco de equipo nuevo. Una causa muy noble en su opinión, aunque no se lo contara a su padre.

Él le dio las monedas y ella las echó en el bolsillo que le había cosido a su vestido.

—Gracias, padre.

El rumor de unas faldas indicó que la madrastra se acercaba y Georgie se giró, encontrándose con la Duquesa de Balfour que entraba al despacho.

—¿Qué es lo que estamos agradeciendo, Georgina?

La duquesa se paró junto al padre, interponiéndose entre este y Georgie. Su prominente barriga era la barrera perfecta. Miró a Georgie entrecerrando los ojos.

–Padre acaba de ofrecerme unas palabras de ánimo sobre la temporada.

–Así es –El padre le dio un beso en la frente a su mujer–. ¿Por qué no estás descansando, querida?

–Te echaba muchísimo de menos. Tanto que tenía que venir a buscarte. –La duquesa acarició el brazo del padre.

–Mi corazón también desea estar a tu lado, pero en tus condiciones tienes que descansar.

Georgie miró el vientre de la mujer. El bebé llegaría en cualquier momento. Esperaba con toda su alma que cuando naciera la duquesa centrara en él toda su atención.

–Me aburro terriblemente yo sola. –Miró a Georgie–. Me gustaría que me hicieras compañía por la tarde.

Otra estratagema para separarla de su padre. Georgie se puso el pulgar y el dedo índice en la frente y se dio un masaje.

–De pronto me duele la cabeza.



Georgina llegó corriendo al carruaje del señor Alistair Price, que estaba esperándola. Un mayordomo la hizo pasar. Se sentó en un banco de terciopelo azul, junto a Lady Josephine.

–Rápido, pongámonos en marcha –dijo Georgina, ignorando los fuertes latidos de su corazón y sonriéndole a Miss Adeline, a Theo y a su marido Alistair, que estaba sentado en el banco contrario del carruaje.

El señor Price dio unos toques en el techo del carruaje para que avanzara.

Al ponerse en movimiento, Georgie soltó el aire que había contenido y se relajó un poco. Si su madrastra la hubiera pillado escapándose lo habría pagado muy caro. La última vez que le había dado un disgusto, la duquesa la había castigado sin salir de su habitación una semana. Georgie ni siquiera recibió permiso para ver a su padre. Aún así, estaba dispuesta a correr el riesgo de hacer enfadar a la duquesa para hacer lo que debía hacer.

Hoy, hacer lo que quería significaba acompañar a sus amigos a presentar los fondos que habían reunido para la Escuela de Educación y Decoro para señoritas de Calidad Inmejorable de la señora Emmeline.

–¿Todo en orden? –preguntó el señor Price.

–Eh... sí, es solo que estaba un poco distraída –mintió Georgie.

Adeline la miró para indicarle que lo sabía y Georgie le ofreció una ligera sonrisa. Adeline y ella eran las primeras del grupo que llegaron a la escuela de la señora Emmeline y establecieron un vínculo fuerte antes de que llegaran Josie y Theo.

Georgie las adoraba a las tres. Eran sus mejores amigas, pero Adeline y ella eran como hermanas. Se contaban confidencias y comprendían los problemas de la otra; lo sabían todo, podían leerse la mente con solo una mirada.

El carruaje giró para salir de Balfour's drive y Georgie echó un vistazo rápido por la ventanilla. *Por favor, que no me pillen.* En ese preciso momento, se suponía que estaba en cama con dolor de cabeza. La duquesa había solicitado su compañía, pero Georgie no habría podido estar con sus amigos si hubiese ido a atender a la vengativa mujer. Fingió que se encontraba mal para ganar su libertad.

Podría haber pedido simplemente permiso para salir, pero la duquesa seguramente se lo habría negado y ese era un riesgo que Georgie no quería correr. Habían esperado la ocasión de llevar los fondos y, ahora que la señora Emmeline estaba en Londres, el asunto resultaba más sencillo. No iba a perder la oportunidad, aunque le costara un castigo... otro más.

—¿Estás segura de que estás bien? —Theo se hizo eco de la preocupación de su marido.

Georgie forzó una amplia sonrisa a pesar de que quería darle una bofetada a la pareja que tan solo tenía buenas intenciones.

—¿Y qué me iba a pasar? Estoy con mis amigos queridos de camino a ver a la señora Emmeline. El día no podría ser más perfecto.

Theo arqueó una ceja.

—Pareces un poco angustiada.

—Dejad de molestarla. —Adeline miró a Theo, luego a su hermano Alistair, con una sonrisa traviesa en la cara—. Tenemos cosas más importantes que hacer.

Josie abrió el abanico con gracia y empezó a abanicarse con ligereza.

—¿Pensáis que la señora Emmeline se va a sorprender por cómo hemos logrado recaudar fondos?

—No seas boba, Josie. La señora Emmeline nos animó en la práctica del tiro con arco. —Adeline movió la mano para restar importancia.

—Y alimentó también nuestra individualidad —dijo Georgie—. Va a estar encantada cuando sepa que ganamos el Campeonato de Grand Archer.

—Lo ganó Theo. —Josephine se abanicó con un poco más de fuerza.

Adeline puso los ojos en blanco.

—No importa quién haya disparado la flecha ganadora.

Georgie se relajó un poco mientras sus amigas debatían los hechos. Su discusión, extrañamente, la hacía sentirse cómoda, le resultaba familiar.

Era un hábito que las cuatro adquirieron cuando la señora Emmeline hizo que compartieran habitación en el colegio. Cada lady tenía su personalidad, sus rarezas, sus puntos fuertes y todas se felicitaban. Para sorpresa de todas, aunque sobre todo de Theo, Alistair (¡cuánto le costaba a Georgie llamarlo mentalmente por su nombre de pila!) encajó perfectamente en el grupo. Iba con ellas como si siempre hubiese estado allí. Quería tanto a Theo y a Adeline que decidió protegerlas a las cuatro.

—Vamos, Adeline. Si hubieses lanzado tú la flecha ganadora te importaría mucho. —Alistair rodeó a Theo con el brazo sobre los hombros y ella esbozó una sonrisa para su marido.

Los ojos de Adeline acribillaron a su hermano.

—Eso quiere decir que...

Sin poder resistirlo, Georgie se enderezó en el asiento y dijo:

—Sabéis que dice la verdad.

—Guárdatelo, Georgie. —Adeline se giró hacia su hermano mayor y sus rizos rubio oscuro, recogidos hacia atrás, rebotaron con el movimiento—. En cuanto a ti...

—No nos enfademos. —Theo cortó el incipiente enfado de Adeline—. Estoy de acuerdo con que la victoria es de todos.

—Así es. Si Adeline no se hubiera escapado de su habitación y no la hubieran descubierto, tú no habrías competido. —Georgie se reía.

Los labios de Adeline se movieron como si estuviera conteniendo una sonrisa. No tardaron mucho los demás en unirse a la diversión de Georgie.

Todas, salvo Alistair, que miraba a Adeline con severidad.

—No le veo la gracia a tus travesuras. Te podrías haber partido el cuello.

Adeline se puso seria, imitando la postura de su hermano.

—Yo no le veo la gracia a nada —dijo con voz profunda y luego estalló en una carcajada—. No te vendría mal soltarte un pelín, querido hermano.

El carruaje se detuvo frente al Hotel Clarendon. Alistair bajó y ayudó primero a Theo y luego a las otras damas a bajar. Georgie se alisó el vestido.

—¿Te has acordado de los fondos, Theo?

—Por supuesto. —Theo le dio palmaditas a su bolsito de red con perlas—. Está todo aquí.

Alistair le ofreció el brazo a Theo y acompañó a las ladies al hotel. Pasaron por el mostrador de recepción y siguieron hasta el salón.

Georgie le ofreció una sonrisa de corazón a la señora Emmeline cuando se sentaron a tomar el té. La directora había sido mucho más que la simple administradora de una escuela. Había animado a las chicas, las había nutrido, algo que a Georgie le hacía mucha falta cuando llegó a la escuela de la señora Emmeline.

Por ello, la señora Emmeline siempre tendría un lugar especial en su corazón. Y si debía creer a lo que se contaba, también dominó la vena salvaje de Adeline. Pero Georgie no sabía cómo era su mejor amiga antes de llegar al internado, algo de lo que seguramente debía alegrarse.

—Es maravilloso veros, señoritas. —La señora Emmeline las estudió una a una—. Me encantó recibir vuestra carta en la que me pedíais una visita. —Se giró hacia Alistair—. Oh, y habéis venido con el señor Price. Qué deliciosa sorpresa conocer al marido de Lady Theo.

—El placer es mío. —Alistair le dio una palmadita a la mano de Theo—. He oído hablar mucho de usted y de su escuela, tanto que siento como si la conociera.

La señora Emmeline sonrió y luego señaló unas cuantas sillas tapizadas de tela que se encontraban cerca de una mesa.

—Quiero que me lo contéis todo sobre el Campeonato de Grand Archer.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Georgie sorprendida.

Era verdad que la escuela de la señora Emmeline no estaba muy lejos de Londres, pero aún así era sorprendente que se hubiese enterado de su participación. Georgie la estudió un instante, pero tan solo observó una curiosidad contenida. Quizás no hubiese oído hablar de su actuación en el torneo.

—Es la competición de arco más grande de Inglaterra. Lo he leído en el *Times* y he dado por hecho que mis ladies arqueras sabrían todo lo ocurrido allí.

—Los ojos de la señora Emmeline brillaban, algo que Georgie no creía posible en la directora.

—Claro que sí. —Adeline bebió un trago de té.

—Se cubrió el evento en profundidad —dijo Josephine, mientras le quitaba una pelusa imaginaria al vestido que Georgie le dio en secreto quince días antes.

Aunque Josie salió de su concha cuando estaba en la escuela de la señora Emmeline, aún seguía siendo más tímida que las otras chicas.

—Me temo que me perdí los artículos después del anuncio inicial. Ponedme al día. —La señora Emmeline se inclinó ligeramente hacia ellas.

—Adeline y yo competimos como damas arqueras uno y dos hasta que el señor Price nos vio y se negó a permitir que Adeline continuara. Theo disparó la flecha ganadora. —Georgie puso dos terrones de azúcar en su té.

La señora Emmeline le lanzó una mirada de reprimenda al señor Price.

—Todas contribuimos a su éxito. —Georgie le dio un trago a su taza de té.

—¿Qué era lo que solíais decir? —La señora Emmeline las miró—. Amistad, lealtad y...

—Honor por encima de todo —dijeron Georgie, Adeline, Josie y Theo. Habían vivido conforme a ese credo desde que lo crearon en los primeros meses en el internado. Georgie sonrió al recordarlo.

—Ah, sí. Unas palabras maravillosas para guiar una vida. —La señora Emmeline sonrió—. Ahora contádmelo todo. No omitáis ningún detalle.

Georgie bebía té mientras Adeline y Theo contaban lo ocurrido. Hablaron sobre cómo Theo le ganó a Alistair en el torneo de Cheapside para obtener el dinero que necesitaba para participar en el campeonato de Grand Archer. Sobre la pelea que surgió y sobre cómo Alistair salvó a Theo, no solo de la trifulca, sino también del señor Gladstone.

Adeline, que no quería quedarse atrás, acabó el relato hablando sobre el tiro ganador de Theo y sobre su propia participación.

—Por eso queríamos reunirnos con usted —dijo Georgie—. Competimos para recaudar dinero para la escuela.

—Para su mantenimiento —añadió Adeline.

Theo sacó la bolsita en la que llevaba las ganancias y se la ofreció a la señora Emmeline.

Los ojos de la mujer se hicieron grandes como platos.

—Esto es una verdadera bendición. Señoritas, sois increíbles. —Su sonrisa era radiante—. Estos fondos marcarán una gran diferencia para nuestras alumnas y profesoras. Me aseguraré de que todas sepan quién lo ha donado.

—Ha sido un placer. —Adeline sonrió.

La señora Emmeline guardó la bolsita.

—Decir gracias me parece poco, pero no tengo más palabras.

—Gracias es más que suficiente —dijo Georgie.

Las otras chicas asintieron para mostrar que estaban de acuerdo.

—¿Tenéis planes de competición para el futuro? —La señora Emmeline apartó su taza de té.

—No. Se han retirado —Alistair respondió por ellas con una cara que era una seria advertencia.

Georgie suspiró, agradecida de no responderle a Alistair.

—Así es. —Theo intercambió una mirada con su marido—. Ahora estoy centrada en mi pasión por los mapas. De hecho tengo la fortuna de poder trabajar con un creador de mapas francés y estoy disfrutándolo mucho.

Georgie estaba muy feliz por Theo. Deseaba que las cuatro pudieran vivir la vida que querían, hacer lo que amaban. Para Theo eso era la topografía y su matrimonio. Ninguna de esas dos cosas llenaba a Georgie.

Felton le vino a la memoria cuando cerró los ojos un instante. Él era su pasado, uno de sus sueños de niña. Ahora era una mujer y estaba decidida a controlar su propio destino.

—Me alegro por ti —Adeline miró a su hermano—. Yo deseo volver a competir, aunque de momento tendré que contentarme con practicar.

—Eso es algo por lo que creo que nunca dejarás de quejarte. —Alistair se puso de pie—. Señoritas, si me disculpan, tengo un asunto que atender antes de que terminen su té.

Theo asintió para mostrar consentimiento y él se marchó.

Georgie suspiró.

—Yo no voy a renunciar nunca a la competición, nadie puede impedírmelo.

—Algún día tendrás que hacerlo. —Josie se mordió el labio inferior.

—Tonterías —dijo Georgie—. Voy a ser la mejor arquera que Inglaterra ha conocido jamás. De hecho, pretendo competir en el torneo de Cheapside.

—Es un torneo exclusivamente masculino. No puedes. —Las mejillas de Josephine se tiñeron de rosa y apartó la mirada.

Georgie y Adeline intercambiaron un gesto de burla. Georgie experimentó la misma sorpresa y felicidad que veía en la mirada de Adeline sobre el hecho de que Josie estuviese al día de los torneos futuros. Últimamente parecía que Josie prefería sus incursiones en la medicina antes que el tiro con arco. Quizás todas estuvieran equivocadas al haber pensado algo así.

—Lo que daría por competir contigo. —Adeline se movió en su silla.

La señora Emmeline se inclinó hacia adelante, sus ojos bailaban con malicia.

—¿Y cómo piensas montar una farsa así?

—Es sencillo. —Georgie hizo una pausa para beber té—. Me voy a registrar como el señor George Seton y me vestiré de hombre.

—No apruebo lo que vas a hacer. Pero me inclino a pensar que tienes posibilidades de ganar. —Theo mordisqueó una galleta.

Josie asintió.

—Tu tiro es maravilloso, como siempre, pero desde que Theo nos enseña sus técnicas, tienes una puntería casi infalible.

—Como la tuya, motivo por el cual deberías competir conmigo —dijo Georgie.

Josie meneó la cabeza.

—No. No, no puedo. —Parecía que fuese a caerse muerta allí mismo de solo mencionar la competición.

Adeline posó su taza con un tintineo.

—Pero claro que puedes. El señor Joseph Watkins. Hazlo por mí. —Miró a Josie con una súplica—. Dios sabe que yo lo haría si pudiera escaparme de Alistair.

—Me gustaría que tú también compitieras, Adeline, pero no hay manera de que tu hermano vaya a consentirlo y si supiera que yo lo sabía y no le dije nada... —Theo miró hacia la entrada—. Bueno, no hablemos de ello. Te lo ruego, no participes.

Adeline suspiró.

—Te doy mi palabra.

Georgie volvió a centrar su atención en Josie.

—¿Y tú competirás conmigo? ¿Lo harás? Te prometo que nada va a salir mal.

Josie estiró los hombros.

—No puedo.

Georgie deseaba ofrecerle ayuda económica. Sospechaba que la falta de fondos era el motivo principal por el que Josie rechazaba su invitación. Todos sabían de la situación de Josie y la ayudaban como podían, aunque no era algo de lo que hablaran en público.

—¿No puedes pensártelo? Yo me hago cargo de todo. Tú solo tienes que venir. —Georgie le ofreció una mirada que esperaba que le comunicara lo que quería decir.

El color de las mejillas de Josie se tornó rojo profundo.

—De acuerdo.

—Perfecto. —Georgie sonrió. Si tenía a Josie a su lado tendría fuerzas para enfrentarse a Felton. Además, si algo salía mal, contaría con la ayuda de una amiga.

—Aseguraos de escribirme. Quiero saberlo todo sobre el torneo y mis ladies arqueras —dijo la señora Emmeline.

Adeline hizo una mueca, mirando hacia la puerta.

Georgie miró en la misma dirección. Alistair volvía a la sala. Georgie volvió a dirigirse a sus amigas.

–Quizás deberíamos marcharnos, se está haciendo tarde.

–Pues sí –dijo Adeline.

Tras la ronda de despedidas y promesas de permanecer en contacto, Georgie y sus amigas dejaron el Clarendon y a la señora Emmeline.

El viaje en carruaje de vuelta a casa pasó deprisa, demasiado rápido para Georgie.

–No hace falta que entréis en mi calle. Me apetece dar un paseo. Si podéis dejarme aquí, caminaré lo que queda, señor Price.

–¿Sin acompañante? –arrugó el entrecejo.

–Mi casa está muy cerca. Te aseguro que mi padre me da permiso para pasear por esta parte sin acompañante.

Adeline le dio golpecitos a su abanico contra el brazo.

–Es verdad.

Él la miró.

–¿Y tú cómo lo sabes?

–Las tierras del duque en realidad empiezan desde el gran roble que acabamos de pasar –dijo Theo–. Yo también confirmo lo que ha dicho Georgie.

–Bueno, está bien. –Alistair le indicó al conductor que parara y Georgie exhaló el aire contenido cuando el cochero abrió el escalón para ella.

Sonrió por encima del hombro al salir del carruaje. Solo había un corto paseo sobre la hierba, luego entraría por una de las puertas traseras y sería como si nunca hubiese salido.

Cruzó hacia la parte posterior de la casa con rapidez, sin distraerse con nada pues no tenía tiempo que perder.

Le latía fuerte el corazón cuando abrió la gran puerta de la terraza que daba a la sala de baile y entró a hurtadillas. Georgie se apoyó un momento contra el muro tapizado en dorado y color crema, poniéndose la mano en el abdomen.

El aroma a cera de abejas fresca que se usaba para pulir el suelo, así como el de las flores en los jarrones la envolvió al recuperar el ritmo normal de la respiración. Lo había logrado. Se había escapado sin que la duquesa se diera cuenta.

Tres

—Maldita sea. —Georgina bajó el arco contra el costado de su cuerpo, bajo el último sol de la tarde. No debería haber fallado aquel tiro. Su postura y la presión sobre la cuerda del arco habían sido perfectas.

Josie caminó sobre la mullida y recién podada hierba para llegar al punto en el que se había clavado la flecha de Georgina, en la zona blanca que rodea al centro de la diana.

—No deberías ser tan vulgar al hablar en público. No es propio de una dama.

Georgie miró a su alrededor. A aquella hora del día no había mucha gente en Hyde Park, tan solo unos cuantos aristócratas por allí que no podían oírlas desde donde practicaban.

—Guárdatelo, Josie. —Adeline sonrió con satisfacción.

Georgie sacó una nueva flecha de la aljaba de cuero que colgaba sobre su cintura.

—Esta vez voy a dar en el centro.

Theo se quitó el guante de cuero de cabra y levantó un dedo al aire.

—Toma en cuenta el viento para el ángulo y la trayectoria.

Georgie imitó a Theo, levantando el dedo contra el viento. El cálido viento de primavera se movía lo suficiente como para desviar de su curso una flecha, aunque no lo bastante para refrescarle la piel.

—Con una ligera modificación bastará.

Theo asintió mientras Josie volvía a su lado.

Georgie abrió los pies y ajustó el arco para tomar en cuenta el viento. Soltó la flecha, viendo cómo volaba por el aire hasta clavarse en el centro de la diana. Una ráfaga de felicidad les inundó el ánimo.

—Si disparas así siempre no habrá quien pueda contigo. —Theo sonrió.

—Ha sido un tiro perfecto. —Josie empezó a caminar hacia la diana para sacar la flecha.

Si Georgie tiraba así en Cheapside, Felton no sería ningún problema. Sí, Theo tenía razón. Nadie se interpondría en su camino.

—Para. —Adeline se acercó a Georgie con el arco en la mano—. Deja la flecha donde está, quiero partirla.

—Pues te vas a quedar con las ganas. No puedes darle a mi flecha ni de broma. —Georgie contoneó la cadera.

—Mira y verás.

Adeline preparó una flecha, tiró de la cuerda y la dejó deslizarse sobre el cielo azul. *Pluk*. Su flecha se clavó en el círculo inmediatamente exterior al centro de la diana.

—¿Que ibas a partir mi flecha? —Georgie sonrió medio en broma.

Adeline la riñó:

–A veces me pregunto por qué te considero mi amiga.

Georgie se rió y se apartó un rizo de la mejilla.

–Porque no tienes otra opción. Sé tus secretos.

Adeline sonrió con amplitud.

–A pesar de lo molesta que estás resultando hoy, no desearía que fueses diferente.

Theo le sujetó los brazos a Adeline para ajustar el ángulo con el que sujetaba el arco.

–Tienes que subir un poco.

Cuando Georgie llegó al internado, Adeline era la mejor arquera. Georgie sabía que ahora le dolía ser la tercera, por detrás de Theo y de ella. Pero Adeline se adaptaba bien de todas maneras y era una de las mejores tiradoras con arco femeninas.

–Saca mi flecha, Josie. –Adeline miró a Georgie–. Al menos igualaré tu tiro esta vez.

–Más te vale, o dejaré de tenerte en cuenta como consejera. –Georgie se ajustó el gorrito de ala ancha, tirándolo hacia arriba para que le hiciera buena sombra en la cara.

Adeline se concentró en la tarea que tenía entre manos, rectificó su postura y la forma en la que sujetaba el arco mientras Josie sacaba la flecha tal como le había pedido.

Theo dio un paso hacia atrás para dejarle espacio a Adeline.

–No te apresures, tómate tu tiempo.

Aldine apretó los labios hasta formar una línea, la profunda concentración le arrugaba la frente. Tras largos segundos, soltó la flecha. Golpeó sobre la de Georgina y luego cayó al suelo.

–¡Ja! –Adeline saltó con una sonrisa en los labios–. Te dije que podía.

No había logrado del todo lo que se proponía, pero Georgie no mencionó que su flecha seguía clavada, mientras que la de Adeline estaba en la hierba.

–Pues sí que lo has hecho.

Theo se agachó para coger su arco y sus flechas.

–Creo que es suficiente por hoy. Adeline y yo tenemos que volver a casa.

Un sirviente se acercó y las dos ladies le dieron su equipo, luego Adeline se giró hacia Georgie y Josie.

–¿Misma hora mañana?

–Sí –dijo Josie.

Georgie asintió.

–Muy bien. Vamos, Adeline. –Theo señaló el carruaje que las esperaba–. Alistair se enfadará si no llegamos puntuales a la cena.

–Me importa un pepino que mi hermano se enfade. –Adeline se sacudió las faldas.

Theo frunció el cejo.

–Sabes que solo quiere lo mejor para ti.

Georgie le ofreció a Adeline una sonrisa, ya que sabía lo que le costaba a su amiga ese buen deseo de Alistair. Quizás no fuese la mejor arquera del grupo, pero adoraba tanto como Georgie el deporte y la emoción de la competición.

–Vamos –Adeline siguió a Theo al carruaje.

Georgie se giró hacia Josie.

–¿Tú también te tienes que ir?

–Puedo quedarme un poco más si quieres que sigamos. –Josie miró el tramo de hierba que las separaba de la diana–. Desde luego necesito practicar si quiero competir sin quedar fatal.

Georgie le puso una mano en el hombro.

–No seas tan dura contigo misma. Tiras muy bien cuando controlas tus nervios.

Josephine era la menos dotada para el tiro con arco del grupo, pero aún así solía dar en la

diana la mayoría de las veces. Theo había invertido innumerables horas enseñándole la forma y ejecución adecuadas. Todas intentaban infundirle más confianza. Georgie deseaba con todo su corazón que la chica dejara de considerarse tan poca cosa.

–Evitar que me consuman los nervios sigue siendo algo muy complicado para mí. –Josie levantó el arco y tomó su posición–. Una cosa es cuando solo me miráis vosotras tres y otra muy distinta cuando hay mucha más gente.

–Tan solo tienes que aprender a ignorar al público. Centra toda tu atención en la flecha y en la diana, como nos ha enseñado Theo.

Josie tiró hacia atrás de la cuerda, soltó la flecha y dio en el centro de la diana.

–¿Lo ves? Justo así. –Georgina sonrió–. Y lo has hecho con nuestros lacayos mirando.

Josephine caminó hacia la diana para sacar su flecha.

–Los lacayos no cuentan –dijo las palabras por encima del hombro–. De todas formas, lo daré todo en el torneo para no desilusionarte.

Georgie le dio una patada a un cúmulo de hierba.

–Aunque fallaras todos los tiros no me desilusionarías. Es tu amistad y tu apoyo lo que quiero para el torneo.

–Eso lo vas a tener siempre.

Aunque aquellas palabras no salieran con un tono muy sincero, Georgie reconoció la honestidad que había en ellas. Se sentía bendecida por tener tan buenas amigas. Miró a Josie.

–Casi lo olvido. –Buscó en su bolsillo y sacó unas monedas que llevaba escondidas–. Tengo una cosa para ti.

Josie inclinó la cabeza.

–¿Qué es?

–Úsalas para comprarte un traje de hombre y flechas nuevas para Cheapside. –Georgie puso las monedas en la mano de Josie–. Asegúrate de comprar un sombrero o, mejor aún, una máscara que te oculte la cara.

–Como Robin Hood. –Josie cerró los dedos entorno a las monedas mientras sus mejillas se coloreaban–. No sé cómo te voy a pagar todo lo que has hecho por mí.

–Para. No tienes que hacerlo.

Georgie se colocó para tirar, no deseaba seguir prolongando la incomodidad de su amiga.

Georgie y Josie tiraron por turnos, las dos acertaban en el centro de la diana la mayoría de las veces, hasta que las sombras de la última hora de la tarde empezaron a extenderse sobre el parque y los músculos de Georgie notaron el cansancio.

–Me temo que no puedo disparar ni una sola flecha más hoy o se me caerán los brazos. Mi madrastra se dará cuenta de lo que he hecho si llego a casa solo con un brazo.

Josie extrajo la última flecha de la diana.

–Yo también tengo que irme a casa ya.

Georgina le hizo una seña a su sirviente para que recogiera la diana y el equipo de arco. Luego se giró hacia Josie, quien ya caminaba hacia su caballo y se despidieron agitando la mano.

La idea de volver a casa no le resultaba en absoluto atractiva a Georgie. La duquesa seguramente volvería a pedirle que le hiciera compañía, tal como había hecho cada día en la última semana. Georgie estaba harta de fingir un trato agradable con la mujer.

Echó un vistazo al parque. Aunque se hacía tarde aún quedaban algunas horas de luz. Su mirada se detuvo en el Serpentine. Su agua brillaba como un millón de pequeños cristalitos bajo los rayos del sol. Era una invitación que no pudo resistir, así que caminó hacia ella. Un paseo siguiendo el contorno del lago sería de lo más agradable.

Aunque odiaba nadar y nunca se atrevería a meterse al agua, le parecía relajante estar cerca de ella. Solía ser pacífica, siempre hermosa. Llegó la orilla del Serpentine y empezó a seguir su trazo de forma vaga, dejando volar su mente.

—Mi lady. —Un grito sonó con eco desde la lejanía.

Georgina intentó mirar por encima del hombro. Algo grande y duro le golpeó entre las rodillas y perdió el equilibrio. *Splash*. El miedo se apoderó de ella mientras movía los brazos para intentar ganar el control; el agua fría se cerraba sobre ella. Se iba a ahogar.

Movió los pies pero tan solo consiguió que se le enredaran en las faldas. El pánico la asfixiaba mientras extendía los brazos. Un buen trago de agua se unió a su sufrimiento cuando intentó gritar, luego su cabeza se hundió.

Algo, o más bien alguien, la sujetó. La arrastró sobre algo duro y sólido y posteriormente la llevó hasta la orilla. Tan solo cuando se vio a salvo sobre la hierba pudo pensar en levantar la mirada... arriba... arriba, hacia la persona que la miraba de pie.

Su salvador.

Felton.

Se le aceleró la respiración, haciéndola jadear e impidiéndole hablar.

Él se agachó para acariciarle el pelo mojado.

—Tranquila, Lady Mariposa, ya estás a salvo.

Georgie se debatió contra su deseo de escapar, cerró los ojos y dejó que él la abrazara mientras se arrodillaba a su lado. Por mucho que lo odiara, no podía negar el consuelo que sentía entre sus brazos ni el hecho de que él le había salvado la vida.

—No te preocupes, ya te tengo.

Con cada respiración, Georgie se relajaba más, hasta que al final pudo recuperar el control de sí misma. Durante todo ese tiempo, Felton le habló bajito y le acarició el pelo mientras la abrazaba. Georgie deseaba permanecer pegada a él, en la seguridad de su abrazo. Era una idea tonta, algo en lo que no debía pensar.

Georgie se apartó de él, enderezó los hombros buscando una confianza que se le escapaba. Rebuscando en sus profundidades, reunió la fuerza necesaria para hacer lo que debía hacer, apartar a Felton.

—¿Qué haces?

—Rescatarte, según parece.

Lo más probable era que se hubiese ahogado si él no la hubiese ayudado, pero nunca lo admitiría. Miró a Felton.

—No necesitaba ser salvada. Y desde luego no por ti.

Felton se puso de pie y caminó hasta el lago para recoger su abrigo.

—Te pido disculpas, Lady Georgina. Nunca volverá a ocurrir.

A Georgie le dolió el corazón al notar el dolor y la rabia en el tono de Felton, pero se mantuvo fuerte.

—Desde luego espero que no.

Él la miró con ojos de hielo y luego se marchó.

Fue en aquel momento cuando Georgie miró a su alrededor para ver quién más había sido testigo de su desgracia. Había un par de personas lejos, del otro lado del Serpentine, mirando hacia ella. No reconoció a ninguno de los dos. Seguramente serían sirvientes o tenderos dando un paseo después de su trabajo.

Su atención volvió hacia la figura de Felton, que se alejaba.

El lacayo de Georgie corrió hacia ella, deteniéndose cuando Felton se interpuso.

—No estaría nada mal que le prestaras más atención a tu señora —dijo con un tono recio y exigente—. Ocúpate de que esto nunca vuelva a ocurrir.

El lacayo asintió y Felton se apartó, dejándolo pasar.

La irritación de Georgie se hizo aún mayor debido a aquel encuentro. Felton *se preocupaba* por ella al menos un poco ya que estaba tan enfadado. Sin embargo ella no podía permitirse volver a preocuparse por él, no otra vez.

Contuvo las ganas de llamarlo, de pedirle disculpas y de darle las gracias por haberla salvado. Así era mejor. Se mordió el labio para evitar que las palabras salieran mientras lo veía marcharse con pasos enfadados sobre el tramo de hierba.

Cuatro

Felton escuchaba hablar a su abogado, pero no se podía decir que estuviese prestando atención a sus palabras. Quizás debiera dejar el encuentro para otra ocasión. Pero el hombre ya estaba allí, en su despacho. Felton no podía echarlo.

—Lo siento, ¿qué decías?

El abogado parpadeó detrás de sus gafas redondas.

—Acabo de repasar las ganancias de la mina y de calcular la sostenibilidad de tu negocio.

Felton asintió.

—Hay beneficios suficientes para...

Las palabras del hombre se perdieron en la cabeza de Felton y su mente volvió a escapar hacia donde no debía.

A Felton casi se le salió el corazón cuando vio cómo Georgie caía en el Serpentine. Aún se le aceleraba el pulso al pensarlo. Georgie le tenía miedo al agua. Qué demonios, ni siquiera sabía nadar. Cuando eran niños, una vez la rescató de una lancha que volcó cuando navegaba en el estanque de su familia. Estaba aterrada, él también lo había estado.

Por mucho que en aquella época lo molestara, siguiéndolo siempre y haciendo cosas de las que la tenía que rescatar, a él Georgie le importaba. Aún ahora le importaba. Ahuyentó los pensamientos por milésima vez, volviendo a centrar su atención en el hombre.

—¿Ya tienes el permiso del Duque de Balfour?

—No.

Quizás debiera visitar de nuevo al duque y ver cómo estaba Georgie. ¿Llegó a casa sin que ocurriera ninguna desgracia más? ¿Cogió frío? Felton le dio un trago a su brandy, tenía los nervios de punta a pesar de haber dormido toda la noche de un tirón. Si es que girarse y revolverse se consideraba como dormir del tirón.

Era tan típico de Georgie meterse en problemas. Pero esta vez había sido distinta. Había sido ácida con él. De verdad, no había otra palabra para describir su reacción con él. ¿Por qué demonios se comportó así?

¿Y a él qué narices le importaba?

Estaba espectacular de pie en la orilla del lago, empapada como una deidad acuática. La forma en la que su vestido se pegaba a sus curvas y cómo las gotitas de agua se deslizaban sobre su piel de crema había afectado mucho a Felton.

Quería besarla, acunarla en sus brazos. Quería llevarla hasta el conjunto de árboles más cercano y desnudarla mientras ella le gritaba. Sin duda su pequeña Lady Mariposa había florecido, convirtiéndose en una mujer exquisita.

El cuerpo le pedía con dolor que la poseyera.

No. No era suya, no le pertenecía. Nunca la tendría. Ella seguía siendo tan molesta como siempre. Peor aún, ya que ahora tenía la lengua de una serpiente. Bebió del vaso corto hasta secarlo y lo posó sobre la bandeja de plata que tenía en la mesa.

Daba igual, antes eran amigos. Le inquietaba que ahora ella pareciera guardarle tanto desdén. No era capaz de imaginar qué le había hecho a esa mujer. Pero estaba decidido a averiguarlo.

—Señor Crauford. —El abogado golpeó con el dedo el documento que tenía sobre la mesa, situado entre los dos—. ¿Me escuchas? He dicho que en breve quedarás en bancarrota.

Perfecto. Iba a ser pobre y a tener una vecina de lengua viperina, sin esperanzas de futuro.

—Lo siento, creo que tengo la mente en otro lado esta mañana. —Felton cogió el documento—. Sigue.

El abogado se aclaró la garganta.

—Decía que el depósito de las tierras de tu padre no durará más que unos meses. Es de capital importancia que consigas otro si quieres seguir con la mina.

Maldita sea. Tenía que convencer al duque. Pero tenía que hacerlo sin dejar ver su debilidad, el hecho de que el depósito de su familia se estaba agotando. No debía permitir que el duque descubriera nunca lo desesperado que estaba.

Quizás debiera ir a ver al duque para intentar llegar a un acuerdo. Convencerlo para que lo pensara. ¿Y vería a Georgina? Un escalofrío le recorrió el cuerpo y cerró los ojos mientras subía su deseo. ¡Qué porras! Quería ir por *ella*, no por el duque y vaya si iba a ir.

—Tu situación económica puede mantenerse unos cuatro meses cuando la mina se agote. Eso es, si quieres seguir viviendo como hasta ahora. —El abogado señaló una columna en el documento que tenían frente a ellos—. Si reduces los gastos y adoptas un... estilo de vida más discreto, tus inversiones durarán más.

Felton cerró la carpeta.

—Me lo estás pintando muy negro —dijo con un tono seco.

El abogado se levantó y caminó hacia la puerta, luego hizo una pausa y se giró.

—Podrías buscarte una mujer rica.

—Así es.

Georgie seguramente tendría una dote sustancial. Qué idea tan absurda. Se rascó la barbilla con la palma de la mano. Casarse por dinero le resultaba tan difícil de imaginar como poner la cabeza bajo una guillotina. Los dos serían muy desgraciados. Y por como Georgie se había comportado últimamente con él, la guillotina sería más agradable.

Aunque no es que nada de eso le importara.

Felton siguió pensando todo el rato mientras caminaba a casa del duque. Su estado de ánimo haciéndose cada vez más sombrío cuando le hicieron pasar a la sala de fumar del duque sin poder ver a Georgie. Se sentó en la silla que el duque le indicó y lo miró a los ojos.

—He venido para escuchar lo que ha decidido sobre la veta mineral.

—Entonces pierdes el tiempo.

Felton ocultó una mueca.

—Quiero continuar con las negociaciones. ¿Un treinta por ciento le resultaría atractivo?

—En lo más mínimo. —El duque movió la mano como si estuviera apartando un insecto molesto.

—Tenga en cuenta que si me permite explotar su mina, tanto hombres de mis propiedades como de las suyas tendrían trabajo, de manera que le ofreceríamos a la gente local dinero para mantener a sus familias. —Felton se alisó la corbata, esperando que el atractivo de la gente local ablandara al duque.

¿Desde cuándo era tan duro aquel hombre? Antes de casarse por segunda vez, Felton lo recordaba de buen humor casi todo el tiempo. También solía prestarle atención a Georgie, ella nunca habría estado sola en Hyde Park en aquella época. El duque solía ir a todas partes con ella, salvo si Georgie permanecía en sus propias tierras; aún así el duque a menudo estaba cerca.

Su Gracia apartó la mirada como si estuviese sopesando los beneficios y Felton lo presionó.

—Todos ganaríamos.

—¿Y qué hay de mis tierras? Acabarías agotándolas.

—La mayor parte del daño sería subterráneo. Sellaríamos la mina al acabar. El daño no será excesivo.

La atención del duque saltó de nuevo hacia Felton.

—Te lo voy a dejar muy claro. De ninguna manera te voy a permitir ni a ti ni a nadie que explotes mis tierras. —Cruzó una pierna sobre la rodilla contraria y apoyó la espalda en la silla—. Y ahora, si me disculpas...

Este no era para nada el Duque de Balfour que Felton recordaba.

Se levantó, abrió la boca para ofrecerle un porcentaje mayor pero volvió a cerrar los labios. La mirada de acero del duque le dijo que no iba a cambiar de opinión. Lo mejor era marcharse y conservar un poco de dignidad. Y en cuanto al futuro... ya encontraría otra solución.



—No fue culpa mía. —Georgina suspiró.

La duquesa se sobó el abultado vientre.

—Las damas no se caen a los lagos sin más.

Georgina luchó contra el deseo que sentía de poner los ojos en blanco. La duquesa llevaba toda la tarde interrogándola sin pausa. Georgie ya habría perdido la paciencia si no hubiese dormido a pierna suelta la noche previa al interrogatorio.

—Pues esta dama se cayó.

—¿Cómo? Quiero saber lo que ocurrió ayer y si no me cuentas la verdad, no saldrás de esta casa durante quince días. —La duquesa la miró a los ojos con una sonrisa de satisfacción.

—Ya se lo he dicho, alguien gritó cuidado y lo siguiente que sé es que me estaba ahogando.

—¿Fue entonces cuando te rescató el señor Crauford? —Una malévola ceja negra se arqueó retándola.

—Sí.

—¿Y quién más presenció el... incidente?

Georgie retiró una pelusa imaginaria de su falda de seda.

—Cuando recuperé mis sentidos y miré a mi alrededor no había nadie.

—¿Y entonces quién gritó cuidado?

—No tengo ni idea. —Georgina se tocó la barbilla—. Quizás debería hacerle esas preguntas al sirviente que me acompañaba.

—Contén la creación de ese tipo de ideas. Conozco muy bien tu naturaleza y dudo que me dieran una respuesta sincera, ya que seguramente tienes embrujados a todos los sirvientes de esta casa.

A Georgina no le resultaría difícil encantar a los sirvientes, ya que la madrastra era tan mala con ellos. Durante años, tan solo estuvieron su padre y ella con los sirvientes... Ellos eran más familia suya que la mujer que tenía delante. Se preocupaban más por ella. Georgina movía los dedos sobre el respaldo alto de la silla, deseando que aquello terminara.

—No los tengo embrujados, pero ya que usted tiene tan poca fe en mí, podría preguntarle al señor Crauford.

Los ojos de la duquesa se encendieron como si acabara de descubrir un gran secreto.

—¿Te has visto comprometida?

—No. —Las mejillas de Georgie se encendieron, en parte por la rabia ante la absurda acusación, en parte por vergüenza, ya que deseaba que la besara cuando estuvo entre sus brazos.

La duquesa estrechó los ojos.

—¿Habéis tenido algo íntimo el señor Crauford y tú?

Georgie saltó de la silla.

—¡Me está insultando y no lo voy a consentir!

—Siéntate —de la voz de la duquesa salía hielo.

Tras respirar hondo y poner rígidos los hombros, Georgie miró con odio a la duquesa.

—Quiero ver a mi padre de inmediato.

—Lo único que vas a ver es tu habitación.

Georgie salió corriendo de la habitación. Le latía fuerte el corazón, sus pies calzando las zapatillas chocaban contra el suelo pulido de madera, contra las alfombras, mientras corría hacia el despacho de su padre. Qué cara tenía esa mujer, insultar su honor, encerrarla e intentar impedirle ver a su padre. Había aguantado todo cuanto había podido, pero algo tenía que cambiar y rápido.

Tenía que convertirse en una arquera de éxito.

—Las señoritas no corren por la casa, Lady Mariposa.

¡Felton! ¡Maldita sea! ¿Por qué aparecía una y otra vez? Frenó con un patinazo y se giró.

—Deja de seguirme y de aparecer en mi casa. Es muy molesto.

—¿Así como tú dejabas de seguirme cuando éramos niños? Sí, sé lo que se siente. —Le ofreció una sonrisa canalla—. Aunque te cueste creerlo, no he venido por ti. El mundo no gira alrededor de ti, Georgie.

—No estoy de humor, señor Crauford.

Él se acercó. Le cogió la barbilla entre los dedos y le levantó la cabeza para que sus miradas se encontraran.

—Siempre me has llamado Felton.

—No es adecuado tener tanta familiaridad ahora que los dos hemos dejado el colegio. —Se apartó de golpe—. Por favor, déjame. —Le temblaba la mandíbula mientras luchaba porque no le brotaran las lágrimas.

—Muy bien. Pero antes de concederte tu deseo, quiero algo de ti.

Cielo santo, aquel hombre era insufrible. ¿Por qué insistía en atormentarla? ¿Y *por qué* se creía con derecho a pedirle algo? Ella lo miró con frialdad.

—¿De qué se trata?

—Dime qué te he hecho para que estés tan enfadada.

Georgie apartó la mirada.

—¿Qué más da? Como has dicho, no importo en absoluto.

Ni a su padre, ni a su madrastra y, desde luego, tampoco a Felton. Se le rompió el corazón y las lágrimas le quemaron los ojos.

—No era eso lo que quería decir. —Le puso una mano en la parte baja de la espalda.

El toque cercano le resultó cálido y la piel de Georgie tembló bajo el calor de su mano.

—Da igual, no soy problema tuyo. Márchate por favor.

Georgie se marchó. Subió las escaleras deprisa, desesperada por llegar a la seguridad de su

dormitorio.

–Lady Mariposa.

El sonido de las botas de él se escuchó detrás de ella.

–Déjate de tonterías, te vas a caer y te vas a partir la cabeza.

Georgie se quedó paralizada cuando él la alcanzó y la sujetó por el codo.

–Te estás portando de una forma muy rara, exijo saber la razón.

Ella respiró hondo, una respiración liberadora, luego se giró hacia él.

–Muy bien. Estoy enfadada porque sigues tratándome con demasiada familiaridad. Hemos crecido y por ello nuestra amistad ya no es aceptable.

–Qué tontería.

Felton dijo aquello junto a su oído. Su voz bajita y profunda le provocó a Georgie un escalofrío en la espalda. Una sensación placentera que hizo que deseara más. ¿Cómo sería sentir las manos de él sobre su piel? ¿Sus labios contra los de ella? La máscara de enfado que usaba para ocultar sus sentimientos heridos cayó al mirarlo, sin saber qué hacer o qué decir.

–Señor Crauford –dijo la duquesa con voz chillona.

Georgie saltó. Su atención se centró en la duquesa. Estaba en la base de las escaleras, mirándolos con la mano sobre el abdomen y gesto de desaprobación profunda.

–No es lo que parece. –Felton bajó las escaleras para detenerse junto a la duquesa–. Lady Georgina estaba molesta y subió demasiado rápido. Temí por su seguridad y fui a detenerla.

–Dice la verdad –Georgina rogaba para que la duquesa les creyera–. Iba de camino a mi habitación y él... –miró a Felton–. ¿Por qué estás aquí?

–Vine a ver a Su Gracia.

La duquesa lo miró.

–Oh, ¿y el duque sabe de tus andanzas con su hija?

–Su Gracia, le aseguro que no ha ocurrido nada impropio.

La duquesa se dobló sobre sí misma, emitiendo un grito desde lo más profundo de su ser. Se sujetaba el hinchado vientre con una mano y con la otra se sujetaba al pasamanos.

Georgie miró a Felton a los ojos.

Él se quedó mirándola con líneas de pánico en la cara.

–¿Qué está pasando aquí?

Por todos los cielos, la duquesa iba a tener a su bebé.

–Está a punto de dar a luz.

Georgie miró a su alrededor para buscar ayuda y sus ojos se encontraron con un sirviente que estaba cerca.

–Tú, ver rápido. La duquesa se ha puesto de parto.

Al girarse, Felton ya tenía a la duquesa en brazos. El pánico que Georgie observó en sus ojos cuando la duquesa era toda fuerza y confianza había desaparecido.

–¿Dónde está su dormitorio? –preguntó Felton.

–Sígueme.

Georgie lo condujo a la habitación de la duquesa mientras su mente no paraba de girar. Tenía que llamar a su padre y a la comadrona. Les dio órdenes a los sirvientes mientras caminaba con el corazón latiendo lleno de inseguridad.

Felton dejó a la duquesa sobre su enorme cama de cuatro postes y luego se giró hacia Georgie.

–¿Puedo hacer algo más?

–Ve a buscar a mi padre. Yo me quedaré con ella.

Georgie se sentó en una silla cerca de la cama. Mientras veía a la duquesa jadeando y sujetándose el vientre, tuvo la desagradable sensación de que todo estaba a punto de cambiar.

Cinco

—Sé que debería estar feliz, pero no puedo evitar sentir lo que siento. —Georgina se dejó caer en una silla en el salón de la familia de Adeline. Sus faldas esparcidas alrededor de ella—. Deberías haber visto cómo mi padre pasó justo a mi lado para babear por el nuevo bebé. Ni siquiera me miró. De verdad, era como si yo no existiera.

Adeline tomó la mano de Georgie entre sus manos.

—Lo siento.

—Y lo que sigue es peor. Cuando mi padre tuvo al bebé en brazos y le dio un beso a la duquesa en la cabeza, ordenó que le mandaran una nota de agradecimiento a Felton. ¿Te lo puedes creer? Felton, de entre todas las personas, cuando ni siquiera se molesta en mirar a su hija. La hija que se quedó al lado de su mujer durante su sufrimiento... dieciséis horas.

—No quiero minimizar la forma en la que te trató tu padre, pero debo saberlo. ¿Te refieres al mismo Felton por el que babeabas cuando llegaste al internado? —Adeline arqueó una ceja mientras miraba a Georgie.

—No babeaba por él. —Georgie suspiró y abrió el abanico. A pesar de negarlo, en secreto admitió que las palabras de Adeline eran verdad. El mero hecho de que Adeline recordara su nombre demostraba que Georgie debe haber sido peor de lo que imaginaba—. No para de aparecer por mi casa y estaba también en Hyde Park.

—Sigue, que tengo curiosidad. —Los ojos de Adeline brillaron, llenos de entretenimiento y curiosidad mientras se ponía más cómoda en la silla que había junto a Georgie.

—Cuando Josie se marchó decidí dar un paseo a lo largo del Serpentine y él apareció a tiempo para ver mi desgracia cuando me caí al lago.

Adeline se rió con sorpresa.

—Me lo imagino. Por favor, cuéntamelo todo.

Georgina le contó lo ocurrido, incluyendo el interrogatorio de su madrastra y cómo la duquesa la encontró con Felton en las escaleras.

—Fue de lo más desconcertante, por no mencionar lo vergonzoso que resultó.

Adeline se levantó y se tocó el cuerpo del vestido.

—Tengo algo que te puede alegrar.

—Oh. —Georgie inclinó la cabeza cuando Adeline sacó una tarjeta llena de apuntes en negro de debajo del vestido.

Adeline sonrió, pasándosela a Georgie.

—Esto le llegó a Theo ayer. Estaba ocupada con Alistair, así que lo cogí yo. Y, por supuesto, mi curiosidad me exigía echar un vistazo y... Bueno, lee.

Georgie prestó atención a la tarjeta.

Lady Arquera Uno:

Se celebrará un pequeño torneo en el East End mañana a las cinco de la tarde. Será solo mediante invitación y tengo el placer de invitarla a usted, así como a Lady Arquera Dos. Ya que desconozco quién es Lady Arquera Dos, le pido por favor que le haga extensiva la invitación.

El derecho de participación es de un chelín y la ganadora se lo llevará todo. Cerca de High Street, a la orilla del Támesis.

Georgie miró a Adeline.

—¿Theo sabe de esto?

—No. A Alistair no le parecería bien y ella no podría competir de ninguna manera. Theo ahora está con sus mapas. —Adeline volvió a sentarse, con el cuerpo hacia Georgie—. Deberías ir tú. Lleva a Josie como tu arquera dos.

—Pero Theo es Lady Arquera Uno.

—¿Y? —Adeline estrechó los ojos.

Georgie se alisó las faldas.

—Todo Londres, y puede que toda Inglaterra, conoce la identidad de Lady Arquera Uno. Esperarán a Theo.

—Pero tú eres Lady Arquera Dos y tienes todo el derecho a competir. La invitación te menciona. Nadie sabrá que Josie no debe estar allí si las dos ocultáis vuestras identidades.

Mientras Adeline hablaba, Georgie sabía que tenía razón. Aún así, la idea de arrastrar consigo a Josie no le parecía bien. El East End podía ser peligroso y Josie no era tan fuerte como todas las demás. Era mansa por naturaleza. Llevarla podría ser más una distracción y una carga que otra cosa.

—Iré, pero lo haré sola. —Georgie sostuvo la invitación frente a Adeline—. No quiero tener distracciones.

Adeline movió la mano.

—Quédatala, puede que te la pidan para competir.

Georgie se guardó el trozo de papel en el bolsillo oculto de su vestido.

—No puedo ir en mi carruaje.

—Déjalo aquí y llévate uno de nuestros caballos para invitados. —Los ojos de Adeline se encendieron—. Voy contigo. Voy a decir que soy Theo, ocuparé la posición de Lady Arquera Uno.

—¿Cómo?

Alistair la vigilaba de cerca aquellos días, incluso más que antes. Se pondría como loco si averiguara que se había aventurado a ir al East End otra vez tras lo ocurrido meses atrás en

Cheapside.

—Sencillamente le diré a mi hermano que vamos a montar. —Esbozó una sonrisa traviesa—. Theo le tiene ocupado ayudándola hoy, así que no tendrá tiempo para pensar en mí.

Georgie cerró el abanico.

—Debemos darnos prisa si queremos llegar antes de las cinco.

—Por supuesto. Pero antes de marcharnos tenemos que ponernos la ropa de montar. No quiero darle motivos a Alistair para que me haga preguntas. También necesitaremos capas con capucha y antifaces. Va a ser divertido. —Adeline se levantó y señaló la puerta con la mano—. Vamos.

Georgie la siguió hasta su dormitorio, donde la dama de cámara de Adeline las ayudó a ponerse la ropa de montar. Cuando la dama de cámara se marchó, Adeline sacó dos antifaces negros y le pasó uno a Georgie. Le saltaba el corazón de emoción al esconder el antifaz debajo de la capa. Era exactamente el tipo de aventura que necesitaba.



Felton caminó hacia la orilla del Támesis arco en mano. Delante de él había un grupo de seis hombres con sus respectivos arcos. A su derecha, unos cuantos metros más allá, había cinco dianas. Quien quiera que hubiese organizado el torneo debía de esperar a dos arqueros más.

Su curiosidad se incrementó porque los arqueros allí reunidos lo sorprendieron. Dos parecían del East End, tenían las caras sucias, sus arcos estaban desgastados y sus ropas manchadas. Los otros cuatro parecían tener una mejor posición, quizás incluso pertenecieran a la aristocracia. Uno de ellos seguro que sí. Lord Gilford, Conde de Dodgeford, tenía una flecha frente a sí mismo y la giraba pasándole el dedo por toda su longitud.

Felton reconoció a todos aquellos hombres, aunque no los conocía personalmente, ni siquiera sabía cómo se llamaba la mayoría de ellos. Lo que sí sabía era que todos eran arqueros famosos. Los había visto competir a todos, en algún torneo y otro. Se jugaba el cuello a que Gilford era responsable de semejante reunión.

Aquel hombre se creía el mejor arquero de Inglaterra. Quizás hubiese decidido demostrar su superioridad invitándolos a todos. Lo estudió mientras se acercaba al grupo. Qué pena para Lord Gilford que las habilidades de Felton estuviesen más desarrolladas. Con un poco de suerte Gilford no guardaría demasiado resentimiento al perder.

Felton buscó en su bolsillo y envolvió un chelín entre los dedos. Se detuvo frente al grupo y miró a Gilford.

—¿A quién le pago mi participación?

—Mi hombre de negocios está recogiendo los pagos. —Gilford movió la cabeza hacia un hombre de pelo negro con gafas que estaba apoyado en un árbol cercano.

Felton asintió y se marchó. Había juzgado bien a Gilford, aunque eso no le sorprendía. Soltó el chelín en la palma del hombre de negocios y le dio su nombre antes de volver con el grupo. Se dirigió a Gilford una vez más para preguntarle:

—¿Por qué aquí, en el East End?

—Añade encanto al ambiente, ¿no te parece?

Felton formó una línea con los labios. No le gustaban los juegos y estaba claro que Gilford quería jugar. Aún así, no pudo contener su lengua:

—Veo que esperamos a dos arqueros más.

—Así es.

–¿Y puedo preguntar quiénes son? –Felton miró a los otros hombres.

Uno de los menos astutos se secó el sudor de la frente.

–Todos lo hemos preguntado.

Gilford miró unos caballos que se acercaban y les sonrió a los hombres.

–Ya han llegado.

–Lady Arquera uno y Lady Arquera dos, supongo –dijo otro hombre.

–Exacto. –Gilford caminó hacia los caballos.

Felton había oído hablar de las famosas ladies arqueras. Se decía que eran muy buenas. Lady Archer uno se consideraba imbatible después de ganar el Campeonato de Grand Archer unos cuantos meses atrás. Había leído sobre el torneo en el *Times*. Pero, ¿cuál era su nombre? Lady algo... buscó en su memoria pero no era capaz de recordarlo.

–Lady Theodora –dijo un hombre de ropa inmaculada.

Sí, ese era su nombre. Durante semanas después del torneo la gente había especulado sobre quién era Lady Arquera dos. Felton leyó un montón de cotilleos y especulaciones al respecto, pero la identidad no había sido descubierta. Cuando las ladies no se presentaron a los siguientes grandes torneos la especulación y los cotilleos cesaron y otras tonterías capturaron la atención de la sociedad.

El tipo sucio que tenía a su lado miró hacia las mujeres que acababan de llegar.

–Creía que se había retirado de la competición.

–Me pregunto qué las ha llevado a volver al deporte –murmuró Felton en alto, mirando hacia las dianas. Si Lady Arquera uno era tan buena como decían, iba a tener que echar mano de todas sus habilidades para ganar.

–¿La han derrotado alguna vez?

–No que yo sepa.

–Vamos, caballeros. Tan solo son mujeres. Seguro que no os vais a dejar intimidar por unas faldas –bromeó uno de los hombres.

Felton volvió su atención al grupo y luego al lugar en el que las damas caminaban junto a Gilford. Las dos llevaban capas largas con capucha que les cubría de sombras la cara que ocultaban tras un antifaz. ¿Querrían intimidar a sus oponentes manteniendo el misterio? Esa idea solo tenía sentido para la acompañante de Lady Theodora, ya que la identidad de ella todos la conocían. Se había presentado sin antifaz en el Campeonato de Grand Archer.

Gilford se detuvo al encontrarse con el grupo, las damas estaban detrás de él. Se aclaró la garganta.

–Ahora ya están presentes los nueve arqueros. Las reglas son sencillas. Tres rondas –Levantó tres dedos–. Los tres mejores pasarán a la segunda ronda y, de esta, los dos mejores pasarán a la tercera. En la tercera se decidirá el ganador.

–Bien, empecemos –dijo una de las ladies, recolocándose el arco que descansaba sobre su delgado hombro.

–Paciencia –Gilford la miró–. Aún no he terminado. –Miró hacia las dianas–. Mi hombre ha marcado las posiciones en el suelo. Todos los arqueros deben situarse en ellas.

–Ejem, o arqueras. –La misma arquera que había hablado antes miró a Gilford.

–Como decía, quien no esté en su marca será descalificado. Mi hombre dará la señal para soltar las flechas. –Sonrió con amplitud.

El hombre de Gilford se acercó para situarse al lado de los participantes.

–Arqueros, a sus posiciones.

Felton buscó la marca que había frente a la diana del extremo izquierdo y se colocó encima,

luego bajó la mirada hacia su flecha. Gilford ocupó la marca a su lado. Los otros hombres de buena clase les siguieron y después los menos afortunados. En el extremo más alejado estaba el hombre rubio junto a uno de los aristócratas. Las ladies arqueras se situaron frente a las dianas del extremo derecho.

—Preparados —gritó el hombre de Gilford desde detrás.

Felton levantó su arco y colocó su flecha.

—Apunten.

Mirando al cuerpo de la flecha, Felton apuntó al centro de la diana. A esa distancia tendría que usar una atención extrema para dar en el centro. Estaban más de diez metros más alejados de lo normal. Pero no importaba, Felton mantenía la confianza en su capacidad.

—¡Disparen!

Felton soltó su flecha y vio cómo volaba hacia la diana.

Tac, tac, tump. En una rápida sucesión, las flechas se clavaron en las dianas. Felton soltó el aire que había contenido cuando su flecha se clavó exactamente en el centro. Miró al resto de la fila. Todos los arqueros, salvo dos, habían dado en la diana, aunque solo Gilford y las dos ladies arqueras se habían acercado al centro. Era difícil ver bien desde donde Felton se encontraba.

—Quédense en sus posiciones. —El hombre de Gilford se acercó a la fila de dianas.

Felton miró al hombre que caminaba frente a los objetivos, girándose, siguiendo mientras estudiaba cada uno de ellos. Cuando llegó al final se giró y volvió por el mismo camino. Esta vez se detuvo en el centro y se dirigió a los arqueros:

—Lord Gilford, el señor Crauford, Lady Arquera uno y Lady Arquera dos pasan a la siguiente ronda. Ha habido un empate por el tercer puesto. —Se colocó las manos detrás de la espalda—. Los demás, sean tan amables de apartarse un poco.

Unos cuantos sirvientes en los que Felton no había reparado antes corrieron hacia los objetivos. Retiraron las flechas y los objetivos que ya no se necesitaban para continuar. Al terminar su trabajo, esperaron instrucciones del hombre de Gilford. Felton miró a las ladies. Lady Arquera dos le resultaba familiar, quizás fuese la forma en la que inclinaba hacia un lado la cadera o su forma de andar. ¿La conocía?

No era posible. Era ridículo pensarlo, las damas de verdad no competían en torneos improvisados de tiro con arto en el peligroso East End.

—Arqueros, a sus marcas —dijo el hombre de negocios con voz alta y clara.

Felton se colocó una vez más en la marca del extremo izquierdo más alejado. Gilford se situó otra vez a su lado y las ladies a su derecha. Felton levantó el arco para prepararse y colocó la flecha.

—Listos.

Tiró de la cuerda y observó el espacio que había entre él y su objetivo.

—¡Disparen!

Al resonar este anuncio, se oyeron gritos que provenían del cercano río. Felton soltó su flecha pero no esperó a ver si había dado en la marca, se giró hacia donde estaba el revuelo. Escaneó el horizonte pero no le pareció que hubiese nada extraño. Además, los gritos habían cesado. Cuando volvió la vista hacia las dianas se dio cuenta de que había dado en el centro una vez más, al igual que Gilford y Lady Arquera dos.

—Por favor retírese, Lady Arquera uno —dijo el hombre de negocios.

Una serie de comentarios y palabrotas entre dientes surgieron del grupo de hombres que observaban desde el fondo.

—¿Qué...?

–Es imbatible.

–Todo el mundo lo dice.

Felton se tragó las ganas de defenderla; era una dama después de todo. No le gustaba que hirieran su delicada sensibilidad.

–Cerrad el pico. Yo os he ganado a todos y si no hubiesen sonado aquellos gritos habría dado en la diana. –Lady Arquera uno miró al grupo y luego se giró hacia su compañera–. Demuéstrales lo que somos las ladies arqueras.

–Desde luego que lo demostraré –La voz de Lady Arquera dos flotó en la brisa.

Felton se estremeció ante aquel tono melódico.

–Georgie.

Le dio un vuelco el corazón. ¿Qué demonios hacía ella aquí?

Seis

Él no podía saber quién se escondía tras el antifaz, ¿no? Georgie contuvo la respiración mientras Felton caminaba hacia ella. Antes de poder reaccionar él ya estaba allí. La miró a los ojos. Su cara tenía líneas muy marcadas y sus ojos chispeaban peligrosamente. Eso era malo.

Georgie apartó la mirada hacia donde el borde de su vestido se unía con la hierba.

—Un momento —dijo él. Hizo una pausa para mirar a Gilford y luego volvió a mirarla a ella—. Quiero hablar en privado.

Georgie levantó la cara de golpe y lo miró.

—Este no es el momento. Aún tenemos otra ronda. —Odiaba que se le quebrara la voz.

Él la sujetó por el codo y se acercó.

—No me obligues a montar un número.

—De acuerdo —Georgie miró a Gilford—. ¿Nos dan un momento?

El hombre asintió.

—Que sea rápido.

Georgie permitió que Felton la llevara a una zona más apartada, cerca de los carruajes y caballos con los que habían venido. Tragó con dificultad cuando él se detuvo.

—¿Pero qué narices te pasa, Lady Mariposa?

Ella apartó el brazo de un tirón, la indignación le había dado fuerza.

—¿A mí? Eres tú quien no se comporta.

A él le brillaban los ojos.

—No tendría necesidad de hacer esto si tú no te pusieras en peligro.

—No estoy en peligro.

—Oh. Dime, ¿por qué crees que estás a salvo?

Georgie contoneó la cadera.

—Porque estás conmigo.

—Tú que tanto hablas de lo que es adecuado y lo que no, el East End es el último sitio en el que esperaba encontrarte. ¿Por qué estás aquí?

Ella le sostuvo la mirada, sus ojos se entrecerraban por el sol de la tarde.

—Porque me invitaron.

—Eso no basta. —Felton se acercó para susurrarle—. ¿Es que no te importa tu reputación?

—Al contrario, me importa muchísimo. —Se giró para caminar hacia los demás.

Él la detuvo una vez más, sujetándola.

—No hemos acabado.

—Déjalo, no tienes control sobre mí.

–Podría revelar tu verdadera identidad.

Sus palabras fueron pronunciadas cerca de la boca de Georgie, provocándole un calor que le subió por el cuerpo.

–No lo harás.

–Podría, si no me dices por qué estás aquí.

Georgie lo miró de frente.

–He venido porque me han invitado. Lady Arquera dos tiene una reputación que debe mantener, al igual que Lady Georgina.

–Me permitirás que te escolte hasta casa cuando acabemos la última ronda.

–No.

–Deja de hacerte la difícil, Lady Mariposa. Te voy a escoltar con o sin tu consentimiento. Si me pones las cosas más difíciles informaré al duque de tus andanzas.

La soltó, se giró y caminó hacia el grupo.

Georgie se quedó mirando su figura mientras se alejaba; su rabia aumentaba ante cada paso seguro de él. Quería aporrearlo, gritarle, negarse a sus palabras. Pero algo en su tono, en la frialdad de sus ojos, le decía que lo mejor era concederle lo que pedía.

Cuando Georgie volvió con los demás, Adeline estaba en la hierba, cerca de las marcas, dando golpecitos con el pie.

–¿Quién es ese hombre?

–Felton. –Georgie tomó su posición frente a las dianas.

Adeline la siguió.

–¿Qué quería?

–Provocarme dolor de cabeza. Se cree mi protector.

–Lady Arquera uno, por favor apártese de los demás arqueros.

Adeline suspiró y se alejó de Georgie.

–Preparados.

El hombre de Gilford caminaba detrás de ellos y sus pasos sonaban en el espacio abierto.

Georgie tensó la cuerda del arco.

–Apunten.

Hizo un ajuste por la ligera brisa que salía del Támesis y apuntó al centro de la diana.

–Disparen.

Su flecha rugió con la precisión que Theo le había enseñado, aterrizando exactamente en el centro de la diana. Miró la diana de Felton y sonrió satisfecha al ver su flecha ligeramente desplazada del centro. Un escalofrío la recorrió ante tal constatación. Al menos en esto ella era mejor que él. Ahora aquel hombre que la ponía de los nervios tendría que escoltarla a casa sabiendo que ella había ganado.

¿Había ganado?

Georgie miró la diana de Gilford. Le dio un vuelco el corazón. El hombre había fallado por mucho el centro de la diana. Ellos eran de los mejores arqueros de Londres y ella los había vencido a todos.

–Has ganado. –Adeline se acercó con una amplia sonrisa–. Nunca lo dudé, pero aún así es maravilloso.

–Desde luego. –Georgie miró por encima del hombro hacia donde estaba Felton. No parecía molesto en absoluto. Al contrario, tenía una sonrisa de diversión. Menudo demonio.

Gilford se acercó con su hombre de negocios.

–Debemos felicitarla, Lady Arquera dos –dijo con una mueca–. Debo admitir que me duele

ser vencido, pero especialmente por una mujer.

—Gracias, mi lord. —Georgie hizo su mejor esfuerzo por no parecer presuntuosa.

Él asintió mirando a su hombre de negocios.

—Dale el premio.

El hombre de negocios sacó una bolsa de terciopelo negro y Georgie la aceptó. Los fondos la ayudarían en lo que se proponía, aunque nueve chelines no podían considerarse precisamente una fortuna. Aún así, cada moneda ayudaba.

—Marchémonos —dijo Adeline.

—Que tenga un buen día, Lord Gilford. —Georgie caminó hacia donde las esperaban sus caballos. Su cabeza alta, la victoria calentándole la sangre en las venas.

—Espere.

Se giró hacia Lord Gilford.

—¿Sí?

—Podemos tener el privilegio de conocer el nombre de la mejor arquera de Londres?

—Lady Georgina...

Felton se puso a su lado y la llevó hacia el caballo.

—¿Estás loca?

—De verdad. Ese hombre se encargará de que tu nombre aparezca en todos los periódicos de cotilleos de la ciudad. Estarás arruinada. —dijo Adeline, apresurándose a montar en su yegua gris mientras que Felton empujaba a Georgie hacia la bahía—. A mí también podrían descubrirme.

—A mí no me importa quién sepa mi nombre. Me enorgullece ser Lady Arquera dos y gritaría desde los tejados si no temiera un castigo de mi madrastra. En cuanto a ti, ya todos saben que eres Theodora. —Georgie abrió mucho los ojos para dar énfasis mientras miraba a Adeline.

Felton golpeó al caballo en los cuartos traseros, haciendo que saliera a todo galope. Georgie aferró las riendas, esforzándose por hacerse con el control. En un momento, Felton y Adeline estaban montando junto a ella, uno a cada lado.



Felton no recordaba la última vez en la que había estado tan furioso, pero seguro que Georgie había tenido algo que ver. Su vena salvaje y rebelde había sido el pilar de la existencia de Felton desde hacía tiempo. Era imposible saber cuál sería la reacción de Gilford si descubriera su apellido. De lo que estaba seguro era de que Georgie encontraría su ruina.

Le hervía la sangre mientras las sacaba del East End, vigilando para asegurarse de que no los seguían. Tenía los nervios de punta, una tensión que no cesaba por mucho que cabalgaran, alejándose de los lugares y la gente indeseables. Georgie no debería haber ido allí. Gilford no debería haber invitado nunca a unas señoritas a aquella zona de Londres.

Felton miró a Georgie en cuanto entraron a una zona mejor de Londres. Iba sentada orgullosa en su montura, como si no hubiese hecho nada malo. Se había quitado el antifaz y su arco y flechas estaban ocultos por las faldas de su traje de montar. Charlaba con Lady Theodora. Las dos parecían unas señoritas de lo más propio, como debía ser ante quien las viera.

—Lady Theodora, ¿la llevo primero a casa a usted?

Ninguna de las dos ladies le prestó atención. Se aclaró la garganta:

—¿Lady Theodora?

Ella inclinó la cabeza hacia Felton.

—Perdone mi mala educación. No le oí la primera vez. ¿Qué me ha preguntado?

—¿Quiere que la escolte a usted primero?

—Sí. De hecho, Lady Georgina se va a quedar en mi casa. Así será más sencillo para usted —sonrió.

Luego la lady le guiñó un ojo a Georgie.

Felton abrió la boca para exigir una explicación, pero consideró más oportuno no hacerlo. Ya ajustaría cuentas con Georgie más tarde, en privado. De momento tan solo quería dejarla en algún lugar seguro.

Cabalaron en silencio durante el siguiente cuarto de hora.

—Ya estamos lejos de todo peligro. No hay ninguna necesidad de que sigas con nosotras —Georgie acarició al caballo entre las orejas—. Si nos ven contigo nos harán preguntas.

Felton suspiró, soltando su frustración.

—Me parece de lo más interesante que de pronto te importe tu reputación.

—Puede que no sea la mía la que me preocupa. Da igual, ya estamos cerca de la casa de Theo. Que tengas un buen día. —Georgie asintió y luego espoleó a su caballo para galopar.

Felton detuvo su caballo y estudió a las ladies que se alejaban al galope hacia una gran mansión Georgiana. Supuso que Georgie ya estaba a salvo.



—¿Dónde demonios estabas? —Alistair estaba del otro lado del gran portón de roble, Theo estaba a su lado—. Te he buscado por todas partes.

Georgie se acercó.

—Por favor no culpes a Adeline. La convencí de acompañarme a montar por un camino desconocido y nos perdimos.

Theo la miró sabiendo lo ocurrido, con una reprimenda silenciosa. Pasó la mirada de su marido a Adeline.

—No importa. Nos alegramos de que hayáis encontrado el camino de regreso. —Theo inclinó la cabeza—. ¿Verdad, Alistair?

—Desde luego. —Se pasó la palma de la mano sobre la barbilla—. Theo, si no te importa acompañar a Georgie al salón, me gustaría hablar en privado con mi hermana.

—Claro. —Theo se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla—. Llámame si me necesitas.

Georgie intercambió una mirada de apoyo con Adeline, luego siguió a Theo al salón.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Cuando Theo se giró hacia ella, Georgie notó un ligero enrojecimiento en sus ojos y unas ojeras suaves. Se le encogió el estómago.

—Has llorado.

—Siéntate —Theo le indicó una butaca de orejas cerca de la chimenea.

Cuando se sentaron, Georgie buscó las manos de Theo.

—Dime por qué has llorado.

—Estoy bien, de verdad. Son Adeline y Alistair quienes me preocupan. Su padre ha pasado a mejor vida. —A Theo se le quebró la voz.

Georgie se puso una mano en el vientre, que se le encogía.

—Lo siento mucho.

Aparecieron lágrimas en los ojos de Theo.

—Lo supimos cuando estabais fuera.

–¿Qué ocurrió?

–Su corazón se rindió.

Georgie le apretó la mano Theo con suavidad.

–¿Cómo puedo ayudar?

–Quédate un rato conmigo. Puede que Adeline quiera verte cuando Alistair acabe de hablar con ella.

–Voy a pedir té. –Georgie se levantó para hacerlo.

Theo asintió.

Georgie soltó la mano de Theo y tiró de la cuerda de la campana. Adeline estaba muy unida a su padre desde que Alistair asumió la responsabilidad de los hermanos; lo quería muchísimo. Georgie sospechaba que iba a notar su pérdida profundamente.

Al volver a sentarse, Georgie se hundió en la butaca y se colocó las faldas. Quería consolar a Theo pero no sabía qué decir ni qué hacer. Para no arriesgarse a cometer un error, se limitó a sentarse junto a su amiga, haciéndole compañía en silencio.

Cuando la criada entró con el té, Georgie casi salta de la butaca, creyendo que era Adeline. Se recompuso mientras la criada posaba una bandeja de plata cerca de ella y de Theo. Cuando se marchó, Georgie cogió la tetera. Le sirvió una taza a Theo y añadió dos terrones de azúcar antes de pasársela.

–Bebe. Necesitarás todas tus fuerzas.

Theo asintió, luego bebió un trago y dejó la taza a un lado.

–Temo que esto se convierta en un peso más sobre los hombros de Alistair.

Georgie observó sus ojos llenos de lágrimas.

–Él tiene mucha más fuerza de la que crees.

–Aún los más fuertes se derrumban a veces. –Theo se giró, estudiando las llamas naranjas y azules del fuego que crujía en la chimenea.

–No se derrumbará. Te lo prometo, puede con todo lo que la vida le ponga delante. –Georgie le puso una mano en el hombro a Theo–. Puede con Adeline, y quien es capaz de eso es capaz de sobrevivir a lo que sea.

Theo se rió.

–Supongo que sí.

Adeline entró de golpe en el salón, con los ojos llenos de lágrimas. Georgie se hizo a un lado mientras Adeline y Theo se abrazaban. Tenía el corazón roto por sus amigas. Varios minutos después, Georgie se acercó a ellas y le puso una mano en el brazo a Adeline, esperando que le ofreciera consuelo.

Adeline la miró.

–Georgie, quiero que hagas algo por mí.

–Lo que quieras.

–Vive y hazlo bien. –Adeline la miró a los ojos como para comunicarle un mensaje secreto.

Georgie asintió.

–Te lo prometo. Viviré igual que tú.

Georgie lo decía de corazón. Las dos seguirían abrazando a la vida, luchando por sus sueños. De momento Georgie viviría por las dos, pero llegado el momento, Adeline trazaría su propio camino.

Adeline sonrió en su tristeza.

–Y ahora vete. Tienes que preparar el torneo masculino.

–Y ganarlo –Georgie le guiñó un ojo–. Si necesitáis lo que sea, mandad llamarme y vendré

en seguida.

—Gracias. —Theo le cogió la mano y se la apretó.

Georgie abandonó la casa. Le pesaba el corazón mientras su caballo abandonaba el sendero de entrada. Miró hacia atrás, soltando el aire contenido. Ganaría el torneo y todo Inglaterra conocería su nombre. Lo haría por Adeline y por ella misma. Al diablo Felton, su madrastra y toda la sociedad.

Siete

Georgie frunció el ceño al entrar en el despacho de su padre y encontrar a la duquesa allí. Su Gracia estaba sentado con propiedad en un sillón bordado, con su hijo recién nacido en brazos; el único hermano de Georgie. Buscó la mirada de su padre y se estremeció ante la seriedad que encontró.

–Padre. Duquesa. –Hizo una genuflexión.

–Siéntate, Georgina. –Su padre le indicó una silla de respaldo alto.

Hizo lo que pedían, mientras el estómago se le inquietaba cada vez más, con cada respiro. Una vez sentada, miró a su padre y le ofreció una sonrisa forzada.

–Dinah me ha traído nuevas de tus últimas andanzas. Parece que has estado bastante ocupada últimamente.

Por supuesto que la duquesa le había dado noticias, Georgie podía apostar a que la mujer la había dejado lo peor que había podido. Contuvo las ganas de mirar a su madrastra con odio.

–Así es.

El padre fue hasta su escritorio y sacó un ejemplar del *Times*, luego se lo pasó.

–Lee un poco por aquí –le señaló.

Georgie siguió su dedo y empezó a leer:

Lady G fue vista montando por Piccadilly con la señorita A y el señor Felton Crauford; sin acompañante oficial. Esto, después de que el señor Crauford sacara a Lady G del Serpentine hace menos de quince días. Cabe preguntarse qué ocurre entre Lady G y el señor Crauford. Por otra parte, ¿dónde está el duque mientras su hija se descarría?

Georgie contuvo una sonrisa al tiempo que se le encendían las mejillas. Algo que se volvía más feroz cuando pensó en Felton leyendo el mismo artículo. Se afanó en ocultar rápidamente su urgencia.

–Georgina.

Se estremeció ante el recio tono de la voz de su padre y levantó la cara para encontrarse con su mirada.

–¿Qué tienes que decir en tu defensa?

–No puedo pedir perdón porque no he hecho nada malo. –Miró a la duquesa. La mujer sonrió con acidez, la victoria brillaba en sus ojos.

—¿Nada malo? Por Dios bendito, has estado en público con un hombre y sin acompañante oficial. —El padre le arrancó el periódico del regazo y lo lanzó sobre la mesa—. Esto podría ser tu ruina. Seguramente se te cerrarán varias puertas cuando el *populacho* lea sobre tus aventuras. No podrás casarte bien, traerás la desgracia a nuestra familia.

—No deseo casarme.

—A la larga, tus deseos no importan. Debo salvaguardar la reputación de esta familia y del ducado. No voy a permitir que estropees siglos de trabajo duro, ni tampoco el futuro de tu hermano. —El padre miró al bebé que descansaba en los brazos de la duquesa—. Ahora que tengo un heredero, controlar tu comportamiento es más importante que nunca.

Georgie miró a su nuevo hermano y suspiró, sentía que nunca compartirían un verdadero vínculo de hermanos debido a las maniobras de la duquesa.

—El señor Crauford me salvó la vida al sacarme del lago. Y, en cuanto a lo de que me vieron cabalgando con él, Miss Adeline y yo nos encontramos con él. Él se dio cuenta de que estábamos solas y creyó que era su obligación acompañarnos a casa para asegurarse de que estuviésemos a salvo.

—Dinah me ha dicho que os encontró en una situación íntima en las escaleras de casa hace poco. —El padre se sentó junto a la duquesa.

—No había nada íntimo. Yo subía corriendo las escaleras cuando el señor Crauford me vio. Se preocupó por mi seguridad y reaccionó para detenerme. —Georgie se alisó la falda sobre los muslos—. Es bueno que él haya estado allí, ya que la duquesa se puso de parto cuando estaba reprimiéndonos.

—Ella se preocupa por tu futuro tanto como yo. Llevas años saltándote los límites de la propiedad. Ha llegado la hora de que te comportes como una verdadera dama. Y para ello, te prohíbo salir de casa sin acompañante oficial.

La duquesa sacó un trozo de papel de uno de sus costados y se lo pasó al padre.

—Dinah se ha tomado la molestia de componer una lista de lords para que escojas. Cualquiera de ellos sería adecuado. Tan solo tienes que elegir. —Le pasó el papel a Georgie.

¿Lords adecuados para que escoja?

Escoger, para qué, se preguntaba.

Miró rápidamente la lista, la frustración y el enfado hacían que le costara leer los nombres.

L *ord Valton*
 Lord Qinnly
 Lord Oscarty
 Lord Kingsly
 Lord Greenford
 Lord Huntly

S e le revolvió el estómago y este amenazó con expulsar su contenido.

—Casi todos son tan mayores que podrían ser mi padre. Lord Greenford podría ser mi abuelo. Por favor dime que no hablas en serio pretendiendo que escoja marido de esta ridícula lista.

—Hablo muy en serio. Te casarás al final de esta temporada y, si tú no escoges a tu marido, lo haremos nosotros. —Le dio una palmadita a la mano de su mujer—. Además, ya no tendrás dinero

para gastos personales. Quizás la falta de fondos frene tu naturaleza rebelde.

Georgie se inclinó hacia adelante con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo esperes que me case bien si no puedo ni comprarme unos guantes?

—No te angusties, querida, si necesitas cualquier cosa tan solo tienes que venir a mí. —La duquesa sonrió triunfal—. Yo me haré cargo de lo que sea, siempre que se trate de una verdadera necesidad.

—Padre...

Él levantó la mano.

—No tiene sentido discutir. He tomado una decisión. Puedes retirarte.

Georgie lo miró un buen rato y luego miró a la duquesa. ¿Qué le había hecho a su padre aquella bruja? Casi no lo reconocía. Tenía que haber alguna manera de llegar a él.

—Por favor, padre...

—No nos lo pongas más difícil, Georgina. Acepta las consecuencias de tus actos y acoge las responsabilidades de tu posición. Te darás cuenta de que entonces todo funciona como debe ser.

Georgina asintió con suavidad y se marchó, dejando a su padre en compañía de la bruja que lo había atrapado y con su retoño. Ella nunca se casaría, desde luego no con ninguno de los lords que había en la lista de su madrastra. No podían obligarla. Lo último que Georgie deseaba era convertirse en propiedad de algún hombre. Sencillamente no lo iba a permitir.

Llena de odio, caminó por los pasillos, atravesó el recibidor y salió a los establos. ¡Qué cara tenía aquella mujer! No solo quería obligarla a aceptar a un lord viejo, sino que también quería controlar sus finanzas. Pues no sería por mucho tiempo. Georgie ganaría el torneo de Cheapside y usaría las ganancias para participar en otro torneo. El premio de Cheapside era una cantidad de dinero considerable. Más que suficiente para mantenerla y pagar la participación en más torneos. Labraría su futuro como arquera.

Montó en su yegua y, cuando llegó al terreno abierto, la espoleó para galopar deprisa. Recibía los latigazos del viento, que hacían que su pelo se soltara del recogido y cayera sobre su espalda. Georgie hizo que la yegua corriera más rápido. Se sintió llena de felicidad al cruzar los límites de la propiedad, saltando vayas y serpenteando alrededor de los árboles. Todas las cosas que su padre y su madrastra le prohibirían. Lo único que le daba la misma sensación de libertad y entusiasmo era el tiro con arco.

Al llegar al viejo sauce, Georgie disminuyó la velocidad de su caballo. Desde hacía mucho tiempo aquel era su lugar favorito. El aislamiento que ofrecía aquel rincón lejano y el enorme sauce eran de lo más agradable. Bajó de su montura y llevó al caballo a un riachuelo cercano para que bebiera antes de atarlo a un árbol. Con un suspiro, Georgie se adentró en la seguridad de las ramas y se sentó sobre la mullida hierba antes de ocultar la cara entre las manos. Solo entonces permitió que sus lágrimas brotaran.

Lágrimas de frustración, de rabia, de tristeza, que le sacudían el cuerpo, haciendo que sus hombros subieran y bajarán.

Se sobresaltó al sentir que algo cálido y sólido le tocaba la espalda. Sollozando, levantó la mirada para encontrarse con los acogedores ojos grises de Felton.

—No estoy triste.

Él le acarició la espalda, dibujando un pequeño círculo, dejando un rastro de escalofríos a su paso.

—No he dicho que lo estuvieras.

—Estoy enfadada y frustrada. —Georgie se pasó el dorso de las manos, cubiertas por los guantes de piel, sobre las mejillas manchadas por las lágrimas.

–¿Por qué? –Felton se sentó en la hierba, a su lado.

–No lo entenderías.

–Cree un poco en mí, Lady Mariposa. Al menos déjame intentarlo.

Por primera vez desde que había vuelto a verlo, aquel mote la tranquilizaba en vez de molestarla. Quizás fuese porque había bajado las defensas. Quizás porque en aquel momento deseaba volver al pasado. A antes de ir al internado, a antes de que su padre se quedara solo y se enamorara de la malvada madrastra, a antes de que Felton la abandonara como si ella no fuera más que una niña tonta y sentimental. Daba igual el motivo, se entregó al consuelo que sentía en aquellas palabras.

–La duquesa domina a mi padre. Gracias a ella, él me ha retirado mi dinero de uso personal y me ha dado hasta el final de la temporada para encontrar un buen marido.

–¿No quieres casarte? –Felton entrecerró los ojos ante el brillo de la luz del sol que se filtraba a través de las largas ramas del sauce.

–En absoluto.

–¿Por qué?

Georgie arrancó una hebra de hierba y empezó a girarla entre los dedos.

–No quiero ser propiedad de nadie.

–¿Y si alguien te amara y te diera libertad para ser quien eres?

–Amor. –Georgie lanzó la hebra de hierba a un lado–. ¿Crees en él?

–Tal vez. Me gustaría pensar que es posible al menos para algunas personas.

Ella lo miró como si estuviera poseída.

–Yo estuve enamorada una vez.

–¿Qué ocurrió?

¡Ay, de verdad él no sabía lo que ella sentía años atrás! Georgie tragó y apartó la mirada. Quizás no hubiese sido amor lo que sintió, después de todo tan solo era una niña.

–El caballero no me correspondía.

–Entonces era un perfecto idiota.

A Georgie le dio un vuelco el corazón.

–¿Piensas eso sinceramente?

–Sí. –Felton le tomó la barbilla entre el pulgar y el dedo índice y le levantó la cabeza hasta mirarla a los ojos–. Nunca dudes de lo especial que eres, Lady Mariposa.

Una enorme ola de emoción se levantó dentro de ella, arrasándola mientras obligaba a pasar a un nuevo conjunto de sollozos y escapaba corriendo de la seguridad de las ramas del árbol.

¿Qué narices pensaba al decirle esas cosas a él? ¿Se había vuelto completamente loca? Georgie corrió hacia su yegua. Metió el pie en un agujero del suelo y tropezó. Se golpeó la cadera contra la hierba y a continuación siguió su cabeza. Perfecto. Sencillamente perfecto.

Intentó levantarse, pero una ráfaga de dolor le partía el tobillo. En un abrir y cerrar de ojos Felton estaba a su lado.

–Mi tobillo, me lo he torcido.

Él se arrodillo y empezó a quitarle la bota.

Georgie levantó la mirada hacia el cielo azul, deseando poder montar en una de aquellas nubes abultadas y flotar lejos. Le ardían las mejillas cuando Felton le tomó el pie con una mano y le bajó la media más allá del tobillo.

–¿Está muy mal?

–No hay cardenal. –Él le frotó la piel con los dedos, despertando sensaciones en toda la pierna–. No creo que tengas un esguince y, desde luego, no te lo has roto.

Georgie suspiró aliviada y se miró el tobillo. El torneo de Cheapside tenía lugar dentro de pocos días. No podía competir con el tobillo mal.

–Está un poquito hinchado. Nada que no se cure con un poco de reposo. –Felton posó los labios sobre la piel de Georgie, dándole un beso cálido en un extremo del tobillo mientras le masajeaba el pie.

Georgie echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un gemido de lo más profundo de su ser.

Él subió por la pierna con una serie de besos y el calor se incrementó, amenazando con convertir a Georgie en cenizas. Cerró los ojos y emitió otro gemido, saboreando la sensación de su tacto, de sus besos.

Y, tan repentinamente como su boca había tocado su piel, él la apartó, dejándola con ganas.

–No debería haber hecho eso.

Georgie lo miró, observando el precioso ángulo de su mandíbula y la voluptuosidad de sus labios, para llegar luego a sus cálidos ojos.

–Es una pena que me haya gustado.

Felton sonrió con satisfacción.

–Aún así me he propasado. Déjame que te lleve a casa.

Ella asintió y él la levantó en brazos. Georgie tan solo podía imaginar lo mucho que se divertiría la duquesa con esto. Felton devolviéndola sin una bota y con la media escandalosamente bajada.

–Quizás podrías ponerme sobre mi caballo. Creo que puedo montar.

–Te harás más daño en el tobillo si lo intentas. –Felton la sentó sobre el caballo y montó detrás de ella.

Georgie no encontró la fuerza para resistirse cuando él volvió a ceñirla cerca.

Ocho



Felton se acercó al duque, decidido a hacerlo cambiar de opinión respecto a la explotación minera en las tierras del ducado. Después de todo lo que había hecho por su hija y su mujer, estaba seguro de que cambiaría de parecer. Tenía que hacerlo. Felton no tenía otra opción.

Su mina se estaba agotando rápidamente, al igual que sus finanzas. Buscar una nueva veta en las tierras de su padre requeriría más dinero del que tenía. El único depósito al que Felton podía acceder sin gastar demasiados fondos era el del duque. Le sonrió al Duque de Balfour desde el otro lado del enorme escritorio.

—¿Recibió los informes que le envié ayer?

—Sí. —El duque se crujó los dedos, tenía los codos apoyados en la superficie de caoba mientras estudiaba a Felton—. Eres tenaz, debo admitirlo. No te niego esa cualidad. Sin embargo me opongo a que destroces mis tierras.

—¿Por qué no viene a visitar mi mina? Así verá con sus propios ojos lo que hay. Estoy seguro de que llegará a la conclusión de que los daños que se le hacen a la tierra son mínimos respecto a los beneficios que se pueden obtener.

El duque meneó la cabeza.

—No es necesario. No me importa lo poco o mucho que se destruya la tierra. El hecho mismo de que exista destrozo es algo que no voy a permitir.

—Después de todo lo que he hecho por su hija y por su mujer, ¿ni siquiera va a considerar mi propuesta? —Felton miró el contrato que había dejado sobre la mesa del duque.

—Echaré un vistazo, pero tan solo por agradecimiento. —El duque lo miró con severidad—. ¿No pienses ni por un momento que jugueteando con mi hija vas a ganarte mis favores. Te aseguro que tus acciones con respecto a ella son de lo más reprobables. Salvo que, claro está, tengas la intención de casarte con ella.

Felton tragó con dificultad y luego dirigió la mirada hacia la ventana que había detrás del duque. ¿Casarse con Georgie? Su mirada recorrió los pliegues de las pesadas cortinas verdes. Nunca había pensado algo así. Ella era preciosa y la naturaleza de su espíritu lo entusiasmaba tanto como lo molestaba. Por no mencionar a todas las damas que había conocido, ella era la única que se acercaba a las ambiciones que él tenía. Georgie le había dicho que el duque le exigía que se casara.

¿Por qué no con él?

Sus labios se calentaron ante el recuerdo de cuando le besó el tobillo y la piel cremosa de su pierna. ¿Había probado alguna vez un dulce más delicioso? ¿Cómo sería el tener derecho a deleitarse en ella? Apostaba a que nunca se cansaría de ella.

—Veo que tu oferta ha cambiado al cuarenta por ciento.

Felton volvió a prestarle atención al duque.

—Así es.

—Es una buena oferta pero, como te he dicho anteriormente, no me interesa. Ni siquiera por el cien por ciento. No deseo participar en el negocio de la minería.

—¿Consideraría el alquilarme la tierra o incluso vendérmela? —Felton no tenía ni idea de dónde iba a sacar dinero para algo así, pero no podía rendirse.

—No está en alquiler ni tampoco en venta. —El duque deslizó el documento de nuevo hacia Felton—. Y ahora, debo insistir en que dejes de tratar de obtener mi consentimiento porque está resultando cansado.

—Los dos sabemos bien cómo fue que esas tierras pasaron a ser propiedad del ducado. —A Felton aún le dolía saber que se las habían robado a su familia.

El duque juntó las cejas.

—Supongo que si alguien tuviera derecho a cuestionar mis propiedades debería ser un hombre con título nobiliario.

Felton enderezó los hombros mientras su espalda se ponía rígida.

—Y sin embargo aquí estoy, a pesar de mi carencia de título.

—Tu familia tiene su versión y la mía tiene la nuestra. Pero ocurrió hace un siglo y ahora ya no tiene importancia.

—Salvo que si sus ancestros no hubiesen engañado a los míos, las tierras aún serían propiedad de mi familia y yo tendría la libertad de hacer en ellas lo que quisiera.

El duque miró a Felton con odio.

—Estás poniendo en duda el honor de mi familia.

—El robo no tiene honor alguno.

—Y lo tiene aún menos el perder los papeles como los estás perdiendo tú.

Felton se levantó con tanta fuerza que su silla se balanceó detrás de él.

—Su ancestro intoxicó al mío con bebidas fuertes, haciéndole creer que estaban celebrando, luego lo envolvió para que firmara la cesión de las tierras. Eso no tiene ningún honor.

—Haz el favor de salir, señor Crauford, y no me vengas nunca más con esas ideas tontas sobre *mis* tierras.

Felton abrió la puerta con fuerza y salió hecho una furia del despacho. ¡Qué cara dura! Su padre se lo había advertido. Le había dicho que no llegaría a ninguna parte con el obstinado del duque, sin embargo esperaba que el hombre fuese razonable. Esperaba que su asociación del pasado y la ayuda que le había prestado a la duquesa y a Georgie contaran.

Ya le demostraría al duque quién era. Felton ganaría el campeonato de Cheapside y tendría dinero para localizar un nuevo depósito mineral. Un depósito más rico que el que se hubiera visto nunca en Inglaterra. ¿Por qué no se le había ocurrido antes?

Felton sonrió ampliamente. El duque no se interpondría en su futuro. No lo permitiría.



Durante varios días, Felton rumió la indignación que los insultos y las negativas del duque le habían hecho sentir, mientras intentaba apartar a Georgie de su mente. Centraba todas sus energías en la mina y en entrenar para Cheapside. Faltaban pocos días para el torneo y estaba decidido a pasar la mayor parte de su tiempo con el arco entre las manos.

Miró hacia las vastas colinas que cubrían las tierras de su padre, mientras caminaba con el

arco al hombro hacia su lugar favorito, donde la tierra era llana. Era allí donde Georgie y él practicaban de niños. La mitad de aquella zona pertenecía al ducado y la otra al padre de Felton, el Vizconde. Felton se detuvo un momento a observar a un halcón que volaba en círculos, deslizándose justo por debajo de un banco de nubes blancas que flotaban sobre la extensión azul.

Cuando era niño le fascinaba ver cómo planeaban los pájaros, tan majestuosos, tan libres. Su padre le dijo en una ocasión que él era como un halcón, capaz de labrarse su propio futuro sin las responsabilidades que tenía su hermano, el heredero del título. En aquella época el comentario lo había llenado de felicidad. La idea de poder hacer lo que quisiera, ir adonde fuera, controlar su destino con independencia del título de vizconde. Ahora veía lo que eso significaba en realidad; una lucha constante para encontrar su lugar en el mundo.

Ajustó la posición del arco y siguió hasta la siguiente colina.

—Tienes que aprender a relajarte frente al público si quieres que te salgan bien los tiros en Cheapside.

Georgie. Reconocería su voz en cualquier parte. ¿Pero con quién hablaba? Felton se detuvo para concentrar sus esfuerzos en escuchar.

—Da igual que mi puntería sea buena, tú vas a ganar el torneo. Recuerda, yo voy como amiga tuya, no para ganar —dijo otra voz femenina.

Felton entrecerró los ojos. Georgie pensaba competir en Cheapside. ¿Cómo? Era un torneo exclusivamente masculino. ¿Es que no había regla alguna que no se quisiera saltar?

—Es verdad, pero da igual, no te vendría mal disparar bien. —El tono de Georgie era juguetón.

Felton tenía que detener aquella locura. Georgie le había ganado en el East End tan solo porque él se había distraído. No podía ser que ella pensara que podía ganar el Cheapside. ¿Cómo narices se creía que iba a poder competir?

Empezó a caminar de nuevo, esta vez con determinación, ya no era un mero paseo sin prisa. Alcanzó la tercera colina y el espacio llano que buscaba apareció ante su vista. Se le aceleró el pulso cuando sus ojos se posaron en Georgie. La estudió un momento, dejando que su vista la recorriera de arriba abajo antes de que sus pasos volvieran a empezar. Habría que estar ciego para no darse cuenta de que Georgie era una mujer. Tenía que evitar que Georgie llevara a cabo cualquiera que fuese su plan, antes de que se hiciera daño, se pusiera en ridículo o ambas cosas.

La dama con la que hablaba estaba de pie frente a ella, con el arco en una mano. Lo más seguro es que se tratara de la lady que la acompañó al torneo de Lord Gilford, si es que a aquello se le podía llamar torneo.

—Lady Georgina.

Georgie se giró hacia él y lo saludó con la mano.

Su actitud de bienvenida hizo que Felton sonriera a pesar de que estaba enfadado con ella. Parecía que lo que la tenía tan ofendida ya había pasado. Felton levantó la mano al aire para responder el saludo, sus pasos apresurándose más que nunca. Llegó a la parte baja de la colina y miró a Georgie a los ojos.

—¿Puedo entrenar con vosotras?

—Estábamos a punto de dejarlo por hoy. —Georgie miró a su compañera—. Aunque no me importaría quedarme un poco más.

Felton miró a la dama menuda y de pelo castaño que se encontraba cerca de las dianas.

—¿Ella es Lady Arquera uno?

—No. Ella es Lady Josephine, hija de la viuda Condesa de Ormonde. Fuimos juntas al internado de la señora Emmeline, junto con Lady Theodora, quien sí es Lady Arquera uno. —Se giró hacia su compañera—. Lady Josephine, ven, permíteme que te presente.

La chica se acercó con pasos lentos y medidos. Sus ojos color miel miraron hacia abajo hasta el momento en el que llegó a su lado.

—Lady Josephine, te presento a mi vecino, el señor Crauford, hijo del Vizconde de Waverton. —Georgie movió la cabeza hacia Felton—. Señor Crauford, permíteme que te presente a Lady Josephine Watkins.

—Es un placer conocerlo, señor. —Lady Josephine hizo una genuflexión.

Felton le ofreció una cálida sonrisa, deseando que eso tranquilizara los nervios de la chica.

—El placer es mío.

—Lady Josephine estaba a punto de marcharse. —Georgie se giró hacia su amiga—. No queremos entretenerte.

La chica se mordió el labio inferior mirando hacia la casa.

—Cierto, ya me tengo que ir.

—Permíteme acompañarla. —Felton le ofreció el brazo.

Las mejillas de la muchacha se tiñeron de rosa.

—No es necesario. Aunque le agradezco la oferta. —Se agachó para recoger sus flechas y luego se marchó apresuradamente.

—¿Siempre es tan... tímida? —preguntó Felton al verla escabullirse.

—Eso no es nada. Deberías haberla conocido hace años. La pobre tenía miedo de todo, además de ser muy peculiar a nivel social.

Felton volvió la mirada hacia Georgie.

—Parece agradable.

—Lo es. De hecho Josie es una de mis mejores amigas. —Georgie se rió un poco y luego volvió a ponerse seria a mirar a Felton—. Os oí a ti y a mi padre hablando.

Felton arqueó una ceja.

—¿Y?

—Quiero ayudarte.

—¿Por qué?

Georgie balanceó la cadera.

—Porque somos amigos.

Felton la conocía demasiado bien como para creer que la amistad fuese su única motivación.

—¿Y?

—Y... estoy enfadada con mi padre. Pero sobre todo quiero ayudarte porque te considero un amigo.

¿Debía permitir que Georgie interviniera? ¿Y si eso no hacía sino meterla en más problemas? Felton no quería que lo pasara peor. ¿Y cómo iba ella a poder hacer algo respecto a la decisión del duque? Felton se colocó frente a una diana y sacó una flecha.

—Pensaba que estábamos aquí para practicar. Vas a necesitarlo si quieres ganar en Cheapside.

—¿Cómo demonios lo sabes? —Georgie se colocó enfadada a su lado y le quitó la flecha.

—No te enfades conmigo porque tu voz se oiga en la distancia. —Felton sacó otra flecha.

Georgie se la arrebató.

—Estabas espiándonos.

—Tan solo caminaba, disfrutaba del maravilloso tiempo y estaba viendo aun halcón que volaba sobre mí. —Sonrió con soltura—. ¿Cuál es tu excusa para escuchar mi conversación privada con tu padre?

—Muy bien —Georgie cedió, devolviéndole las flechas—. Olvidaré cada palabra de las que escuché si tú haces lo mismo.

–No puedo. –Felton le clavó la mirada.

–¿Por qué?

–Porque pretendes introducirte en un torneo masculino. ¿Es que no sabes lo peligroso que es eso, además de estúpido?

Georgie lo miró con odio, retándolo.

–No más que tus peleas con mi padre.

–Al contrario. –Él le sostuvo la mirada sin parpadear–. Tu padre no puede hacerme daño.

–Muy bien. ¿Qué pretendes hacer con lo que sabes? –Georgie dio un zapatazo en la hierba y levantó los labios.

Dios santo, aquella mujer lo volvía loco. ¿Cómo podía ser tan rebelde y tan inocente al mismo tiempo? Felton se pasó la mano por la barbilla.

–Nada.

Georgie abrió mucho los ojos, la sorpresa estaba escrita en la profundidad de sus pupilas.

–¿De verdad?

–De verdad, porque no vas a competir. –Felton apartó la mirada un momento para prepararse para el berrinche que veía venir.

–Y un cuerno que no. –La cara de Georgie estaba en llamas, sus ojos chispeaban.

–¿Te costaría mucho hablar como una dama? –dijo él en tono de broma, ya que en realidad la falta de convenciones de Georgie era una de las cosas que más le gustaban de aquella fierecilla.

–Mucho.

Él se rió, metiéndose la mano en el abrigo. Ella seguiría siendo siempre un reto. Cabezota hasta el extremo, pero increíblemente seductora precisamente por ello. Era extraño como las mismas cosas que lo molestaban cuando eran jóvenes ahora lo embujaban.

– ¿Qué te parecería una apuesta?

–¿Qué tipo de apuesta?

–Competiremos aquí y ahora. Si me ganas, no diré nada sobre tu intención de competir. –La estudió un instante–. Aún mejor, te protegeré durante la competición para asegurarme de que tú y tu amiga estaréis bien.

–¿Y si tú ganas? –Lo miró con picardía, ya que estaba segura de que ella iba a ganar.

–Si yo resulto vencedor, ni siquiera intentarás competir en Cheapside.

–Oh, te aseguro que no se trata de intentar. –Levantó el arco–. Soy la mejor arquera de Londres. Ya me viste demostrarlo en East End.

–¿Entonces tenemos un trato? –Él le ofreció la mano–. ¿Los dos mejores tiros de tres?

Georgie no dio señales de ir a aceptar su mano.

–Como quieras. Tan solo quiero añadir a nuestro trato que si yo gano, me dejarás ayudarte con lo de mi padre.

Felton asintió, extendiendo aún más lejos la mano.

–Usaremos la misma diana para evitar que haya dudas sobre quién ha disparado mejor. Tú puedes disparar primero.

Georgie le estrechó la mano con vigor y luego cambió el papel en el soporte de paja para tener una diana nueva. Una vez terminada la tarea, tomó su sitio, se giró, apuntó y dio en el centro de la diana.

Felton sacó su flecha y se la devolvió antes de lanzar su tiro. Su flecha se clavó en el mismo agujero. Tanto él como Georgie siguieron dando en el centro de la diana durante varios tiros, hasta que una de las flechas de Felton se desvió ligeramente a la izquierda.

–¡Ja! –Georgie caminó hacia la diana casi bailando–. Uno para mí, cero para ti –dijo, sacando

la flecha.

—No lo celebres aún, Lady Mariposa. —Felton aceptó su flecha cuando ella se la dio—. Te aseguro que eso no volverá a ocurrir.

Y estaba en lo cierto, tras casi dos horas compitiendo, Georgie perdió la apuesta.

—Quiero la revancha. —Georgie movía su flecha como una varita.

Él esbozó una sonrisa burlona.

—Eso no entraba en el trato.

—Entonces quiero un trato nuevo.

Felton se acercó y apoyó la mano en la diana, inclinándose con aire casual.

—¿No puedes aceptar la derrota?

Georgie bufó.

—Sí que puedo. Felicidades por tu victoria.

—Gracias. —Hizo una reverencia—. Y ahora dime, ¿cuál es mi premio?

Georgie puso los ojos en blanco.

—Intentaré no competir en Cheapside.

La falta de convicción en su voz hizo que Felton entrecerrara los ojos.

Ella levantó las manos.

—Lo prometo.

Sin embargo Felton no le creyó.

Nueve

—George Halloway y Joseph Watkins —le dijo Georgie al hombre que registraba a los arqueros.

Teniendo en cuenta el trato que había hecho con Felton, decidió usar un apellido falso. No debía descubrirla, ahora no. Había trabajado muy duro, arriesgado demasiado para competir hoy.

Miró a Josie, que llevaba pantalón, una camisa de hombre suelta, gorro y botas de caña alta. Georgie iba vestida más o menos de la misma forma. Las dos ladies se habían vendado el pecho, se habían aplastado el pelo y se habían ensuciado la cara con carbón.

Hoy eran hombres. O al menos chicos a punto de convertirse en hombres.

Para muchos acababa de empezar el día, para ella ya iba siendo largo. Un día que sería aún más largo cuando volviera a casa para recibir el castigo que seguramente la estaría esperando. Había salido de la mansión familiar antes del amanecer, escabulléndose mientras su padre y la duquesa aún dormían; cabalgó los veinte minutos que había hasta Londres y luego recogió a Josephine. Después las dos fueron a la mansión que el padre de Georgie tenía en Londres para prepararse para Cheapside. Una siesta sería muy bienvenida.

—La cuota de participación —dijo el hombre sin levantar la mirada.

Georgie le dio las monedas. Él contó diez y le dio un par de números.

—Buena suerte, caballeros.

—Gracias. —Georgie aceptó los números y le pasó el suyo a Josie antes de pasar a la zona de prácticas.

Ya había público para el torneo.

—Quizás no deberíamos estar aquí —la voz de Josie tembló.

—Ya es un poco tarde para echarse atrás. —Georgie llevó a Josie a un espacio libre para practicar—. No te agobies.

Georgie asumió su postura de arquera y colocó una flecha contra la cuerda del arco, luego miró a Josie.

—Usa la diana que hay al lado de la mía.

La chica asintió y Georgie dirigió su atención a la diana que tenía en frente. Tensó la cuerda, apuntó y soltó la flecha.

Al centro. Sonrió y miró a Josie. Le temblaba el arco al sujetarlo. Georgie se inquietó por dentro. Pobre Josie, tenía que aprender a dominar sus nervios. Georgie dejó el arco y se colocó junto a su amiga. Le susurró para que no pudieran oírlas.

—Recuerda lo que Theo te enseñó. Centra toda tu atención en la diana. Haz como si nadie te estuviera mirando.

Las manos de Josie dejaron de temblar mientras cogía aire profundo.

–Bien. Ahora apunta y dispara.

Soltó la flecha y dio en la diana, apartándose solo ligeramente del centro. Josie miró a Georgie a los ojos.

–Puedo hacerlo. Gracias, Georgi...

–Encantado de poder ayudar, *Joseph*. Georgie levantó un poco la barbilla para añadir énfasis. No podían arriesgarse a usar sus verdaderos nombres. Volvió a su área de práctica y recorrió el espacio con la mirada. Había un buen número de arqueros. Al menos cincuenta. ¿Dónde estaba Felton? Volvió a buscar por el campo y sus ojos aterrizaron sobre su figura alta y musculosa. Bien, estaba del otro lado de la zona de práctica. Quizás pudiese vigilarlo, asegurarse de mantenerse a buena distancia de él.

A la porra. ¿A quién quería engañar? No quería mantenerse alejada de él. De hecho, si tenía en cuenta sus deseos, estaría en sus brazos. Georgie tragó para ahuyentar ese deseo tan tonto. Él era la última cosa en la que debía pensar hoy.

Tras unos largos treinta minutos practicando e intentando ignorar a Felton, el presentador llamó a los arqueros al campo.

–Poneos en fila según vuestros números.

Georgie se movió junto con el montón de hombres entusiasmados, buscando la diana que llevaba su número, el quince. ¿Qué número tenía Felton? Georgie encontró su lugar y Josie se colocó en la diana que había a su lado. Georgie miró la fila de un lado a otro buscando a Felton. Su mirada se detuvo hacia la mitad. La confianza brotaba de Felton, parado en su marca con los pies separados y la espalda recta. Georgie volvió la mirada a su diana y adquirió su postura.

–Sed bienvenidos al Torneo anual de tiro con arco de Cheapside.

Los aplausos y vítores del público llenaron el aire, añadiendo más emoción. Georgie sonrió y asintió, le hormigueaba el cuerpo de anticipación.

–Tenemos hoy con nosotros a algunos de los mejores arqueros de Inglaterra. Vamos a determinar cuál de ellos será el vencedor y se llevará a casa la bolsa del premio. ¿Estáis preparados?

Estalló otra ronda de aplausos. Georgie meneó la cabeza para indicar que estaba preparada.

–Habrán cuatro rondas. Al terminar la primera, sólo quedarán veinticinco hombres en el campo. Arqueros, preparaos.

Georgie levantó el arco y le lanzó una mirada rápida de apoyo a Josie, luego colocó su flecha y se centró en el objetivo.

–Apuntad. –El hombre hizo una pausa para coger aire–. ¡Soltad las flechas!

El corazón de Georgie latía con fuerza mientras el *gemido* de las flechas dando en las dianas llenaba el aire. Sonrió de oreja a oreja al ver que la suya había dado en el centro, luego miró a la diana de Josie. Ella también había dado exactamente en el centro. Era seguro que las dos pasarían a la siguiente ronda.

A continuación buscó la diana de Felton y no se sorprendió al ver su flecha en el centro también. Aunque desde el ángulo en el que estaba no podía ver si se trataba exactamente del centro.

–Arqueros, no disparéis mientras determinamos los resultados de esta ronda y recolocamos el campo. Tenéis unos quince minutos, por si queréis estirar las piernas –dijo el presentador.

Josie sacudió la cabeza, indicando que quería quedarse en su sitio. Georgie también quería quedarse. No necesitaba moverse y creía que era más seguro quedarse en su lugar. Sin embargo otros muchos hombres empezaron a pasear arriba y abajo por las marcas de tiro, evaluando a sus

competidores. Georgie reconoció a unos cuantos de otros torneos a los que había asistido, pero nadie las reconoció como mujeres.

Los momentos se hicieron largos hasta que el presentador volvió a hablar.

–Hemos estrechado el campo a veinticinco dianas. Arqueros, si decimos vuestro nombre, volved a vuestra marca. Tres, cinco, quince, dieciséis, diecisiete...

Tanto Georgie como Josie pasaron. Georgie le guiñó el ojo a Josie a manera de felicitación cuando el presentador terminó de decir los números de los que pasaban a la segunda ronda.

–Arqueros, preparaos.

Una vez más, Georgie adquirió su postura, notando que el viento había arreciado. Ajustó su arco ligeramente hacia arriba.

–Apuntad.

El público silbaba y jaleaba.

–¡Disparad!

Georgie soltó su flecha, viéndola surcar el aire hacia el objetivo y clavarse en el centro una vez más. Solo entonces pensó en mirar para ver si Felton había superado la primera ronda. Un vistazo rápido le bastó para ver que sí, y se le cortó la respiración cuando sus ojos se encontraron con los de él.

Felton entrecerró los ojos, mirándola con fijeza, sus labios apretados en una línea firme.

Georgie desvió la atención hacia la diana y esperó los resultados. Una vez más se ofreció un descanso y luego se anunciaron los números. Esta vez, tan solo diez arqueros pasaron, entre los que se encontraban Josie, Felton y ella. Había tan solo tres arqueros entre ella y Felton cuando se prepararon para la tercera ronda.

–Preparados... Apuntad... ¡Disparad! –gritó el presentador mientras el público rugía.

La mano de Georgie tembló al soltar la flecha y cerró los ojos apretándolos porque tenía miedo de ver adónde iba a parar. Con un suspiro, los abrió. Gracias a Dios, había logrado dar en la diana, ligeramente apartada del centro pero cerca de todas maneras.

–Arqueros, cinco de vosotros continuarán. Por favor, quedaos en vuestro sitio hasta que determinemos quién pasa a la siguiente ronda.

Georgie miró la diana de Josie. Su flecha se había clavado en el círculo externo. Josie la miró a los ojos y asintió con firmeza. Georgie sonrió, limpiándose el sudor de las palmas de las manos en los pantalones.

–Arqueros tres, nueve, quince...

Georgie estaba a salvo. Soltó el aire contenido.

–Veintidós y cuarenta.

Maldición, Josie había quedado fuera.

–Espectadores, ¿a quién apoyáis?

El ruido y el entusiasmo eran tan palpables que el alma de Georgie respondió a ellos. El corazón le latía más deprisa, le sudaban más las manos y su estómago revoloteaba de la forma más agradable. Había llegado el momento, su oportunidad de demostrar que era la mejor en un campo lleno de hombres. No importaba que nadie, salvo ella y Josie, lo supieran.

–Buena suerte, Georgie.

Georgie movió la cabeza hacia un lado como un latigazo y chocó contra la mirada fiera de Felton. Maldita sea, lo sabía. ¿Le guardaría el secreto? Daba igual. Una esquina de su boca se arqueó:

–Buena suerte para ti también.

–Preparaos.

Georgie se concentró en su arco y en perfeccionar su postura.

—Apuntad.

Respiró hondo y contuvo el aire mientras ajustaba su puntería.

—¡Disparad!

Su mirada siguió el vuelo de la flecha hasta que esta se clavó en el centro de la diana. Su espíritu estallaba de felicidad. Su tiro había sido perfecto.

—El arquero número quince es el vencedor.



Felton casi no oía los gritos del público en el momento en el que Georgie se alzaba con la victoria. Lo único que podía hacer era mirarla. Casi no podía creer que aquella pequeña granuja hubiese roto su palabra y hubiese competido. Deseaba regañarla. Llevarla a rastras a casa y contárselo al duque. Pero sobre todo deseaba envolverla entre sus brazos y mantenerla a salvo en su abrazo todo el tiempo.

¡Maldición, ella le importaba! Se preocupaba por ella. La deseaba.

Por todas esas razones y por otras más, había errado su tiro, para dejarla ganar. Seguramente Georgie tendría un buen motivo para desafiarlo. Una razón desesperada para faltar a su acuerdo. En el fondo le importaba más la felicidad de ella que la propia.

Felton se apresuró a recoger su equipo y luego siguió a Georgie y a Lady Josephine cuando iban a recoger la bolsa del premio. Cuando se acercaron al puesto, la gente se arremolinó a su alrededor para felicitarlas y estrecharles la mano. A Felton se le revolvieron las vísceras de preocupación. Tan solo bastaba con que una sola persona se diera cuenta de que era mujeres y todo estallaría.

Se dio prisa para colocarse a su lado.

—Has tirado como nunca. —Pasó el brazo de forma casual sobre el hombro de Georgie, moviéndola hacia adelante—. ¿Cuánto hacía que no nos veíamos?

Ella lo miró con los ojos como platos.

—¿Qué haces?

—Protegete. Sigue caminando. —Miró hacia atrás para asegurarse de que Lady Josephine les seguía el paso, pero no aminoró la velocidad hasta que llegaron al lugar de cobro. Una vez allí, se quedó detrás de Georgie; Lady Josephine a su lado, asegurándose de que nadie se acercara a Georgie.

Con el dinero en la mano, Felton sacó a Georgie a toda velocidad hasta su carruaje. La ayudó a subir, y también a Lady Josephine, luego montó a su lado y su criado cerró la puerta.

—¿Has perdido el juicio? Teníamos un trato.

—No lo entiendes, tenía que venir. —Georgie se mordió el labio.

—¿Y si te hubiesen descubierto? ¿Has pensado en las consecuencias? —Felton pasó la mirada de una lady a la otra, deteniéndose con rabia en Lady Josephine—. Las dos podríais haber resultado heridas. Incluso os podrían haber mandado a la cárcel.

—La cárcel. —Georgie puso los ojos en blanco—. Te lo inventas para asustarnos.

Josie levantó la barbilla, el labio inferior le temblaba.

—Deja a Lady Josephine fuera de esto, tan solo ha venido por apoyarme.

Felton respiró hondo para tranquilizarse.

—Voy a llevaros a casa a las dos. —Hizo una pausa, esperando que Georgie protestara—. ¿Cómo habéis venido?

–En mi caballo.

–¿Cabalgasteis juntas?

Georgie asintió.

Felton llamó a la ventana del carruaje y esperó a que el conductor abriera.

–Recoge el caballo de Lady... –Se giró hacia Georgie—. ¿A qué nombre has dejado el caballo?

–George Halloway. –Se limpió el polvo de carbón que tenía en la mejilla.

–Recoge el caballo del señor George Halloway y átalalo al carruaje.

–En seguida, señor.

Felton le ordenó al conductor que los llevara a la residencia de Lady Josephine cuando ya tenían atado al caballo. Mientras el carruaje se agitaba, poniéndose en marcha, él se relajó en el asiento de terciopelo. Al fin Georgie estaba a salvo. Ya se ocuparía más adelante de sus fechorías.

Diez

Georgina miró cómo Josie subía deprisa el camino que la llevaba a casa, dejándola a ella y a Felton a solas en el carruaje, compartiendo el mismo asiento. Volvió la mirada hacia él y el carruaje volvió a ponerse en marcha. Él no había dicho ni una palabra en todo el camino a casa de Josie, pero ahora que estaban solos estaba segura de que un montón de palabras estaban a punto de llegar. Los ojos de Felton aún brillaban de rabia, sus labios seguían apretados en una línea molesta.

No había sido su intención molestarlo.

—Lo siento, Felton.

Lo sentía de verdad, aunque pensaba competir pasara lo que pasara. La ambición y el deseo que la movían surgían de lo más hondo de su ser y el futuro dependía de su éxito.

—Tengo que saber por qué has puesto en peligro tu seguridad y tu reputación.

Georgie se llevó la mano a los labios. ¿Se atrevería a contárselo todo? ¿Podía confiar en él? Las respuestas que buscaba brillaron en la profundidad de los ojos de Felton; la ternura y la calidez se abrían paso entre la indignación. Se preocupaba por ella.

—Mi futuro dependía de que ganara.

Felton se inclinó hacia ella y tomó una de sus manos entre las de él.

—¿Cuáles son tus intenciones?

La calidez de su piel la reconfortó.

—No puedo casarme. No puedo permitir que me corten las alas. Esta era la única forma de garantizar mi libertad. Seguiré compitiendo para mantenerme.

Felton asintió ligeramente como si lo entendiera; quizás entendiera. Georgie bajó la mirada hacia sus manos unidas.

—También echo muchísimo de menos a mi padre y espero que, si tengo éxito, vuelva a quererme.

—Oh, Lady Mariposa. —Felton tiró de ella para abrazarla. El sombrero de Georgie cayó sobre su regazo y él le acarició el pelo—. Estoy seguro de que tu padre te quiere mucho. No puede evitar repartir sus atenciones entre las exigencias de su mujer y el recién nacido.

—Quizás sea verdad, pero no por ello está bien. No puedo evitar creer que puedo hacer que me quiera otra vez si me convierto en la mejor tiradora con arco de Inglaterra.

Felton le dio un beso tierno en la cabeza.

—No hace falta que te arriesgues para ganar el cariño de nadie, mucho menos por alguien que no es merecedor de tu amor.

—Es que me niego a seguir como estoy. Si no he recuperado el cariño de mi padre para el final de la temporada y si él no cambia de opinión respecto a obligarme a casarme, tendré

suficiente dinero para mantenerme sola. Mi padre me ha retirado por completo mi asignación.

—Por muy enfadado y herido que me sentí cuando te descubrí en Cheapside, sabía que debía de ser muy importante para ti. Me alegro de que hayas resultado vencedora.

Georgie levantó la barbilla y sus ojos se encontraron con los de él. Los entrecerró estudiándolo.

—Me has dejado ganar.

Él le respondió:

—No.

Pero no podía mentirle, no sin que ella notara la verdad. Sus ojos lo delataban.

—Sí que lo has hecho. —Georgie se cruzó de brazos.

Él intentó tocarla, pero ella se apartó.

—Quería ganar por mis habilidades. Me lo has arrebatado.

—Los dos sabemos que eres mejor arquera que yo, me ganaste en el East End y me costó horrores ganar nuestra apuesta. ¿Qué más da que haya asegurado tu victoria hoy?

Maldito hombre exasperante, de verdad no comprendía cómo la había humillado.

—Ya no puedo llamarla victoria. Has hecho trampa.

—Me aseguré de que recibieras lo que tanto necesitabas. Desconocía los motivos detrás de tu determinación, pero veía claramente lo importante que era para ti. No quería verte decaída ni quitarte algo que deseabas. No te enfades conmigo por preocuparme por ti, Lady Mariposa.

Georgie suspiró, soltándole la mano.

—¿Y sus necesidades? ¿Por qué competías?

Felton se revolvió en el asiento.

—Por placer y distracción, no por el premio. Mis necesidades se vieron satisfechas.

Otra mentira.

—Si de verdad te importo, se sincero conmigo como yo lo he sido contigo.

—La sinceridad no siempre es fácil para un hombre. Odiamos desnudar nuestras almas, admitir nuestros errores.

Georgie se deslizó para acercarse a él y le envolvió el brazo con la mano.

—Inténtalo. No te voy a juzgar.

Él la estudió un momento.

—Mi depósito de carbón se está agotando y con la negativa de tu padre para explotar sus tierras estoy rozando la quiebra.

Georgie le frotó el brazo mientras sopesaba sus palabras, buscando una solución.

—¿No puedes encontrar otro depósito en otra parte?

—Los negocios no son un tema de conversación adecuado para una dama. —Felton miró por la ventanilla, hacia el paisaje campestre—. No debes preocuparte por mi futuro, con el tuyo tienes bastante.

Georgie no sabía qué la había poseído para hacer lo que hizo, pero se levantó y unió la boca de él con la suya. Sus brazos rodearon el cuello de Felton y se apretó contra él.

La boca de él se suavizó sobre la de ella. Felton le puso la mano en un costado y la acarició con delicadeza mientras ella tomaba la iniciativa. Él deslizó la lengua por la abertura de los labios de ella, que los abrió más con un suspiro, abandonándose por completo.

La sangre de Georgie se encendió cuando se entregó al beso, descubriendo las nuevas sensaciones que él le provocaba. Todos los sentimientos del pasado la inundaron de nuevo poco a poco, hasta que se volvieron tan potentes que casi la dejaron sin respiración. Amaba a aquel hombre, siempre lo había amado y siempre lo amaría.

Sin respiración, Georgie se apartó, más decidida que nunca a ayudarlo.

—Creo que mi incapacidad para comportarme como una dama ha quedado sobradamente demostrada. Ahora responde mi pregunta.

—Eres toda una dama. —Felton la acercó y le dio un beso en la frente, luego otro en la mejilla.

—No te desvíes, respóndeme. ¿No puedes encontrar otro depósito? —Le acarició la mandíbula con las yemas de los dedos, siguiendo su firme línea, disfrutando el placer que eso le daba.

Su ardiente mirada sostenía la de ella.

—No sin un gasto importante.

—Entonces déjame participar. Seré una socia silenciosa, financiaré el descubrimiento de un nuevo depósito y obtendré ganancias al final. —Sonrió triunfal, ya que en su mente esa era la solución perfecta.

—Tú no necesitas una mina. Y aunque la necesitaras, nunca aceptaría tu dinero, Lady Mariposa.

—El dinero debería ser tuyo. Si hubieses tirado bien. ¿Me dejas compartirlo contigo?

—No. Encontraré otra manera.

Ella le sostuvo la mejilla para que no pudiera apartar la mirada.

—Felton.

Él apretó los labios y Georgie vio la respuesta en sus ojos. No iba a ceder. De acuerdo, encontraría otra forma de ayudarlo como la había ayudado él al fallar el tiro.

El carruaje giró, sacándola del hechizo en el que había caído. Se le encogió el estómago cuando apareció la mansión ducal.

—Déjame aquí. La duquesa me buscará la ruina si me ve bajar de tu carruaje.

—¿Te has parado a pensar que quizás solo quiera lo mejor para ti?

—Tan solo quiere perderme de vista. Endosarme a algún lord decadente y olvidarme. Por favor, haz que pare el carruaje.

Felton golpeó el techo para dar indicaciones al conductor. Georgie abrió la puerta cuando el carruaje se detuvo y salió sin esperar que la ayudaran ni que le pusieran el escalón.

—Vete.

Se despidió de Felton y corrió atravesando la pradera de la entrada posterior. Una mirada por encima del hombro le bastó para ver que él no se movía. Georgie movió frenéticamente la mano para despedirse, esperando despertar así su deseo de verlo marchar.

Él cerró la puerta y partió en un instante.

Con el corazón apesadumbrado, ya que sabía que nunca lo podría tener, Georgie caminó hasta la verja trasera. Entró como una flecha por las puertas dobles del salón de baile y se detuvo para coger aliento antes de cruzar dicha habitación. Miró con precaución para asegurarse de que el pasillo estaba vacío y luego se dirigió a las escaleras que la llevarían a la seguridad de su dormitorio.

Sujetándose del pasamanos, Georgie pisó con cuidado para no hacer ruido. No deseaba llamar la atención mientras subía. A mitad de camino se detuvo para escuchar señales de actividad en la planta de arriba. Satisfecha, continuó. Otros cinco escalones y llegaría al rellano.

—Georgina Ann Marie Seton, explícate de inmediato.

Saltó cuando oyó tronar la voz de su padre. Se giró para mirarlo, con el estómago en los dedos de los pies.

—Yo... Yo... —*Piensa, Georgie*, se reprimió.

—¿Qué demonios haces vestida así?

—Practicaba mi tiro con arco.

Se giró y su mirada subió ante el sonido de pisadas. Sus ojos se encontraron con la duquesa.

—Dios bendito. —La duquesa se llevó una mano al pecho y miró al padre—. Te dije que debíamos hacer algo antes de que estropeará sus oportunidades de casarse.

—No te molestes, Dinah. Ya he tomado medidas.

Georgie giró la cabeza. ¿Tomar medidas? Las palabras dibujaron espirales en su mente.

—¿A qué te refieres, padre?

—Cuando Dinah descubrió esta mañana que no estabas, contacté con Lord Qinnly. Accedió de inmediato en convertirte en su mujer. Tomaréis los votos de inmediato.

—¡No! No puedo. ¡No lo haré! —Georgie miró con odio a su padre.

Él le devolvió la mirada con dureza.

—Lo harás y, hasta entonces, no puedes abandonar la casa.

—¿Cómo piensas mantenerla aquí? —La duquesa inclinó la cabeza—. Parece incapaz de seguir órdenes.

Georgie dirigió su mirada acusadora hacia la duquesa.

—Todo esto es culpa tuya. —Deseaba retorcerle el cuello a la mujer.

—No le echas la culpa a Dinah de tu falta de sentido común y tus malas decisiones.

Georgie miró hacia su padre mientras se le aceleraba el pulso.

—Padre, por favor entra en razón. Lord Qinnly es demasiado mayor para mí. Nunca seré feliz con él.

—Mi decisión está tomada. Necesitas un marido sensato y con mano firme que te controle. Te casarás con él y no se hable más. —El padre le dio la espalda—. Ve a tu habitación. He dispuesto que un sirviente vigile tu puerta. Te acompañará por toda la casa hasta que pueda entregarte al cuidado de Lord Qinnly.

—Pero, padre. —Georgie corrió escaleras abajo mientras él se retiraba. La desesperación se apoderó de ella mientras intentaba tocar su abrigo—. Padre, por favor.

Él se soltó.

—Deja este sinsentido. Estás montando una escena.

Georgie se quedó quieta, apretando los ojos, deseando que su padre lo reconsiderara. Cuando volvió a abrirlos, él se había marchado.

Once

Georgie aceptó un baño y luego permitió que su dama de cámara la vistiera con ropa de dormir y le hiciera una trenza. Su mente y su estómago rugían al unísono mientras la atendían. Daba igual lo que se dijera a sí misma, lo mucho que intentara tranquilizarse, había algo que permanecía.

¡No se casaría con ese chivo viejo!

Los rayos del sol desaparecían por la ventana, señalando que el anochecer se acercaba con rapidez. Georgie fue a su armario y sacó unos pantalones, camisa blanca y botas. Su pulso iba como un tambor mientras se ponía aquella ropa y se recogía la trenza. Luego relleno la cama con almohadas y las cubrió con una manta.

Se echó hacia atrás para admirar el resultado. Si alguien entraba a revisar, como seguramente harían, parecería que estaba profundamente dormida. Georgie caminó incansable a un lado y otro de la habitación, la energía se le acumulaba hasta que la casa quedó en silencio.

Tomó prestada una idea de Adeline, fue a la ventana y la abrió. Respiró hondo y se sentó en el poyete, luego balanceó las piernas para quedar tumbada sobre la tripa. Con las piernas colgando, las movió hasta que sus botas encontraron apoyo en un hueco de la fachada.

En poco tiempo llegó al suelo. Era como si hubiese escalado muchas veces aquel costado de la casa familiar aunque, en realidad, tan solo la naturaleza de su situación actual le infundió el valor necesario para bajar por la pared. Sin pausa, atravesó corriendo la hierba que llevaba a los establos, donde ensilló a su yegua para luego sacarla al camino. La suerte estaba de su parte, los caballerizos estaban profundamente dormidos. Contuvo el deseo de galopar mientras estuvo dentro de la propiedad.

El pulso le latían frenéticamente cuando llegó a la carretera y espoleó a su yegua para que trotara deprisa. No pensaba parar hasta llegar a casa de Adeline. *Por favor, que ella la ayudara.*

Cabalgó una gran distancia, casi toda la noche, hasta que por fin se encontró en el camino que llevaba a la mansión de Alistair y su querida amiga. Solo entonces respiró, sintiéndose aliviada. Se llenó de júbilo al ver aparecer la gran casa.

Muerta de cansada y llena del polvo del camino, Georgie desmontó frente la ventana del dormitorio de Adeline. Buscó algo que pudiera lanzar contra el cristal para despertar a Adeline, pero no encontró nada. Sacó fuerzas de su determinación; escaló el enrejado para llegar hasta la ventana.

Las cortinas se movieron y la cara de Adeline se asomó. Sus ojos se abrieron mucho.

—¿Georgie? —Abrió la ventana—. ¿Qué haces?

Los dedos de Georgie temblaban por el esfuerzo de sujetarse.

—No tenía otro lugar adonde ir. Tienes que ayudarme.

Adeline la sujetó.

—No te quedés allí, esperando a partirte el cuello.

Georgie sonrió, el alivio le recorrió las venas mientras entraba en el dormitorio de Adeline.

—Mi padre me exige que me case con Lord Qinnly... de inmediato.

—Es un fósil. —Adeline se acercó a la jofaina y se echó agua en la cara—. ¿Qué vas a hacer?

—Esperaba que me escondieras hasta que se me ocurra algo. —Georgie se frotó los ojos cansados—. No se me ocurría otra persona. Josie es demasiado educada y vive en una casa muy pequeña, llena de gente, no podría esconder ni a un ratón.

—Lo dices como si yo no tuviera hermanos por todas partes. —Adeline se echó a reír—. Da igual, yo nunca te delataría.

—Gracias. —Georgie le cogió las manos a Adeline—. Te debo una.

—Con la casa en duelo no será difícil esconderte. —Adeline miró hacia la ventana—. ¿Cómo has venido?

¡Maldición, la yegua! Georgie miró por la ventana.

—Mi montura está allá abajo. Tenemos que recogerla. —Se giró hacia su amiga—. ¿Podemos confiar en que tus caballerizos mantendrán el secreto?

—Sí. —Adeline fue al armario y sacó un camisón, pasándoselo a Georgie—. Descansa un poco. Yo me encargo de tu caballo.

Georgie apretó el camisón contra el pecho.

—¿Puedo pedirte algo más?

Adeline asintió.

—Necesito que le hagas llegar unas monedas a Josie. He ganado Cheapside, pero en la locura del final me olvidé de darle su parte.

—Haré que se la manden hoy más tarde.

Adeline abrió la puerta del dormitorio, salió y cerró a su paso.

Georgie se puso el camisón limpio y dejó su ropa sucia en el armario de Adeline, luego se tumbó en la cama. Todo saldría bien. No tendría que casarse, desde luego no con Lord Qinnly. De momento, pensaba abandonarse al sueño. Adeline y ella ya pensarían más tarde en un plan. Uno que la protegiera no solo a ella sino también a Felton. No podía olvidarse de él, no pensaba olvidarlo.



—**R**epítelo —Felton miró a su abogado sin poder creer lo que acababa de escuchar.

El hombre sonrió.

—Tus hombres han encontrado otra veta mineral.

—¿Cómo? ¿Dónde?

—Los hombres excavaron en el punto en el que el depósito entra en las tierras del Duque de Balfour, siguiendo una línea horizontal sobre la propiedad de tu padre. Era una búsqueda a ciegas, pero al saber que pronto se quedarían sin trabajo lo hicieron con alegría. A unos doce metros de profundidad encontraron carbón.

Felton se apoyó en el algo respaldo de la silla de cuero. No le sorprendía tanto el descubrimiento como que sus hombres hubiesen asumido el riesgo sin cobrar. La búsqueda era muy cara y no siempre daba resultados. Era la falta de fondos lo que le había impedido buscar más en los terrenos de su padre. Se encargaría de que esos hombres fueran recompensados.

—¿Conocemos la riqueza del depósito?

—Hay que hacer una investigación para determinarla con seguridad. Sin embargo, los hombres creen que es un depósito bastante grande. Excavaron en otros dos puntos y vieron que la veta continúa. —El abogado le pasó un informe a Felton—. Aquí están los cálculos.

Felton echó un vistazo y dejó el papel a un lado con una sonrisa. Se había gastado casi todo el dinero que tenía en abrir la primera mina y aquello, aunque rentable, le costó una fortuna, dejándole muy poco para reinvertir. Ahora, al parecer, su futuro estaba asegurado.

—Que empiecen a extraer de inmediato. —Se puso de pie—. Tengo algo urgente que atender.

El abogado se levantó.

—Que tenga un buen día, señor.

—Lo tendré. —Felton salió del despacho, seguido por el abogado.

Al llegar a la entrada le dijo al hombre que podía retirarse. Ordenó que le prepararan su caballo y se lo trajeran. Nada deseaba más en aquel momento que compartir su buena suerte con Georgie.

Salió con una energía extra en sus pasos y, cuando le trajeron el caballo, montó de un salto. Podría haber ido andando a la residencia del duque, pero no quería perder ni un momento para ver a Georgie.

Puso su caballo al galope, sonriendo como un tonto por su buena suerte. En la base de su alegría se encontraba la oportunidad de ver a Georgie, de compartir algo profundo con ella. Deseaba ir a verla desde que ella había salido de su carruaje. El beso que compartieron lo embujaba cada minuto que estaba despierto.

¿Lo besaría hoy?

Detuvo el caballo frente a la vieja mansión, bajó de la montura y le pasó las riendas a un criado que estaba cerca. Subió los escalones de dos en dos, llegó a la puerta y llamó.

Se le encogió el pecho cuando se abrió la puerta y el mayordomo, de pelo cano, se asomó.

—Señor Crauford. Mi señor ha dado órdenes de que no quiere verle —dijo el mayordomo con un tono plano—. ¿Quiere que le de algún mensaje de su parte?

—No estoy aquí por Su Gracia. —Felton cruzó el umbral—. He venido a ver a Lady Georgina.

—Me temo que ella tampoco puede recibirlo.

Las esperanzas de Felton se destrozaron.

—¿Está bien?

—Lady Georgina no está en la residencia, señor. —Una ráfaga de disgusto apareció en el rostro del mayordomo, luego controló de nuevo su expresión.

—Quizás pueda indicarme dónde encontrarla.

—Me temo que no, señor.

Felton se quedó mirando al hombre un buen rato, luego se giró y salió de la casa. ¿Dónde demonios estaba Georgie? Caminó hasta su caballo, no pensaba rendirse. Al llegar al chico que lo tenía, sacó un chelín del abrigo y se lo ofreció.

—Dime adónde ha ido Lady Georgina y será tuyo.

El chico arqueó las cejas al ver la moneda.

—Desearía poder decírselo, señor. Nadie sabe adónde ha ido.

Felton frunció el ceño.

—¿Cómo es posible?

—Su Gracia me haría colgar si supiera que se lo cuento. Pero da igual, mi madre está medio muerta de preocupación. Ella es la dama de compañía de Lady Georgina, sabe, quiere mucho a su señora.

Felton asintió esperando que eso alentara al muchacho.

–Yo también me preocupo mucho por la dama.

–Lo único que sabemos es que se marchó esta mañana. Mi madre encontró la ventana abierta y una pila de almohadas donde Lady Georgie debería estar durmiendo.

–Has sido de gran ayuda. –Felton soltó la moneda en la mano sucia del chico–. No te lo gastes de golpe.

–Le prometo que no, señor.

Ofreciéndole una sonrisa al chico, Felton montó en su caballo.

–¿Señor?

Felton se giró hacia el muchacho.

–Sí.

–¿Esto podría quedar entre nosotros dos?

–Será nuestro secreto.

Felton espoleó a su caballo y galopó deprisa con dirección a Londres. Agradeció que se encontraran cerca de la ciudad, ya que con un caballo rápido y si el tiempo era bueno, llegaría en veinte minutos.

Una nube de polvo fue el rastro que dejó de camino a Londres y en la entrada empedrada de la casa de Lady Josephine. Felton saltó del caballo, se sacudió la ropa en un esfuerzo vano de estar más presentable antes de aporrear la puerta. Le dolían los pulmones por el esfuerzo de controlar la respiración mientras esperaba respuesta.

La puerta se abrió y apareció una chica de unos catorce años que se parecía a la dama que buscaba.

–Señor –la chica hizo una torpe genuflexión.

–He venido a ver a Lady Josephine.

Su sonrisa se amplió mientras lo hacía pasar.

–Voy a buscarla de inmediato.

La chica caminó hasta el final del pasillo y luego echó a correr, sin duda creyendo que Felton ya no la podía ver.

–Josie, date prisa. Un caballero ha venido a verte. Espero que estés presentable.

Felton escuchó su voz y no pudo evitar reír un poco ante el entusiasmo de la niña; aunque su preocupación por Georgie crecía momento a momento. Le podían haber pasado muchas cosas terribles. Todas ellas se materializaban en su mente mientras galopaba hacia la ciudad. Y si la habían atacado en el camino, si la habían golpeado, si estaba herida o peor... Meneó la cabeza para ahuyentar los pensamientos. Le habían dicho que Georgie había llenado la cama de almohadas para que pareciera que dormía. Sí, la muy pilla se había marchado por su propia voluntad.

Estaba a salvo, tenía que estarlo. Se pasó los dedos por el pelo mientras caminaba a un lado y otro esperando.

–Señor Crauford. ¿A qué debo el placer?

Él se giró y se encontró con los ojos de Lady Josephine.

–¿Georgie está aquí?

Ella arqueó una ceja y se sonrojó.

–No veo a Lady Georgina desde el torneo.

–¿Adónde más puede haber ido? –preguntó Felton, acortando la distancia entre los dos.

–¿Qué ocurre? ¿Ha pasado algo? –Lady Josephine se retorció las manos; la preocupación se grababa en su rostro.

–Parece que escapó anoche. Tengo que encontrarla de inmediato. –Felton le sujetó las manos

a la dama—. Por favor, dime dónde debo buscarla.

—En casa de Adeline. —Se sonrojó aún más—. Me refiero a Miss Adeline Price. Pero su familia está de luto. No creo que...

—Eso no importa. —Felton le soltó la mano, ya que claramente eso la incomodaba más—. ¿Dónde está exactamente la residencia de Miss Adeline?

—Vive con el señor Alistair Price. O supongo que debo llamarlo Vizconde Melton, ahora que su padre ha pasado a mejor vida.

Price, Señor Price, Alistair... Melton. No le sonaba nada.

—Vas a tener que guiarme.

—No, no, no puedo. —Meneó la cabeza.

—El bienestar de Georgie podría depender de ello. —Felton miró con fijeza a la muchacha, deseando que aceptara—. Tenemos que encontrarla, está desaparecida y podría correr peligro.

Josephine suspiró.

—De acuerdo. Haré que ensillen mi caballo, ¿o ha traído un carruaje?

—Que preparen tu montura.

Felton se giró para volver a su caballo, notando por primera vez lo sencilla que era la residencia. No había ni rastro de muebles, ni un solo retrato decoraba la entrada. Nada daba la bienvenida a los invitados, salvo la alfombra desgastada sobre la que estaba parado. La ausencia de un mayordomo debería haberlo alertado antes. No se sorprendió de que la tímida lady hubiese competido.

Se dijo que ayudaría a la familia en cuanto pudiese y salió a la luz del día. Estaba listo para partir. Forzó los ojos bajo la luz del sol, buscando a Lady Josephine.

—Podemos irnos —gritó ella desde su caballo que, para sorpresa de Felton, parecía sano y en forma.

Espoleó a su caballo, dejando que ella fuera delante. Tras varias horas cabalgando, Felton se desvió hacia una posada. Los caballos tenían que descansar, o acabarían perdiendo sus herraduras. Peor aún, morirían por el camino y entonces él y Lady Josephine tendrían que hacer el resto del camino a pie.

—¿Cuánto falta? —Le pasó las riendas a un caballerizo.

—Unas cuantas horas en el mejor de los casos —dijo Lady Josephine.

Felton dio una patada en el suelo, levantando una nube de polvo.

—Danos dos caballos frescos —le dijo al caballerizo, luego agradeció en silencio a Dios que Lady Josephine fuese una amazona más que adecuada, tal como había demostrado al pasar tantas horas en la silla de montar.

—Sí, señor.

El chico desapareció hacia el establo, volviendo pocos minutos más tarde con dos caballos grises.

Felton le dio unas cuantas monedas y montó. En pocos minutos, Lady Josephine y él se dirigían a toda velocidad hacia casa de Adeline. Felton esperaba encontrar allí a Georgie, dentro y a salvo. Cambiaron sus caballos una vez más y cabalgaron deprisa la mayor parte del día, hasta que Lady Josephine aminoró la marcha y lo miró.

—Miss Adeline y todo el clan Melton viven aquí. —Señaló una casa de campo.

Felton asintió sin decir una palabra y corrió hacia la casa. No miró hacia atrás, a Lady Josephine, hasta llegar a la gran puerta de roble tras la cual esperaba encontrar a Georgie.

—Voy —gritó Lady Josephine; un sirviente la ayudaba a bajar del caballo.

Una ráfaga de lamento asaeteó a Felton; debería haberla ayudado, al menos debería haberla

esperado. Estar tan preocupado por Georgie no era excusa para comportarse tan mal. Tenía que recuperarse de inmediato.

La puerta se abrió, dejando a la vista a un hombre que sin duda era el mayordomo.

– Lady Josephine, pase.

–Gracias. –Entró y le pasó el abrigo al sirviente–. Sé que no es buen momento para venir, sin embargo tengo que hablar con Adeline cuanto antes. Es un asunto extremadamente importante.

El mayordomo asintió y recogió el sombrero y los guantes de Felton, pasándoselos después a un criado.

–Dile a Miss Adeline que Lady Josephine ha venido a verla. –El mayordomo la miró con preocupación–. Pueden esperar en la salita.

Lady Josephine asintió y le indicó a Felton que la siguiera. Al llegar a la salita escucharon varias voces en el pasillo. Ninguna de ellas era la de Georgie. Entraron en la salita y Felton empezó a caminar de un lado a otro, mientras Lady Josephine se sentó cerca de la chimenea.

–Intente relajarse. Estoy segura de que todo irá bien.

Felton dejó de caminar y se detuvo junto a la silla de Lady Josephine.

–Ojalá tengas razón.

El sonido de unas faldas llamó su atención y Felton miró hacia la puerta, donde encontró a una mujer rubia enlutada. Esta hizo una pausa, su mirada clavándose en él.

–Felton.

–¿Quién es Felton? –preguntó una voz masculina desde algún punto más allá de la puerta.

Otra dama vestida de negro entró en la salita con el hombre a su lado. El nuevo Vizconde Melton, pensó Felton. Su atención volvió a la rubia.

–¿Cómo sabe mi nombre?

Ella movió la mano para restarle importancia.

–No importa.

Lady Josephine se puso de pie y caminó hasta el grupo.

–Georgie ha desaparecido. Esperaba que supierais dónde está –le dijo a la mujer rubia.

–¿Y por qué has pensado eso? –Ella se alisó las faldas negras.

¿Aquella rubia sería Lady Arquera uno?

Lady Josephine se dirigió a la mujer de pelo más oscuro y al hombre que estaba a su lado.

–Theo, Alistair, ayudadnos. Georgie podría correr peligro.

Theo... La mujer de pelo más oscuro era Lady Arquera uno. ¿La rubia la había suplantado en el East End? Aquello explicaría por qué sabía el nombre de Felton. Daba igual, no le importaba quién era ni lo que hubiese hecho. Tan solo deseaba encontrar a Georgie. Felton se acercó al grupo.

–Al parecer, Lady Georgina salió por la ventana y desapareció anoche. Si sabéis algo... – Miró con fijeza a la rubia y notó un gesto peculiar–. Tenéis que contárnoslo.

El hombre le prestó toda su atención y Felton reconoció el aire de familia entre los dos.

–Adeline.

–No me mires así. –Enderezó los hombros.

La chica a la que Lady Josephine había llamado Theo se acercó y le puso una mano en el hombro a Adeline.

–Tráela de inmediato.

Adeline miró con rabia a la pareja.

–¿Y si no desea ser encontrada?

El hombre dio media vuelta y salió de la habitación apresuradamente.

–La encontraré yo mismo.

–No, Alistair. No lo hagas. –Miss Adeline corrió detrás de él.

Antes de que Felton pudiera saber lo que ocurría, las otras damas salieron de la habitación detrás de Melton y Miss Adeline. Él no pensaba quedarse allí parado mientras Georgie volvía a escapar. Felton corrió detrás del grupo, siguiéndolos hasta el dormitorio de una dama. Sin duda era el de Adeline.

–¡Qué narices...! –Georgie se levantó y se quedó mirándolos. Sus ojos se encontraron con los de Felton y sonrió brevemente–. ¿Qué haces aquí?

Él dio un paso hacia adelante, tomándole las manos.

–He venido a buscarte.

–No voy a volver. Mi padre no puede obligarme a casarme con Lord Qinnly.

Un sonido colectivo de sorpresa llenó la habitación.

–¿Lord Qinnly?

–Sí. Mi padre me ha ordenado que me case con él de inmediato.

Adeline se acercó.

–Ahora ya sabéis que le he dado refugio. Por favor, tened la amabilidad de salir.

Felton ignoró a la chica, su mente corría mientras le parecía que le iba a estallar el corazón. No podía permitir que Georgie se casara con ese viejo loco. Pero, ¿en qué pensaba el duque?

–Felton, esta vez no me puedes salvar, no de esto.

¡Y tanto que podía! Le sujetó la barbilla entre el pulgar y el dedo índice para perderse en la profundidad de sus ojos verdes.

–Cásate conmigo. Iremos ahora mismo a Gretna Green.

Los ojos de Georgie brillaron un instante, la esperanza estaba escrita en su interior. Luego se apartó de Felton y le dio la espalda.

–No puedo.

–Démosles un poco de privacidad –dijo Miss Adeline, sacando a todo el mundo del dormitorio.

Felton esperó a que cerraran la puerta. Le envolvió la cintura entre sus brazos y tiró de ella para acercársela al pecho.

–Lady Mariposa, solo pienso en ti cuando estoy despierto. Por las noches bailas sin parar en mis sueños. No estoy seguro de cuándo ni cómo, pero en algún momento me enamoré profundamente de ti.

Ella se movió en sus brazos, las lágrimas chispeaban en sus ojos.

–¿De verdad?

–Sin el menor rastro de duda. –Le dio un beso en la frente–. Di que te casarás conmigo, Lady Mariposa.

–¿Y qué pasa con las órdenes de mi padre?

–Yo hablaré con él, le declararé el amor que siento por ti. No podrá negarse. Además, ya estaremos casados. Pienso llevarte a rastras a Gretna Green.

Ella lo estudió, un amago de sonrisa decoró sus labios rosas.

–¿Y mi tiro con arco?

–Puedes competir en todos los torneos que quieras. Tan solo te pido que me dejes acompañarte para protegerte.

Su sonrisa se ensanchó, la alegría le iluminaba los ojos mientras lo besó con entrega, poseyéndolo como él la poseía.

–¿Esto significa que aceptas? –Dijo una voz desde detrás de ellos.

Georgie interrumpió el beso, girándose hacia la puerta, donde cuatro curiosos los miraban. Levantó la mirada hacia Felton.

—Sí.

Él la estrechó entre sus brazos y la levantó del suelo, haciéndola girar en el aire.

—Dilo otra vez.

Georgie se echó a reír, sujetándose de los hombros de Felton.

—Sí, me casaré contigo.

Epilogo

Georgie no recordaba otro momento de su vida en el que hubiese sido más feliz que cuando intercambió sus votos con Felton sobre el famoso yunque de Gretna Green. Ya había pasado una semana desde su regreso a Londres como marido y mujer.

Su euforia no había disminuido en lo más mínimo.

Se instaló cómodamente en la casa de ciudad Felton y adquirieron un ritmo perfecto para los dos.

Por el día, él cabalgaba hasta la mina, mientras ella iba de compras en Bond Street o practicaba con el arco con Josie en Hyde Park. Ahora que vivía en Londres, a veces echaba de menos el campo, pero estaba a poca distancia a caballo y Felton a menudo la invitaba a ir con él a la mina.

Al llegar la noche, se encontraba en brazos de Felton, explorando su pasión interminable y hablando hasta la madrugada. No podía imaginar una pareja más perfecta que la suya.

Sonrió al acurrucarse contra él, jugando con el pelo que le poblaba el pecho.

—¿Felton?

—Sí, Lady Mariposa. —Él le acarició la suave piel del costado, despertando el calor y el deseo en su interior.

—Mi padre ha venido a verme hoy. —Le dio un beso en el pecho.

—¿Y?

Georgie pegó la nariz a él, respirando su olor masculino a sándalo.

—Ha dicho que venía a aceptar nuestro matrimonio. Al ver lo contenta que estoy y cómo me cuidas, quería felicitarnos.

Felton tiró de ella para acercarla más, dándole un beso en la cabeza.

—Te dije que entraría en razón. A pesar de cómo se comportó en los últimos tiempos, sé que te quiere.

—¿Cómo estás tan seguro? —Georgie se incorporó para mirar sus ojos grises.

—Porque yo te quiero. —Le acarició la mejilla—. Y lo veo también en él.

Georgie sonrió.

—También me dijo que me iba a dar mi dote y me pidió que diera una cosa. —Se levantó para coger una nota de una mesa cercana. Al volver, se sentó en el colchón—. Lee.

Felton aceptó el papel y sus ojos volaron sobre las palabras manuscritas.

—Me va a devolver... las tierras de mi familia.

—Lo sé, ¿no es maravilloso? —Georgie le sonrió con amplitud.

Felton tiró de ella para que cayera en la cama y giró para colocarse encima de ella.

—Tan solo es la guinda sobre el pastel. Tú eres el verdadero regalo. —Posó sus labios sobre los

de ella, besándola con ternura.

Sin duda Georgie estaba hecha para aquel hombre y él para ella. Se derritió debajo de él, entregándole todo su corazón y su alma como él hacía con ella.

Extracta
∞

PRÓLOGO

Canterbury, Inglaterra
Febrero, 1819

Lady Josephine Watkins se hundió en la cama de la habitación que la señorita Emmeline le había asignado y volvió sus ojos cansados hacia sus compañeras de cuarto, lady Georgina Seton y la señorita Adeline Price. Todavía se le revolvía el estómago por las pruebas a las que había sido sometida cuando llegó. Nunca se había sentido tan fuera de lugar. Ahora, todo lo que deseaba hacer era abandonarse en un profundo sueño y olvidar aquel embarazoso y emotivo día.

Por desgracia, no iba a poder ser. Primero, tenía que desempaquetar todas sus cosas, ya que debía presentarse en la sala del desayuno a las siete en punto, según las órdenes de la directora. Suspiró, se levantó de la cama, se acercó a su baúl y abrió la tapa. Lo que daría por tener vestidos tan finos como los de sus compañeras. El deteriorado estado de sus vestidos, guantes, zapatos y tocados le provocaba malestar, ya que todas las chicas serían testigo de su situación.

Josie sacó sus prendas del baúl una a una y las colocó en ordenadas pilas sobre la cama. Incluso ahora, podía sentir el escrutinio de sus compañeras, las cuales estaban sentadas al otro lado de la habitación. Les dirigió una mirada a través de las pestañas y se volvió para continuar con su equipaje.

—¿No ha traído nada más? —La señorita Adeline la miró fijamente con los ojos entrecerrados.

Un calor familiar inundó la cara de Josie.

—Tengo todo lo que necesito. —Cogió un descolorido vestido amarillo y lo sacó.

—Ese vestido parece más adecuado para el cubo de basura que para una dama.

Adeline cruzó la habitación y se lo arrebató de la mano. Josie intentó cogerlo, pero la chica lo ocultó rápidamente detrás de su espalda.

—No puede estar pensando seriamente en ponérselo.

En vez de responder, Josie volvió a su tarea y sacó otra prenda de vestir de su baúl. Para su sorpresa y deleite, la señorita Adeline volvió a su sitio y contuvo su lengua.

—¿De dónde es? —Lady Georgina se apartó un mechón de su pelo rubio de la cara.

—Londres.

—¿Y quién es su padre?

Josie dobló un pañuelo bordado.

—Lord Ormonde.

Lady Georgina sonrió.

—Es curioso que no haya oído hablar de él. Mi padre es el duque de Balfour.

Espléndido. Iba a compartir un cuarto con la hija de un duque. Se le hundió el corazón. Nunca encajaría entre todas estas chicas ricas. ¿Por qué mamá había insistido en enviarla a la Escuela de Educación y Decoro para Damas de la señorita Emmeline? Con sus escasos fondos, no podían permitirse el gasto. Además, Josie no quería estar allí.

—Mi padre ha pasado a mejor vida. Acabo de terminar el duelo.

—Es una tragedia.

La señorita Adeline le dedicó una mirada simpática.

—Lord Melton es mi padre. —Miró a lady Georgina—. ¿Has oído hablar de él?

Lady Georgina lanzó un cojín con borlas por la habitación en dirección a la señorita Adeline.

—Sabes muy bien que sí.

Las chicas empezaron a reírse y su alegría pronto contagió a Josie, quien empezó a sonreír, y una parte de su ansiedad empezó a desvanecerse. Quizás, su estancia aquí no sería tan mala después de todo. Si pudiese hacerse amiga de aquellas chicas, podría incluso disfrutar de su estancia en la escuela.

Colgó su último vestido antes de volverse hacia las demás.

—¿Cuánto tiempo llevan en la escuela de la señorita Emmeline?

Adeline dobló sus piernas sobre la silla, escondiéndolas debajo de su falda.

—Yo llegué en febrero del año pasado. Georgie vino en —doblo su cabeza como si estuviera pensando— mayo, creo.

Lady Georgine afirmó con la cabeza.

—Puede ser abrumador el primer día, pero ya verá, estoy segura de que antes de que termine el fin de semana, le encantará estar aquí.

—A no ser que sea como yo. Tardé un poco más de tiempo en acostumbrarme.

La señorita Adeline intercambió una mirada pícaro con lady Georgina y el dúo rompió a reír. Josie sonrió, aunque no estuviese al tanto de aquella privada broma.

Josie atravesó la habitación y colocó una silla de damasco de color crema delante de la señorita Adeline.

—Perdóneme por entrometerme, señorita Adeline, pero ¿de qué iba todo eso?

La chica recobró la compostura.

—Llámame Adeline. No hay necesidad de tanta formalidad entre compañeras de cuarto.

—Y a mí puedes llamarme Georgie. —La hija del duque posó sus brillantes ojos azules en ella.

—Muy bien. Es un honor conoceros, Adeline y Georgina. Por favor, llamadme Josie.

Lady Georgina asintió y se giró hacia Adeline.

—Ahora, responde a la pregunta de nuestra nueva amiga.

Adeline sonrió.

—Fui bastante rebelde cuando llegué. Me negué a seguir las órdenes de la señorita Emmeline y, como consecuencia, me encontré confinada sola en una habitación.

Josie agrandó los ojos.

—¿Qué hiciste?

—Me negué a realizar las pruebas de ingreso de la directora. —Adeline cuadró los hombros y alzó la barbilla—. De ninguna manera iba a dejar que me exhibieran.

—Lo comparó a un animal en un circo gitano —añadió Georgie.

Josie no podía parar de reír.

—¡Dime que no lo hiciste!

—Por supuesto que sí. Es más, lo volvería a hacer —dijo Adeline y sonrió.

—Dijiste que te gustaba estar aquí. —Josie se quedó mirando a Adeline con confusión.

—Es cierto, aunque una cosa no tiene que ver con la otra.

Josie ladeó la cabeza, la confusión le llenaba la mente.

—¿Cómo puedes oponerte a las órdenes cuando quieres estar en la escuela de la señorita Emmeline?

Georgie se alisó la falda.

—No te molestes intentando descifrar a Adeline. Es rebelde hasta la médula. No hay nada que se pueda hacer.

—Ojalá yo fuese también un poco más rebelde.

Josie cerró la boca de golpe. Había dicho aquellas palabras en voz alta, aunque solo tenía la intención de pensarlas. ¡Será posible! Desvió su mirada hacia la raída moqueta, deseando que la tragase y desaparecer.

—Bueno, quédate con nosotras y seguro que Adeline te contagiará. —Georgie se acercó al armario y empezó a inspeccionar los vestidos de Josie.

—No había nada que la señorita Emmeline pudiera hacer, ya que nunca me habría permitido a mí misma exponerme a las críticas miradas de extraños. Incluso después de aislarme, seguí negándome. De verdad, no entiendo por qué una mujer debería permitir que se le exhibiese de aquella forma. —Adeline le lanzó una mirada a Josie—. Parecía que ibas a desmayarte cuando la señorita Emmeline te sacó al escenario.

—Eso es porque estaba a punto de hacerlo.

Josie no pudo recordar un momento en el que estuviese más asustada o incómoda. Le había temblado todo el cuerpo y el calor la había consumido mientras se enfrentaba a todos aquellos ojos curiosos. Cada par de ojos estaba concentrado en ella...esperando. La voz le había temblado tanto como el cuerpo cuando habló.

—Hiciste un gran trabajo cuando enumeraste los reyes, a pesar de tu obvio malestar —dijo Georgie por encima de su hombro, mientras seguía inspeccionando los vestidos de Josie.

—Y el modo en el que sujetaste el arco fue impresionante, aunque no dices en la diana. —Adeline suspiró—. Tu puntería mejorará con nuestra ayuda. Somos las mejores arqueras aquí.

—Honestamente, cuando salimos fuera, estaba tan angustiada por mi fallido intento en el piano que ni me paré a considerar lo que quería mostrar y simplemente me dirigí a la primera prueba. Estaba desesperada por terminar para que todo el mundo dejase de mirarme.

—No tocaste tan mal. —Georgina le dio la vuelta a un andrajoso vestido para comprobar la hilera de botones que había en la parte de atrás.

Josie dejó escapar un suspiro.

—Estaba tan nerviosa que no pude parar el temblor de mis dedos para poder tocar las notas adecuadas. Fue un desastre, pero gracias por tu amabilidad.

—Bueno, basta ya de pianos. Te gusta el tiro con arco, ¿verdad? —Adeline arqueó una ceja a modo de pregunta.

Josie bajó su mirada.

—Creo que sí. Fue bastante emocionante, aunque he de decir que no tengo experiencia en tal

deporte. Era la primera vez que cogía un arco. Una vez vi a mi padre practicarlo, pero yo nunca lo he intentado.

—Eso está a punto de cambiar. —Adeline miró a Georgie—, ¿verdad?

—Por supuesto. Y tu vestuario también. No puedes ponerte estos vestidos. —Georgie empezó a coger los vestidos de Josie que estaban colgados y los tiró al suelo—. Ninguno de estos es adecuado para la alta sociedad.

Josie se apresuró a rescatar su ropa.

—Pues debo llevarlos. Es la única ropa que tengo.

La confesión le envió una ola de calor que le llegó hasta las mejillas. Antes de que padre muriera, había llevado vestidos a la moda, había visitado a modistas y había comprado en Bond Street. Maldita fuera mamá por dejarlas en apuros financieros cuando padre murió.

Georgie agarró el vestido que ahora sostenía Josie.

—Yo lo había cogido antes. No puedes llevar estos vestidos. De ninguna manera. Tengo vestidos de sobra para poder ofrecerte un guardarropa apropiado.

Josie se encogió bajo la mirada de Georgie.

—No puedo aceptar tal caridad.

—Puedes, y lo harás. —Georgie le arrancó a Josie el vestido de las manos—. Insisto.

Adeline se acercó y se colocó al lado de Josie.

—Es inútil seguir discutiendo con ella y no debes sentirte mal. Georgie también financia muchos de mis gastos.

—¿En serio? —Josie relajó las manos y se volvió hacia Adeline.

—Financia mi tiro con arco. Si no fuese por ella, no tendría ni mi propio arco ni las flechas que uso. Con tantos hermanos, el dinero para gastos es casi inexistente.

—Además, tengo más dinero del que necesito. —Georgie le enseñó un vestido de día de color rosa—. Pruébate este. Creo que tenemos las mismas medidas.

Josie se tragó sus objeciones y con la ayuda de Georgie y de Adeline, se probó el vestido. Dio un paso atrás y pasó las manos por la parte delantera del vestido, alisando la falda de muselina.

—Justo lo que pensaba. El vestido te queda perfectamente. —Georgie sonrió antes de volver a su armario—. Necesitarás un traje de montar, un vestido de noche, uno de paseo...ah, y no nos olvidemos de los tocados y de las enaguas.

Josie levantó las manos en señal de protesta.

—No hay necesidad de todo eso. Mis enaguas son más que adecuadas.

Adeline lanzó la camisola de Josie al otro lado de la habitación.

—He visto a doncellas limpiar el suelo con trapos en mejores condiciones.

Josie tomó aire bruscamente.

—Aceptaré los vestidos y otros accesorios, pero me niego a aceptar tus enaguas. Aunque las mías estén deshilachadas, nadie mirará lo que hay debajo de mi falda.

—Muy bien. —Georgie cogió un traje de montar de color verde decorado con un ribete de un verde más intenso—. Con tu pelo oscuro y tus ojos de color miel, esta tonalidad te favorece.

Josie aceptó el vestido y lo sostuvo ante ella. El verde era su color favorito y las sombras de la falda eran preciosas. Captó la mirada de Georgie.

—Gracias.

—No hay nada que agradecer, de verdad. Ahora eres una de las nuestras y todas cuidamos las unas de las otras.

Adeline asintió con decisión.

—Absolutamente.

Una de ellas. A Josie se le hinchó el corazón, el alivio y la emoción atravesándola. Estaba encantada de unirse a estas chicas y de mantener su lugar junto a ellas. Tal vez con el tiempo, se harían tan cercanas como si fuesen hermanas.

La Autora

Amanda Mariel es autora superventas del USA Today. Sueña con el pasado, esos tiempos en los que todo iba más despacio. Le gusta tomar una pluma y un papel para explorar la historia con su imaginación y la palabra escrita. Cuando no está escribiendo está leyendo, haciendo croché, viajando, haciendo fotografías o pasando tiempo con su familia.

Visita www.amandamariel.com si quieres encontrar más información sobre Amanda y sus libros y apúntate a su newsletter para estar siempre al día de todo lo que hace Amanda Mariel. ¡Además recibirás un eBook gratis!

Postfacio

Muchas gracias por el tiempo que has invertido en la lectura de este libro.

¡Tu opinión cuenta!

Por favor, tómate un momento para dejar un comentario en tu web de reseñas favorita y comparte tu opinión con otras lectoras.

~Romántica histórica que llega el corazón y corta la respiración~